
LOTKA



(Continuacion.)

Unos quince dias habian trascurrido sin haber visto yo á mi afortunado rival sino rara vez, y esa de paso y accidentalmente. Por algun delicado escrúpulo que, á mis ojos, le hacia mucho favor, dejó de trepar la escalera de mi cuarto como hasta entónces lo hiciera, y si nos encontrábamos en la calle, pronto nos separábamos despues de una ó dos palabras vulgares y un frio apreton de manos.

Sin embargo, este alejamiento se me hizo insoportable ya en la tercera semana. Eran dias de vacaciones; el tiempo demasiado caloroso para trabajar ó hacer ejercicio, y lo que es peor, encontraba yo que la fuente Castalia estaba seca. Me apercibí de que la silenciosa presencia de mi amigo habia llegado á serme una necesidad imprescindible. Rabiaba por oir su voz de bajo cantando otra vez *Hace tiempo que una bella*, y me sentia tan á disgusto en mi aislamiento como Pedro Schlemihl cuando perdió su sombra.

Me determiné, por último, á salir y buscarle. Vivia al otro lado del Sprea, en un cuarto alto de la casa de la mujer de un sastre, y ésta le hacia la comida y atendia á sus poquísimas necesidades. Y ahora es la ocasion de decir que recibia una pension muy pequeña de su familia, la que él acabalaba para suplir lo necesario para la vida, dando lecciones de música, muy escasamente pagadas por cierto.

Cuando entré en su quartito, estaba sentado á un piano alquilado y viejo, y escribia en un libro de música, abierto sobre sus rodillas, algunas notas. Se levantó de un brinco

con una exclamacion de placer, dejó caer el libro y me cogió una mano entre las dos suyas. Me hizo sentar en un sofá muy duro y encendió un cigarro, y sin hacer caso de mis protestas, obligóme á beber un vaso de cerveza que la mujer del sastre fué á buscar para mí á la taberna más inmediata. Al principio apenas nos dijimos nada, segun nuestra costumbre; pero nos mirábamos de hito en hito el uno al otro, sonreíamos y nos rebosaba de alegría el corazon al vernos de nuevo reunidos.

—Bastel, dije yo al fin, envolviéndome todo lo que pude en una nube de humo de tabaco, tengo que hacerte una confesion. No es preciso que por más tiempo guardes conmigo reserva de ningun género sobre... ya sabes tú sobre qué. La herida causada por cierto par de ojos (reincidencia en el antiguo estilo lírico, y esta vez con un toque de colorido español), ó no fué tan honda como al principio supuse, ó de otro modo la ausencia ha obrado maravillas. Baste con que estoy perfectamente repuesto, y si tú has aprovechado y sacado partido de estas últimas semanas y te has hecho feliz, me congratularé contigo sin condiciones.

Me miró con radiantes ojos.

—¿Realmente es así? Bueno, pues entónces puedo decirte que has aligerado mi corazon de un enorme peso. Cien veces me he echado en cara el haber aceptado tu sacrificio, y amargaba mis mejores momentos con ella el pensamiento de haberte hecho sufrir. La verdad es que no estaba yo seguro de que á tí te satisficiera lo que me hacia á mí tan dichoso. Y además, conocia que hubiera sido para mí completamente imposible haber renunciado á ella. Pero ahora..... ahora todo está á pedir de boca.

Y otra vez comprimió mi mano con una alegría tan genuina y enternecedora, que al compararme con él me encontré ciertamente muy pequeño, y lo mismo á mis sentimientos excitados artificialmente.

Pasó entónces á referirme lo que las cosas habian adelantado en el entretanto. En verdad se necesitaba una naturaleza modestísima y un afecto muy sincero para no estar más bien descorazonado que animado por el progreso hecho en el tras-

curso de tres semanas cabales. Había ido noche tras noche á pasar una hora en el gabinete de lectura. Claro era que su reverente y callado homenaje la había impresionado, y desde hacia muy pocas noches se había permitido el lujo de sentarse á su lado y de entablar con él una conversacion inocente. Una vez que llegó dos horas más tarde que de costumbre, le recibió ella con manifiesta agitacion, y le confesó que su tardanza la había puesto en cuidado. Se había llegado á acostumar tanto, le dijo ella, á su diaria visita, «y como no había ningun otro que se tomara el menor interés por ella, y.....» aquí se detuvo, tal vez porque él expresó con demasiada vehemencia su deleite por estas primeras palabras benévolas. El, por su parte, la había contado todo lo concerniente á su parentela y cuanto en cualquier concepto pudiese llegar á ser de algun interés para ella; pero ésta no le había confiado, en cambio, ni el detalle más insignificante acerca de su familia ni de su pasado; únicamente le había dicho que se estaba consumiendo en aquel lúgubre tenducho, y que suspiraba por verse fuera y muy léjos en apartadas y remotas tierras. Estaba ahorrando, le dijo, hacia ya un año para reunir lo bastante para sufragar los gastos de un viaje, y aprendiendo por sí sola el francés y el inglés para salir á correr mundo en la oportunidad primera.

—Si la hubieras podido ver, Pablo, me dijo al concluir su narracion, si hubieses podido oír su voz y con qué tristeza y resignacion me decia todo esto, habrias apostado la vida á que nada malo había movido jamás su corazon; que era pura é inocente como dicen que son los ángeles y los santos, y comprenderias mi resolucion de no dejar de hacer por mi parte cuanto pueda contribuir á su dicha.

—¿Realmente piensas entónces en casarte con ella?

—¿Y podias dudarlo? Es decir, si ella quiere aceptarme. Forzoso es que ella haya visto claramente que mis intenciones eran honradas, aunque en punto á declaraciones solemnes, tú sabes que mi corazon se derrama ménos cuanto más lleno está... y además, nadie nos corre. Ella no puede pensar todavía por algun tiempo en marcharse; y en cuanto á mí, haciendo grandes esfuerzos, en cuatro ó cinco años.....

—¿Cuatro ó cinco años? ¿Estás en tu juicio? Si apenas habrás sufrido para entónces el exámen legal.

—Verdad, respondió él. Pero he abandonado ya la idea de examinarme. No me sentaré en el largo banco de los estudiantes de derecho que, despues de todo, es bastante raquí-tico. Creo que dentro de muy poco tiempo podré hacer algo en la música, y para ponerme en el peor caso, si aquí no podemos salir adelante—y la verdad es, que á duras penas se conformarian mis padres con el enlace,—podemos ir á América á probar fortuna.

Le miraba yo de reojo con orgullo y asombro. Parecia ante mis ojos diez años más viejo, y me confesaba que todo el lírico entusiasmo de mis opiniones sobre la vida, no me hubiera hecho capaz de un plan tan atrevido.

—¿Y ella, pregunté, consentirá?

—No sé, contestó mirándome fijamente. Como te dije ántes, jamás la he interrogado directamente. Nuestra conversacion recayó una vez sobre el matrimonio, y me aseguró del modo más terminante que jamás se casaria. «¿Y si encontrarais vuestra media naranja?» me aventuré á preguntar. «Entónces ménos que nunca,» dijo ella ahogando un suspiro. Ya ves que, cuando ménos, hay prudencia en una de las partes.

—Bobería, dije yo. Todas las niñas dicen lo mismo al principio. Despues lo piensan mejor.

—Parece tambien que ella tiene un año más que lo que pensábamos, que es solamente un mes más jóven que yo. A propósito, tengo un favor que pedirte, esto es, si tú puedes.....

—Vamos, basta de preámbulos. Ya sabes que yo nunca ando con ambajes para pedirte que me hagas un servicio.

—Mañana es su cumpleaños. Habia estado yo precisamente tratando de averiguar la fecha, cuando me dijo ella que ya se iba haciendo muy vieja y que estaba harta de la vida: que si supiera que debia de morirse al dia siguiente, maldito el disgusto que tendria. Cuando llegaste estaba casualmente ocupado en escribir la música para una de tus poesías; aquella que principia: *¿Cómo podré merecerte?* ya sabes, y pen-

saba regalársela con un ramillete. Pero me aflige pensar que no tengo nada mejor que ofrecerle. Lleva su tocado sujeto con un alfiler negro y viejo que tiene rajado el cristal de la cabeza. Un brochecillo le gustaria con toda seguridad; pero desgraciadamente, las lecciones de piano y canto ya se han acabado; muchos de mis discípulos están fuera veraneando, y ni siquiera puedo hacer efectivos algunos honorarios que me deben: y es imposible vender ninguno de mis efectos, puesto que cuanto tenia de supérfluo...

Y paseó con amarga ironía en derredor suyo una mirada por su desnuda habitacion.

—Algo es preciso que ideemos, dije yo. Es razonable honrar debidamente el cumpleaños. Yo ciertamente, no soy un Creso en los momentos actuales (y esto diciendo, saqué de mi bolsillo un porta-monedas, en el cual sonaban muy pocas y de las más insignificantes); pero, de todos modos, tengo algunas cosas supérfluas. Ahora se me ocurre que apenas he usado el gran *Passow* hace algunos meses; no apenas, sino nunca, desde que, por una casualidad, descubrí en casa de mi padre el pequeño *Rost*, en el cual se encuentran con mucha más comodidad todas las palabras que se buscan. Vamos. Esos enormes volúmenes nos van á sacar de apuros.

Despues de algunas débiles tentativas para impedirme depositar esta ofrenda en el altar de la amistad, acompañóme á mi cuarto, y cada cual se cargó con un tomo del abultado lexico, y una hora no habia trascurrido, cuando, aumentada nuestra fortuna en cinco duros, dirigimos nuestros pasos á la tienda de un platero de poca importancia, no teniendo ánimo suficiente para hacer nuestra proyectada compra en casa de uno de los grandes joyeros de *Unter der Linden*.

Probable es que nuestro hombre no nos llevó más barato. Pero, con todo, nos trató como á dos príncipes que se habian dignado, á lo *Haroun-al-Raschid*, llamar á una puerta humilde. Por una culebra de oro, que despues de algunas roscas se mordía la cola, y que nos miraba con dos ojos de rubí tallados, pidió diez duros, pero se dejó regatear hasta siete, y probablemente aún no valia la mitad de esta última suma el alfiler. Yo tuve que encargarme de toda la transaccion. Sebas-

tian estaba tan torpe, y absorto con tal persistencia en la contemplación de los otros adornos que había en el escaparate, que el tendero, sin duda alguna, entró en sospechas y no nos quitaba los ojos, como si tuviera que habérselas con dos consumados rateros.

—Ya está aquí el dije, exclamé yo cuando nos vimos en la calle, y ahora buenas noches; escucha, le darás expresiones de mi parte mañana; pero verdad que ya se habrá olvidado completamente de mí. La verdad es que no me presenté á ella del modo más favorable. Que nos veamos pronto y no dejes de venir á decirme qué efecto ha hecho la culebra en ese Paraiso del que eres tú el Adán afortunado.

Y con esto le dejé, con una ligera vislumbre de envidia; pero varonilmente arrojé de mí estas primeras chispas, y cuando pasaba por el parque, respirando el fresco de la noche, cantaba en voz alta la canción siguiente, que, aparte del anacronismo de nacer rosas en lo más fuerte del verano, daba una descripción bastante fiel del estado de mi ánimo:

La rosa está casi abierta,
Amor sus redes arroja:
Mariposilla, anda alerta,
Que como en la red te coja,
Eres prisionera cierta.

Si fuera yo el prisionero
Entre capullos de rosa,
Diría al amor: «no quiero
Salir ya nunca; prefiero
Esta prision tan hermosa.»

Pero nadie piensa en mí:
Estoy libre, volar puedo,
Nada me sujeta aquí,
Y puedo correr sin miedo
Hoy acá, mañana allí.

Sentado estaba yo en la siguiente tarde inocentemente y sin sospechar nada, tomando el té con mis padres, cuando me

dijeron que saliera, que un amigo deseaba hablar conmigo. Seria cosa de las diez, y no dejó de asombrarme una visita á hora tan avanzada de la noche.

Cuando entré en mi cuarto, encontré á Sebastian como de costumbre hundido en el gran sillón de brazos de mi abuelo; pero me sobresalté cuando al darle la luz en la cara percibí su palidez y su mirada de desesperacion.

—¿Eres tú? ¿y en tal agitacion? ¿Ha concluido trágicamente la celebracion del cumpleaños?

—Pablo, me respondió todavía inmóvil como si lo hubiese dejado allí tendido un tremendo golpe; ¡todo se acabó, estoy perdido!

—Ya te recobrarás otra vez, mi buen amigo, repliqué yo. Vamos, ponme en disposicion de servirte de algo. Empieza por contarme todo lo que haya.

—Nada de bromas, si no quieres que me vaya en seguida. Te digo que todo es demasiado sério. Ahora acabo de descubrir cuán angelical es, y la he visto por última vez.

—¿Se ha marchado, se ha ido muy léjos?

Sacudió la cabeza tétricamente. Solo por grados muy insensibles pude sacarle la causa de su desesperacion. En pocas palabras era la siguiente: se habia hallado en la presencia de su adorada á la hora de siempre, y despues de comerse un pastelillo más que de ordinario y de beber un vaso de *bishop* para honrar el dia, habia sacado los regalos con los cuales habia determinado sorprenderla por una série no mal pensada. Primero habia desenvuelto el *bouquet* de los papeles que lo cubrian, y ella le habia dado las gracias con una bondadosa mirada al tiempo que lo colocaba en un vaso con agua. Despues le dió la cancion y la cantó con toda su voz, sentada ella enfrente de él, con la mirada baja y sin dejar ver la más ligera señal por la que pudiera conjeturarse si comprendia ó no sus alusiones. Solamente despues de haber él concluido le alargó ella la mano—favor que no prodigaba—y díjole en un tono cordial: «Muy amable es por vuestra parte el haber pensado en mi cumpleaños y haberme traído tan hermosas flores y tan encantadora cancion. Nada amo tanto en el mundo como las flores y la música, y muy rara vez tengo

ni las unas ni la otra. Pronto aprenderé á cantarla; ya casi la sé ahora.» No podia él decidirse á soltar la mano que se le habia dado, y como su graciosidad le habia inspirado valor, sacó entónces el alfiler serpiente y lo colocó en su mano. «Aquí hay otra cosilla,» dijo, «solo es una humilde ofrenda; pero yo seria el hombre más dichoso del mundo si no os desdeñarais en usarlo.»

Le miró que parecia comérsele con los ojos; abrió el estuchito muy despacio y con evidente repugnancia, y lo mismo fué ver el relucir del oro que dejarlo caer en la mesa, como si el metal hubiera sido encendida y roja brasa. «¿Por qué habeis hecho esto?» dijo levantándose apresuradamente. «No merecia yo esto, al ménos no creo haberme conducido de manera tal que os autorice á hacerme un regalo de esa clase. Veo que me he engañado. Vos tambien pensais mal de mí, porque soy pobre y dependiente. No puedo ocultar que esto me hace más daño viniendo de vos que de todo el resto del mundo;» y se humedecieron sus ojos. «Ahora lo único que tengo que pedir es que salgais de aquí inmediatamente para no volver nunca;» y dejó allí las flores y la música en la mesa delante de él, y á pesar de sus locas seguridades y protestas, consiguió al fin dejarle con encendido rostro y lacrimosos ojos; y no solamente salió del cuarto de dentro, sino tambien de la tienda.

En vano esperó él su regreso; en su lugar entró la robusta mujer, aunque en apariencia enteramente ignorante de la causa que habia espantado á la muchacha. Más de media hora siguió él en un miserable estado de ánimo ocupando su acostumbrado asiento del sofá; pero como Lotka continuaba invisible, se decidió al fin á marcharse, y ya en la calle hizo quinientos mil pedazos el ramo y otros tantos la cancion, y

—Aquí tienes ese maldito alfiler causa de todo el daño; puedes tomarlo y darlo á quien quieras. Ganas se me han pasado, y difícil me ha sido resistirlas en el camino, de abrirme con él una vena.

—¿Y nada más que eso? pregunté friamente cuando llegó al término de su confesion.

Pegó un salto como para echarse á correr.

—Veo que podía haberme ahorrado esta visita, gritó. Estás de un humor tan filosófico, que no encontrarías motivo para sorprenderte en un amigo espirante al lado tuyo. Buenas noches.

—Detente, detente, le supliqué yo. Alegrarte debes y mucho de que uno de nosotros dos al menos conserve el uso de sus cinco sentidos. La historia del alfiler es una mera bagatela. ¿Quién sabe si después de todo ha rehusado el alfiler por el dicho supersticioso de que los alfileres pinchan la amistad? Y aun cuando fuera algo más que esto, aun cuando haya creído ver en él un soborno de tu parte, no es bastante causa para desesperarse; por el contrario, ha probado ser una buena chica que se respeta; y si vas á verla mañana por la mañana, como si tal cosa, como si nada hubiera ocurrido, y en tu franco estilo, con todo el corazón la explicas...

—¿Pero has olvidado que me ha prohibido volver?

—¡Qué necedad! Apostaría cualquier cosa que ya está arrepentidísima de haberlo hecho. No se encuentra todos los días y en cada esquina un fiel Fridolino, y sea el que quiera el sentimiento que por tí crea ella sentir, grande ó pequeño, te echaría en seguida de menos si tú dejaras de ir allí diariamente á comer tus pastelillos de cereza, y si no tuviera ya que polvorearlos de azúcar con aquella manecita tan blanca... ¡Me enseñarás tú á comprender á las mujeres! ¡Vaya!

Estuvo un gran rato mirando fijamente á la lámpara.

—Me harías un favor viniendo conmigo para poner en claro las cosas en mi nombre. Al menos á tí te permitiría hablar, y saliendo tú garante de mis intenciones...

—Con mucho gusto. Cosas he de decirle que derretieran un corazón berroqueño. Confía en mí, esta serpiente no te ha de lanzar de tu Paraíso, ó no es la señorita Lotka una hija de Eva como hasta aquí para honra suya la he creído.

Me apretó la mano algun tanto alentado; pero todavía estaba tétrico, y pronto le alumbré por las escaleras para que saliera á la calle.

Ya tenia compuesto y aderezado un hermoso y enternecedor discurso, cuando en la tarde siguiente emprendimos nuestra jornada para la comun mision, y mi pobre amigo me dió tiempo sobrado para ensayarlo, porque no pronunció una sola palabra en todo el camino. Al acercarnos á la tienda sacó su brazo del mio para que no me apercibiera yo de que estaba empezando á temblar como un azogado.

Yo tampoco las tenia todás conmigo. Verla despues de tan largo intervalo y dirigirme á ella ahora en apoyo de otro, era posicion de una dificultad que no se me ocultaba; pero mi honor estaba empeñado en representar bien mi papel y en precaverme contra cualquier egoista recaida en mi antigua locura.

Cuando entramos no estaba sola. Por vez primera encontramos á un hombre de elegante aspecto en la tienda, sentado en un banquillo pegado al mostrador, bebiéndose un vaso de limonada y tratando al parecer mientras tanto de hacerse agradable á la jóven del servicio. El melancólico rostro de Sebastian se oscureció más todavía ante este espectáculo, aunque las tranquilas maneras y monosilábicas respuestas de la muchacha pudieran haberle convencido de que la conversacion de semejante pisaverde era tan disgustante para ella como para nosotros.

—Pronto le echaremos fuera, murmuré yo, y pedí vino y pastas con el aire de un parroquiano antiguo, tomando mi mudo compañero y yo, como de costumbre, posesion del familiar cuartito de dentro.

No habia yo contado, sin embargo, con la huésped. El desconocido, que desde nuestra entrada seguia su conversacion en tono más bajo, no parecia pasársele por las mientes la idea de desocupar su puesto en favor nuestro. Podia yo contemplarle á mis anchas en el espejito que pendia entre la real pareja. Su cabello corto alrededor de una calva en la coronilla, sus ralas patillas y sus anteojos de oro oprimiendo su nariz éranme completamente antipáticos; y tambien me asombraba la insolente familiaridad de sus modales y la descuidada manera de partir un bollo en figura de corazon que tenia en sus afeminadas manos, como si quisiera dar á entender su fa-

cilidad en quebrar corazones. Le tomé por algun noble ó propietario rico, y áun cuando no temia gran cosa que hiciera impresion en la muchacha, me era, sin embargo, fastidioso verla en su posicion expuesta á las atenciones de semejante hombre.

Ya estaba combinando yo algun atrevido plan para librar-nos del estorbo, cuando sentí á Sebastian que convulsivamente asia mi brazo.

—¿Qué pasa? dije ¿te vuelves loco?

En vez de contestar señaló al espejo, en el cual tambien él podia ver reflejada una parte de la tienda.

—¡Qué impudencia! murmuró entre dientes; no ha de volver á hacerlo otra vez.

Yo habia mirado justamente á tiempo para ver que el desconocido se inclinaba sobre el mostrador y trataba de tomarle la barba á la muchacha, la cual se echaba hácia atrás todo lo posible, cuando en esto mi amigo, despues de empujar ruidosamente la mesa, se ponía en frente de él con encendidas mejillas y lanzando relámpagos de sus ojos.

—¿Qué estais haciendo, señor? preguntó con voz pujante de bajo.—¿Quién sois para atreveros á tomaros esa libertad con una muchacha inocente, una niña que...

La rábia le ahogó y no le dejó proseguir. Tenia la mano levantada, con decision al parecer de castigar en el momento cualquier nuevo acto de audacia; mientras que el interpelado, que habia dado un paso atrás, media de piés á cabeza al inesperado campeon con una mirada en que se mezclaban la compasion y el asombro.

—Muy fuerte es el *bishop* para vuestra cabeza, jovencito, dijo en agudo tono, revolviendo mientras tanto su bastoncillo entre el pulgar y el índice. Id á casa y no digais más tonterías, y tened más cuidado otra vez, que no siempre habeis de encontraros gentes que tengan en consideracion que sois pollo con el cascaron todavía.—Como te iba diciendo, Lotka...

Y con esta última frase dió la vuelta, como si su contrario hubiera ya desaparecido de su vista y de su memoria, y se dirigió á la muchacha, la cual, pálida como una muerta y con

los ojos cerrados, estaba reclinada en el rincón más alejado entre la pared y la ventana.

Ya estaba yo al lado de Sebastian y le dije al oído que tuviera cuidado con lo que hacía; pero no me hizo el menor caso.

—Lo único que yo quisiera preguntaros, señorita, dijo con voz cavernosa, es si con vuestro consentimiento se permite este caballero tomarse libertades, que generalmente no toleran las señoras que se respetan y se tienen en algo; si le conocéis lo bastante para justificarle en que os dirija la palabra usando vuestro nombre de pila á secas y tuteándoos y si os es agradable que permanezca aquí tanto tiempo.

Nada respondió ella. Lo único que hizo fué levantar sus grandes ojos y dirigirlos suplicantes á su encolerizado amante, que no entendió la mirada.

—¿Quién es este amable jóven que desempeña el papel de tu caballero *servente*, Lotka?—preguntó á su vez entónces el desconocido.—A sospechar empiezo que he estorbado algunas tiernas relaciones entre los dos. Sinceramente lo deploro; pero, á pesar de todo, hija mia, sin aventurarme á criticar tu gusto, te aconsejaria para el porvenir que atiendas más á las ventajas sólidas cuando tengas que escoger adoradores. Las declamaciones de los niños de escuela son indudablemente lindas para escuchadas; pero pueden traer, como estás viendo, fatales consecuencias. ¿Qué es lo que debo?

Y arrojó un duro sobre la mesa.

—Ya me darás el cambio otra vez. No quiero ahora interrumpirte más.

Tomó el sombrero, y á punto de salir estaba, cuando Sebastian le interceptó el paso:

—No os marchareis—le dijo con forzada voz—sin haber dado una satisfaccion en mi presencia á esta señorita y vuestra palabra de honor de no olvidar en adelante jamás el respeto que á ella es debido. Creo que me comprendéis perfectamente.

—Perfectamente, jóven amigo, replicó el otro con voz ya un si es no es temblona por excitada. Entiendo que sois un fátuo lleno de entusiasmo y que creéis que el mundo es un

mundinovi. No tomo á mala parte vuestro entretenimiento infantil, y hasta os hace para mí simpático; pero no deseo prolongar más nuestras relaciones por miedo de que estas bromas pasen á veras y me vea forzado, no obstante la presencia de esta señorita, á trataros como á niño á quien hay que dar azotes.

Esto diciendo, hizo un movimiento poco inequívoco con su baston. Apenas tuve tiempo y sentido bastante para interponerme.

—Señor, dije yo; tengo que pedir os vuestra tarjeta: podemos arreglar mucho mejor este asunto en otro terreno.

Se echó á reir á carcajadas; sacó del bolsillo una carterita haciéndome irónica cortesía, y me alargó su tarjeta. Entonces inclinó la cabeza á la muchacha familiarmente, se encogió de hombros, se echó más sobre las cejas el sombrero y salió de la tienda.

Los tres nos quedamos por algunos momentos en una pieza como tocados por vara mágica.

Yo, como el ménos profundamente complicado, fuí el primero en recuperarme.

—Por Dios, señorita, dije á la que parecia pálida estatua junto á la ventana. Decidnos quién es ese hombre. ¿Cómo se atreve á conducirse así? ¿Desde cuándo le conocéis? Y en seguida en tono más bajo. Os ruego, por lo que más queráis en el mundo, que habléis aunque sólo sea una palabra. Ya veis el estado de mi amigo; no sabéis cuán intensamente le afecta todo esto. Quizás no os dais cuenta de que para él nada hay más sagrado que vos misma. Le debéis por lo tanto...

El parecia haber oido lo que dije. Con súbito gesto, como sacudiéndose alguna pesada carga, se adelantó vacilante hácia el mostrador detrás del cual estaba de pié ella atrinchera da é inabordable.

—Una sola palabra, Lotka, murmuró él. ¿Conocéis á ese insolente? ¿Le habeis dado alguna vez motivo para que piense así de vos y para que de ese modo os hable? ¿Sí ó no, Lotka?

Callada estaba todavía con los brazos caidos sin fuerza á lo largo.

—Nada más deseo saber. No imagineis que el primer grosero que me encuentre en mi camino, baste ni con mucho para destruir mis sacratísimas convicciones. ¿Pero cómo no tuvisteis ni una sola palabra con que obligarle á callar? ¿Por qué seguís guardando silencio ahora?

Un tiriton convulsivo agitó toda la figura de la jovencilla. Con ojos todavía cerrados, fué á buscar á tientas su silla de la ventana, pero no se sentó en ella, sino que se dejó caer á su lado de rodillas y ocultó en el asiento y entre sus manos la cara.

—Yo os imploro, murmuró en voz que casi no podía oirse; nada preguntéis acerca de mí; marchaos, no volvais nunca. Si de algun modo puede esto consolaros, sabed que soy inocente, tan fijo como que hay un Dios; pero tan desgraciada, que casi es peor que si fuera tambien pecadora y culpable. Marchaos, salid. Os doy gracias por cuanto habeis hecho, pero salid y olvidad que yo existo en el mundo! ¡Ojalá estuviera ya en otro!

—Lotka, gritó salvajemente Sebastian lanzándose para levantarla; pero ella extendió sus manos para detenerle con tan lamentable ademan, que yo mismo fuí á sujetarle; y despues de una lucha en la cual traté de hacerle comprender que ámbos estaban demasiado excitados al presente para comprenderse, le persuadí á que dejara á la pobre niña sola, y salimos prometiendo volver al siguiente dia.

Anduvimos en silencio algunas calles. Imposible era decirle que la escena que acabábamos de presenciar habia debilitado considerablemente mi fé en su adorada. Por lo demás, yo estaba completamente satisfecho de su comportamiento en aquel trance y me confesaba interiormente que á haber estado en su lugar, hubiera hecho otro tanto.

Unicamente rompió el silencio cuando llegamos á la puerta de mi casa.

—Es indispensable que me hagas el favor de ir mañana muy temprano á ver á ese hombre. (Ya habiamos leído el nombre y las señas en su tarjeta: era asesor de la municipalidad.) Abandono á tu amistad todos los detalles.

—Naturalmente, respondí; puesto está en razon que yo he

de hacer por tí cuanto pueda; pero en este asunto, nunca he desafiado á nadie, y solamente he visto dos veces un duelo; y en este caso, segun yo creo, nos es preciso que sea á pistola. ¿No conoces á algun otro más familiarizado con estas cosas? Uno no podrá hacer las cosas como quisiera y como Dios manda con un individuo como este, que nos trata á los dos de chiquillos de escuela.

—Tienes probablemente razon, dijo él; pero no hay remedio. Yo no puedo en este asunto buscar una tercera persona. Tal vez quiera él hacerte algunas revelaciones, tal vez invente más calumnias; ¿quién sabe lo que dirá? No hay medio de saberlo. Así es que es preciso que todo quede entre nosotros sin que nadie más se entere. En casa estaré toda la mañana, y en el momento en que hayas acabado de hablar con él vendrás derecho á verme, ¿verdad que vendrás?

Se lo prometí y nos separamos. Dios solamente sabe lo que mis padres pensarian de mí, cuando á todas las preguntas que me hicieron contesté inconexamente.

A decir la pura verdad, dormí poquísimo aquella noche. La pasé pensando en todo lo que podria suceder; oyendo disparos de pistolas y viendo en tierra, bañado en sangre, á mi pobre amigo. Pero todavía más me preocupaban mil confusiones sobre la conducta de Lotka, y cada vez más me afirmaba en la creencia de que no valia ella la pena de que un jóven de gran corazon arrojara el guante en su defensa y respondiese con la vida de su virtud.

Apenas alboreaba el dia y ya estaba yo fuera de la cama, aunque esta vez sin cruzar mis mientes la idea de hacer versos. Me vestí al principio todo de negro, como empleado de agencia funeraria; se me ocurrió en seguida que seria mejor ir ménos cuidadosamente vestido y tratar el asunto más bien con indiferencia, como si para mí cosas semejantes fueran el pan nuestro de cada dia. Así es que me puse sencillamente un traje cómodo de verano, sustituyendo la gorra que ordinariamente llevaba por un sombrero negro, y estirando en mis manos un par de guantes nuevos y flamantes. Cuando

me miré al espejo me encontré decididamente más alto y también decididamente de buen aire y digno porte. Pero por más esfuerzos que hice, no pude probar mi desayuno. Tenía un sabor amargo en la lengua.

A eso de las nueve me puse en marcha. Estaba en lo mejor de la ciudad la casa en que nuestro enemigo vivía, y el portero me dijo que no creía cosa fácil conseguir del asesor una entrevista. Sin embargo, un criado de estrado, aunque tratándome á la verdad más bien *de haut en bas*, me hizo pasar á un gabinetito y me dió á entender que su amo no tardaría en presentarse.

Tuve tiempo de sobra para mirar lo que me rodeaba, y firmemente resuelto como estaba á no dejarme abatir por circunstancias externas, no pude ménos de sentir, sin embargo, al comparar en silencio este elegante *boudoir* de soltero con las cuatro desnudas paredes del cuarto de mi amigo, que era muy desigual el partido. Dos pollitos implumes puestos á pelear con un completo hombre de mundo, y sin tener siquiera la certeza de contar con la razón á nuestro lado. Tuve que confesarme que estábamos muy en camino de hacer un papel ridículo, y todo mi lírico idealismo fué impotente contra la tosquedad de los prosáicos hechos.

Cuanto más tiempo pasaba esperando, más acostumbraba mi ánimo á la idea de ver á nuestro adversario entrar con burlona sonrisa, y me preguntaba cómo responder á esta actitud con la dignidad conveniente. Pero con gran sorpresa mía nada hubo de esto.

A los diez minutos, poco más ó ménos, se abrió la puerta y por ella asomó la cabeza el asesor diciendo, en el tono más cortés posible, que sentía mucho verse obligado á tenerme aguardando; pero que aún no había acabado de vestirse, y que me rogaba que entretanto hiciera uso de sus cigarros y me considerara en mi propia casa.

Otros cinco minutos más y entró; apretó mi mano como la de un antiguo conocido, y me suplicó que me sentara en un divan forrado de seda. Tuve que encender un cigarrillo, pero rehusé compartir con él su almuerzo que el criado le trajo en una salvilla de plata, y estaba rebuscando el modo más agra-

dable posible de entrar en materia, cuando él se anticipó, y sin dejar de servirse el té, empezó en tono enteramente amistoso:

—Mucho celebro que hayais venido. No me es difícil adivinar lo que os trae, y debo francamente deciros que la escena de ayer, á la que soy deudor de haberos conocido, hizo en mí penosísima impresion. Fácilmente comprendereis que no es agradable, ni mucho ménos, ver á un jóven, completamente extraño, caer sobre uno como llovido del cielo con caudaloso torrente de invectivas. Pero, por otra parte, soy lo suficiente práctico en la naturaleza humana para poder darne explicacion de la conducta muy peculiar de vuestro amigo el *Hotspur* (1). Está enamorado de la muchachilla, y en estarlo demuestra muy esquisito gusto. Ha leído con vehemencia novelas y leyendas viejas, y piensa que con estas lecturas ha adquirido un conocimiento del mundo. Esta dulce ilusion se desvanecerá demasiado pronto; pero en tanto que dura hace tan dichoso, que es verdadera crueldad hacer reventar prematuramente sus burbujas de jabon. Yo al ménos nunca privaria á nadie de tan inocente goce. Y así es que lamento sinceramente haber desliado un tierno nudo. Espero que vuestro amigo quedará contento con esta explicacion, y por mi parte le deseo lisonjeros sueños y, cuando llegue el tiempo, un despertar lo más dulce posible. ¿No arde bien ese cigarro? Tiradlo y tomad otro. ¿Y qué es lo que estudiáis, si no es indiscreta la pregunta? porque todavía sois estudiantes si no me engaño.

Me puse carmesí de rubor. Por un momento estuve dudando sobre si negaria mi posicion. Sin embargo, me mantuve en la verdad.

—Sufriremos nuestro último exámen para Pascua de Resurreccion, le contesté.

Fué bastante magnánimo para no abusar de su superioridad.

(1) *Hotspur* significa *violento ó ardiente en el combate*; pero aquí se refiere el autor á un Enrique Percy, miembro de una familia nobilísima y guerrera de Inglaterra, y el cual, siendo aún adolescente, murió en 1403 en una batalla, sublevado al lado de su padre contra Enrique IV, y á quien quedó en la historia el sobrenombre de *Hotspur*. (Nota de la R. C.)

—Tan jóvenes, dijo con un movimiento de cabeza de buen género, y ya tales Don Juanes. Pareceis destinados á grandes cosas, amiguito mio, y solamente con que os acostumbrárais á moderar algo más los impulsos propios.....

—Perdonadme, interrumpí yo, pero me es forzoso volver al asunto que nos ocupa. Mi amigo, como con justicia comprendereis, siente un afecto sério por esta muchacha, y se encuentra profundamente enojado por la irrespetuosa manera que tuvisteis de conducirlos para con ella. Yo creo que le satisfarian unas pocas líneas de vuestro puño y letra, en las que expusierais que deplorabais vuestra conducta hácia la señorita Lotka. Si no.....

Me miró de reojo con asombro tal, que me paralizó repentinamente.

—¿Hablais realmente en sério? dijo. Me pareceis demasiado inteligente para que sea creible que aprobais esta mision de que os habeis encargado en nombre de vuestro amigo. ¡Mi conducta para con la señorita Lotka! ¡Eso es ir ya demasiado léjos! No, mi buen amigo, seamos lo ménos absurdos posible. ¿Habeis meditado lo que me estais proponiendo? Con todo el respeto á los honrosos sentimientos y sinceridad de un estudiante del último año, ¿puede él pensar sériamente que le debo una satisfaccion, porque en una tienda pública se me ocurrió acariciar la barba de una muchacha? Soltó una carcajada, tirando el cabo de su cigarro por la ventana.

Me levanté.

—Dudo, le dije, de que esto satisfaga á mi amigo. Si al ménos quisierais declarar que nada sabeis de la señorita Lotka que proyecte ni siquiera una sombra en su reputacion.....

—Sentaos, querido, sentaos y escuchadme. Ahora que veo que realmente hablais en sério, es mi deber deciros la verdad en interés de vuestro amigo, el cual toma la cosa tan á pecho que es seguro que va á cometer alguna locura. Hará unos diez años hice conocimiento con una señora de cierta fama aquí en Berlin. Era alemana, pero llevaba un nombre polaco, el de un noble de Polonia, su primer amante, quien la habia dejado plantada con una criatura. Como era hermosa, y no inconsolable, encontró de sobra adoradores, y para *ayu-*

darse además puso una casita de juego: y recuerdo perfectamente la extraña impresion que la primera vez que yo entré allí me causó ver una niña de ocho años sentada en la mesa del *Faraon* mirando con sus grandes ojos soñolientos, ya los montones de oro, ya á su madre y á los amigos de ésta, hasta que el *Champagne*, del que parecia gustarle un sorbo, hacia su efecto y se caia dormida en un sofá entre las risotadas, el retintin del dinero y una conversacion de color bastante subido. Yo experimentaba sentimiento por la pobre niña, y varias veces se me ocurrió que poco respeto debia tener á su madre, la cual no se dominaba en nada ni se encontraba más retraida en la presencia de su hija. Despues de algunos años de haber roto estas relaciones, que por cierto eran carísimas, oí, no sé cómo ni en dónde, que la condesa polaca, así la llamábamos, seguia con sus antiguas mañas, con la única diferencia de confiar ménos en sus atractivos propios, y buscar caras más jóvenes y frescas en su auxilio. Pregunté accidentalmente por su hija; pero la conversacion habia cambiado y no recibí respuesta alguna.

Pues bien; ayer acerté á pasar por aquella miserable tienda de bollos, pensando, seguramente, en todo ménos en esta historia vieja; ví una señora de edad que entraba en un carruaje parado á la puerta, mientras que la muchacha de la tienda metia en él varios paquetes de compras. Cuando dió la vuelta para entrar de nuevo en la tienda, reconocí la niña de los amortiguados ojos, desarrollada ya en una belleza que podria, si quisiera, entrar en formidable competencia con su madre. Como no tenia nada urgente que hacer, la seguí á la tienda, la recordé nuestro antiguo conocimiento, y no dejó de causarme bastante sorpresa encontrarla tan rígida y tan inabordable, cuanto su señora madre era el reverso. Con toda mi larga práctica en interrogatorios, lo único que pude sacar en limpio fué que se habia separado de su madre ya hacia tres años: pero no habia yo podido todavía desenredar lo que habia estado haciendo desde entónces, por cuántas manos habia pasado y si sus maneras de hielo eran artificiales ó naturales, cuando vuestro excelente amigo Orlando el Furioso se lanzó de repente sobre nosotros. Y ahora, despues de

haberos dado esta explicacion, vos mismo juzgareis si no es completamente absurda la idea de salir yo al frente como fiador de la reputacion de la pobre muchacha, ó de tener que pelear con un garzon entusiasta por la virtud de la dama.

No, no, continuó él; si alguna influencia teneis sobre vuestro amigo, mi querido camarada, ponedle alerta para que no vaya demasiado léjos. Porque, áun dando de barato que la hija fuera hasta este momento perfectamente pura, ¿qué bienes podia, al fin y al cabo, esperar de tales antecedentes y de semejante madre? Vuestro amigo es hijo de gente respetable; decidle que le es preciso no comprometer á sus padres y no comprometerse á sí mismo; mientras no pase de una union pasajera, *á la bonne heure*; pero arriesgar la sangre del corazon y hacer intervenir la espada y la pólvora, *allons donc*. Espero que conseguireis hacerle entrar en razon; y para concluir, os suplico que me excuseis, porque tengo que despachar un negocio que está esperando.

Se habia levantado y yo seguia sentado y petrificado por tal revelacion; llamó á su criado, y despues de recíprocos cumplidos y ofrecimientos, le dijo que me acompañara á la puerta. Tambaleándome como un borracho bajé las escaleras.

Hasta una hora larga despues no llamaba yo á las puertas de Sebastian. Habia necesitado dar un gran rodeo para reunir las fuerzas necesarias para poner término á este melancólico asunto. Una apagada voz me dijo que entrara y allí ví á mi desafortunado amigo acostado vestido en su cama, y bastóme una simple mirada á sus desordenados pelos y traje para comprender que de este modo habia pasado la noche. Sin darme tiempo á decirle ni una palabra, sacó de debajo de su almohada una carta abierta. La habia traído un chico por la mañana muy temprano y no habia querido esperar la contestacion.

No pretendo naturalmente poder dar palabra por palabra su contenido, pero sobre poco más ó ménos decia lo que sigue:

«Apenas os habiais separado de mí, cuando se me ocurrió la idea de que la disputa cuya miserable causa era yo, po-

»dria tener terribles consecuencias. Os escribo para suplica-
»ros y rogaros que si hay realmente algo sério en los senti-
»mientos que me profesais, dejéis olvidado el asunto y creais
»que la verdad es que *no soy digna* (estas palabras estaban
»dos veces subrayadas) de que os sacrifiqueis por mí. Prome-
»tedme que tratareis de olvidarme por completo. Soy una po-
»bre criatura perdida, y solamente la muerte puede redimir-
»me. Pero no moriré todavía. Así, pues, por esto no paseis
»angustias. Aún he de probar si me es posible vivir sin que
»el infortunio me acose en cada paso que doy. Os agradezco
»todo vuestro amor y benevolencia y jamás os olvidaré. Pero
»no intentéis descubrir mi paradero. Estoy firmemente re-
»suelta á no volver á veros nunca, y lo único que consegui-
»reis, si en vez de obedecer mis deseos haceis por tener una
»entrevista á la fuerza, será hacerme más desgraciada.»

Ni direccion ni firma tenia la carta; estaba escrita con firmeza y sin una sola equivocacion en toda ella.

Se la devolví en silencio, no queriendo en aquel momento decirle que, dadas las circunstancias, nada podia ser más propicio que tan decidido paso de su parte. Poco á poco fuí descubriendo que nada le impresionaba tanto en la carta como la linda y clara confesion de que ella gustaba de él. En esto fué en lo que más se ocupó; la separacion parecíale relativamente de poca importancia, probablemente no resuelta en definitiva y prácticamente imposible.

Por todo esto me creí obligado á no ocultarle ya por más tiempo lo que tenia que decirle, y le hice exacta relacion de mi entrevista con su adversario. Con sorpresa mia no pareció producirle el abrumador efecto que yo habia temido. Me dijo que ya habia sospechado algo parecido y que por mucho que lo lamentara no cambiaba todo ello en lo más mínimo sus sentimientos, y más bien, por el contrario, convertia su amor en una adoracion resuelta, al ver que ella libremente y por sus solos esfuerzos, se habia desligado de tan degradantes relaciones y que tenia bastante alteza de corazon para desear sufrir sola una pena que jamás habia merecido. No se le ocultaba ciertamente que tendria algunos obstáculos que vencer de parte de sus padres, amigos, casa, etc. Pero

desde que ella le habia dicho claramente que le queria, no habria escrúpulos que cobardemente le apartaran de compensarla los sufrimientos que un cruel hado habia traído sobre ella. Aunque el mundo entero se dedicara á salpicarla de fango, él la lavaria de todo con la sangre de su corazon si era preciso.

Y seguia, y seguia perorando casi febrilmente, y su sublime entusiasmo, su inocente bravo espíritu de tal modo me atraieron, que no solamente me reservé toda clase de objeciones, sino que me convertí á la opinion de que todo estaba exactamente como debia estar, y que el único asunto importante de presente era averiguar dónde estaba la muchacha y convencerla á que cambiara de propósito. Me lancé á un cochecillo que me llevó á la tienda, en la que esperaba encontrar algun rastro. Sebastian se quedó en casa; no se atrevió á tomar parte alguna en las pesquisas, contrariando el expreso mandamiento de Lotka. Habiamos convenido en reunirnos otra vez á las doce del dia. ¡Ay! tan ignorante volví como me habia ido. La dueña de los pasteles no habia tenido más noticias de la partida de la jóven encargada de la tienda que por un papel que habia dejado escrito sobre la mesa. Ninguno de los vecinos la habia visto salir. Se habia dejado la mayor parte de sus efectos, llevándose solamente alguna ropa blanca y un saco de noche, que no habia podido encontrar la buena señora y que sabia á ciencia cierta que la muchacha poseia. Habia dado aviso inmediatamente á la policia. Pero hasta entónces todo en vano; la pobre niña habia desaparecido totalmente.

Entónces fué cuando el pesar y las consecuencias de la excitacion de aquellas semanas empezaron á manifestarse duramente en mi pobre amigo. Estaba tan completamente desesperado, que al principio concebí temores por su razon, no porque tuviera frenéticos accesos ó delirios, sino por cierta rudeza contenida que asomaba en sus sonrisas mientras que los dientes castañeteaban; porque unas veces, enteramente sin objeto, paseaba, otras se sentaba tranquilo; hablaba á solas y se reia á carcajadas, mientras que las lágrimas, de las que parecia no darse cuenta, corrian por sus mejillas. Era la primera vez que

yo habia visto las agonías de una pasion verdadera y profunda, y me hicieron tal efecto, que olvidé todo lo demás y no traté de ningun modo de consolar al desgraciado con lugares comunes.

Permanecí con él todo el dia y una buena parte de la noche. Ya muy adelantada ésta, cuando le ví completamente exhausto de fuerzas (no habia pegado los ojos en toda la noche anterior) cedí á sus súplicas y consentí en dejarle solo, despues de exigir á su patrona que no dejara de tener cuidado con él, porque estaba muy enfermo. Yo sabia que no tenia armas de ningun género, y esperaba que el sueño habia de sentarle perfectamente.

A la mañana siguiente, sin embargo, no me sentí á gusto; me reprochaba por haberle abandonado, y con ansia corrí á su habitacion. Pero ya no pude encontrarle. Su patrona me dió una nota de dos líneas en las cuales se despedia de mí por algun tiempo. No descansaria hasta encontrarla; pero nada temerario haria, porque no podia prescindir de sus otros deberes, y así, pues, podia yo con fiadamente esperar en su regreso.

Habia empaquetado su maleta y llevádose su baston, y segun la patrona me dijo, debia haber dormido dos ó tres horas, porque tenia los ojos ménos cargados.

Pocos informes eran estos, pero con ellos tuve que contentarme. Además, yo estaba á punto de acompañar á mis padres en un viaje que me hizo estar ausente algunas semanas. A las cartas que escribí, porque yo estaba siempre pensando en él, no llegó respuesta alguna; así es que á mi vuelta, cuando la primera vez que salí á la calle fuí á su habitacion, estaba preparado y convencido de que encontraria vacío el nido. Mayor, por consiguiente, fué mi alegría cuando salió él mismo en persona á abrirme la puerta y le ví con la cara triste, es verdad, pero sin aquella expresion de enfermedad que tanto me habia afligido.

Que habia fracasado en encontrar ni áun huella de la desaparecida, más bien lo adiviné que lo escuché de sus lábios. Le inundaba aparentemente una melancólica indiferencia; se conformaba con lo que se le decia, como quien no toma

parte en ello ni en pró ni en contra, y lo que me maravilló más que todo, su pasión por la música parecía completamente extinguida. Jamás cantaba ni una sola nota, jamás aludía á ninguna composición, y de buen grado hubiera abandonado del todo sus lecciones, si le hubiera sido posible vivir sin ellas. Parecía roto para siempre el resorte principal de su naturaleza; algo estaba descompuesto en él que no tenía compostura.

En la primavera siguiente, cuando ámbos íbamos á la universidad, le veía casi diariamente. Asistía con regularidad á las clases de derecho y se había hecho miembro de una sociedad, en la cual su superioridad admirable en la esgrima y su ya proverbial taciturnidad le hicieron distinguirse, y ya esperaba yo que el incidente que tan á lo vivo le había afectado, no dejaría, después de todo, dolorosas huellas en su saludable naturaleza, cuando acaeció algo que volvió otra vez á abrir la herida.

En gracia de la brevedad, relataré el triste caso todo seguido, y no como por él lo supe, á pedacitos y á grandes intervalos.

PAUL HEYSE.

(Concluirá en el próximo número.)

PUESTA DE SOL.

Al ocultarse el sol en Occidente
 tiñóse el cielo de matices rojos;
 al ocultarse el sol de tu pureza
 también de grana se tiñó tu rostro.

Vino la noche: tras su negro velo
 volvió á lucir el sol esplendoroso;
 ¡mas no tornó á brillar el que se puso
 cuando de grana se tiñó tu rostro!

M. DE LA REVILLA.

¿CUÁNDO REINÓ MENES?



Los sacerdotes egipcios refirieron á Herodoto , que Menes (*Mena* ó *Men*: el estable), natural de This (*Thenj* ó *Thinis*), situada más abajo de Tebas, sobreponiéndose al poder sacerdotal, predominante hasta entónces, fué el primer rey de Egipto; fundador del templo de Phtah y de la ciudad de Menfis (*Man-nepher*: buena residencia), levantada sobre el terreno ganado al Nilo, al separar su curso del pié de la cordillera líbica, por grandes obras hidráulicas (dique de Koscheisch), que la obligaron á correr por cauce artificial, equidistante de las montañas líbica y arábica. Herodoto añade, que Menes afirmó su autoridad por haber expulsado las tribus nómadas de Siria, y que entrado en años, un cocodrilo , animal sagrado, le arrebató al mundo.

Conformes con esta tradicion, los monumentos faraónicos, Manethon, Diodoro, Erastóstenes, y luego cuantos se han ocupado de cosas de Egipto, todos convienen en considerar á Menes como el primer Faraon, ó mejor aún como quien por vez primera reunió bajo una sola dominacion los distintos pueblos que se extendian desde el Denderah hasta el mar, en ámbas orillas del Nilo. Tal es la representacion que universalmente se reconoce en Menes , cuya realidad histórica parece indudable, si bien no falta quien sostenga que la semejanza que al oido ofrecen el egipcio Menes , el indio Manu, el cretense Minos y el Man de tantas tribus , basta á poner en duda su existencia. No puede, sin embargo, desconocerse que se llamara ó no Menes, existió un hombre, *el hombre de This* que dijo un historiógrafo, que ejecutó la obra que á Menes se

atribuye, puesto que la monarquía faraónica y la unidad del Egipto fueron un hecho.

Determinar la fecha en que reinó Menes equivale, pues, á declarar cuándo comenzó la civilización faraónica, y como consecuencia, cuándo empieza la historia de Egipto y aún la historia de la Edad Antigua.

Desconócese, y seguramente se desconocerá siempre, la serie de obstáculos que ofreció la unificación del Egipto, como así también si venía ó no preparada de muy antiguo. Compréndese, sí, que la unidad de los pueblos de Misraim, solo fué posible en virtud de influencias y contactos, de luchas y de guerras considerables entre pueblos de raza y representación distinta. Aun cuando la Biblia no hablase de aquellos *Ludim*, *Patrusim*, *Naphtuim* y *Anamim*, en quienes los eruditos modernos descubren los antiguos pueblos egipcios *Lut*, *P-to-res*, *Na-Phtah* y *An*, y cuya unificación constituyó la nacionalidad de *Há-ka-Phtah*, alcánzase que entre los negros de Libia y los egipcios de raza caucásica, era absolutamente imposible todo avenimiento, como lo era también con aquella *vil raza de Kustch*, llegada en tiempos remotísimos al Nilo. Luego, desde el instante en que por el camino fronterero al desierto de Siria, aparecieron en Egipto las tribus asiáticas de origen semítico, que constituyeron el fondo de la raza egipcia, la lucha y el combate hiciéronse inevitables, hasta verificarse la definitiva y absoluta sumisión de los pueblos anteriormente establecidos.

Desconocidos los hechos por cuya virtud se llegó á este resultado, es en vano intentar señalarlos un período más ó ménos probable de duración. Se ignora cuándo comenzaron, y no es fácil determinar cuándo concluyeron. Pero sí se alcanza, que no son á estos sucesos aplicables las fechas más generalmente aceptadas. Establecen estas la Creación en 4004 y el Diluvio en 2348, y, cosa peregrina, tratados de Historia Universal corren en España con envidiable aplauso, que, consignando estas fechas al frente del libro en que habla de Menes, dicen: «Se puede poco más ó ménos fechar su reinado 2800 años ántes de Jesucristo.» Sin duda por no caer en es-

te absurdo, acepta Cantú la cronología del *Arte de comprobar las fechas*, que pone el Diluvio en 3308 y Menes en 2450; mas ¿son bastantes los 850 años que separan ámbos sucesos, para explicar á Menes? Aun prescindiendo de que la tierra no podia volver á ser habitable sino mucho despues de retirarse las aguas del Diluvio, ántes de existir Menes hízose preciso: 1.º Que la familia de Noé se hubiese multiplicado hasta el punto de determinar opuestas razas, de color diferente y de religion, instituciones, costumbres, lengua y representacion históricas distinta: 2.º Que estas razas se hubieran repartido por Asia y Africa, por virtud de emigraciones muy distantes unas de otras: 3.º Que entre las que llegaron ántes y las que llegaron despues, estallasen y se realizaran las largas luchas indispensables á su unificacion, cuya unificacion de las existentes en Egipto, constituye la obra que Menes representa en la historia. ¿Cabe todo esto en ocho y medio siglos? En mejores y más propicias condiciones para el caso estaba el mundo cuando la irrupcion de los bárbaros y el establecimiento del cristianismo, y sin embargo, ninguna nacion neo-latina necesitó ménos tiempo para formar su lengua y construir su peculiar civilizacion. No; entre el Diluvio y Menes corrieron muchísimos más años, que los que separan el 3308 del 2450.

Y en verdad, nada más peregrino que el empeño en sostener la cronología del irlandés Userio, aceptada luego por Bossuet, Bollin y tantos otros. Allá cuando se atribuia el comienzo de la monarquía asiria á Nemrod, biznieto de Noé y padre de Nino, y el de la monarquía egipcia á Menes, hijo de Cham y nieto en su virtud del mismo Noé, nada más lógico que encerrar la vida del mundo antiguo en 4004 años. Pero hoy, cuando se sabe que no existió Nino, y que entre Noé y Menes y Nemrod, se cruzaron tantas y tan diferentes cosas, necesítase la arrogancia del génio para dar de codo y echar á barato, todo el honrado trabajo de muchos sábios universalmente aplaudidos y respetados. Y más peregrino es aún, que la casi totalidad de los tradicionalistas consideren punto de honra aquellas fechas, cuando no existe ni áun motivo piadoso que justifique su empeño. Un siglo hace ya que corria en España

con singular estima la traducción de un libro, cuyo autor, el abate Millot, decía: «Ha querido la Providencia que la revelación hiciese santos y no sábios.» Y cual si esta afirmación no fuera bastante explícita, añadía: «la unión de la historia santa con la profana se entiende tan mal, como la de la teología con la filosofía. Todo es sobrenatural por una parte, todo natural por otra; allí obra la fé, aquí la razón; es necesario estudiar la religión en la Biblia con una humilde docilidad, é instruirse en las historias con una libre y animosa crítica, porque confundiendo dos estudios tan inconexos, se debe temer, ya el alterar la simplicidad de la fé, ya el mudar la historia en conjeturas frívolas.» Y con efecto, si no por el temor de alterar la simplicidad de la fé, al ménos con el propósito de no convertir la historia en conjeturas frívolas, se penetró en el estudio con libre y animosa crítica, y el estudio, siempre pródigo para cuantos le cultivan con devoción, mostró bien pronto, lo que ya de antiguo muchos sospechaban, que considerar la historia profana como un incidente de la Historia Sagrada, era notorio desacierto. Hoy, la generalidad de los doctos ha colocado en la categoría de noticia erudita, el sistema del sábio obispo de Meaux, con tanto ingenio desarrollado y con tanto talento concebido.

Aparte estas consideraciones, ¿qué relación existe entre el dogma, la moral y la disciplina de la Iglesia, con la mayor ó menor antigüedad del mundo? El ejemplo de la misma Iglesia contesta á esta pregunta. Cuando los jesuitas emprendieron la evangelización de la China, hubiéronse de verse estrechados por aquellos sábios letrados y doctores, que les hablaban de fechas incompatibles con las entónces usuales y corrientes en la cristiandad. Consultóse el caso á Roma, y así como la Santa Sede autorizó á los jesuitas para prescindir de ciertos ritos y de determinadas fórmulas, que por repugnar á los chinos ofrecían obstáculos á la propaganda católica, el Pontífice Alejandro VII les permitió valerse del texto samaritano en lugar de la Vulgata, á fin de que pudieran conciliarse la Historia de Tchin y la Historia Sagrada.

Como se alcanza á cuantos le han hojeado, el Antiguo Testamento no consigna ninguna cronología. Habla, sí, de gene-

raciones y de los años que vivieron algunos patriarcas; pero aún esto mismo, cuando de determinar una fecha se trata, exige comentarios, deducciones y cuentas; de donde nace, que son tan distintas las fechas que de la Biblia se deducen, como son distintos los tratadistas que se han entregado al trabajo de averiguarlas. Ejemplo: Usher ó Userios, y con él Bossuet, Rollin y Daunou, encuentran que el texto hebreo de la Biblia pone la Creacion en 4004; el judaismo moderno en 3761; San Gerónimo en 3941; Scaligero en 3950; el P. Petau en 3983; el inglés Cliton en 4138; el *Arte de comprobar las fechas* en 4963. Deduciendo esta fecha del texto samaritano, resulta corresponder al año 4293 segun unos, y segun otros al 4075 y aun al 4305. Buscándola en la traduccion griega de los setenta, hállase en 5240 ó en 5270, y conforme otras opiniones, en 5458, ya que no en 5873, como cree el P. Pezron. ¿Qué más? católico fué Lippomano y la puso en 3616, y católico y muy romano era el rey D. Alfonso el Sábio y la creia en 6984... ¿Pueden darse mayores pruebas de la ineficacia de estas cifras?

Nada más asombroso que el resultado de la moderna egiptología. Los trabajos de Th. Young y de Champollion menor, desarrollados por gran número de sábios, han descifrado el enigma de la historia faraónica. Su portentosa civilizacion ofrécese á nuestras miradas con todos sus genuinos caractéres de grandeza y magnificencia: sus ciencias, su religion y sus letras, estúdiense en los geroglíficos, como se aprenderian en los colegios sacerdotales de Ammon, de Phtah y de Ra: sin embargo, la historia de Egipto aún no está hecha. Aunque basada en sólidos fundamentos y delineada en sus debidos contornos, faltan noticias para completar algunos períodos, y muy especialmente para determinar su cronología. De aquí la variedad de fechas que se asignan al reinado de Menes. Los sacerdotes egipcios señalábanle el año 12000 ó 9150, conforme á los cálculos á que se prestan las observaciones de Herodoto. Henne le creia en 6117 y Lesneur en 5573. Manethon conforme á la interpretacion de Boeckh en 5702, y segun la que merece á Lepsius y Martin, en 3555, y con arreglo á lo

que entienden Mariete F. Lenormant y Renan, en 5004. Le ponen, por último, Unger en 5613, Diodoro en 5000, Bruschi en 4455, Lauth en 4157, Lepsius en 3893, Bunsen en 3623, Duncker en 3233, Rœckerat en 2783, Seyffarth en 2762, el *Arte de comprobar las fechas* en 2450, Prichard en 2400 y Hoffman en 2182.

Es de notar, que si entre tan diversas fechas no cabe avenencia, todas concuerdan en ser incompatibles con las tradicionales relativas al Diluvio. Aun á la misma de Hoffman, pueden aplicarse las observaciones antes expuestas, con motivo de la admitida por el *Arte de comprobar las fechas*. También merece notarse que la mayoría de los historiadores convienen en poner á Menes entre el año 6000 y el 3233.

Nada más cierto que el fundamento con que los sacerdotes egipcios decían á Solon: «vosotros griegos sois de ayer.» Todo declara que la historia faraónica comienza en tiempos tan remotos, que escede en antigüedad á la más antigua de todas las conocidas. Los estudios de Duncker sobre el calendario egipcio, muestran que los fenómenos astronómicos indispensables para poner en el día en que coloca su primer Thot, ó sea el primer día del primer mes del año, no pudieron observarse despues del 3285. Y como para deducir consecuencias exactas de esta observacion, necesitábase un notable adelantamiento científico, consecuencia á su vez de otras observaciones anteriores, ¿qué mayor prueba de la antigüedad de Misraim?

Mas ni este hecho, ni cien otros de que están llenas las historias, bastan á construir una cronología. La cronología exige una fecha exacta é indubitable, que sirva como de punto de partida; y además el conocimiento de la série de sucesos históricos más interesantes y el de la distancia que entre ellos medió. Una y otra cosa son igualmente indispensables. Sin conocer los hechos y el tiempo que los separa, no hay cronología, como no la hay si falta una fecha exacta é indubitable sobre la cual se apoye y fundamente, importando poco que esta fecha sea más ó ménos antigua, pues puede contarse con exactitud, así partiendo desde ella hasta nosotros,

como en sentido inverso, desde ella hasta los más remotos tiempos.

Los hechos de la historia de Egipto no se conocen, es verdad, en toda su estension; pero sí se sabe al ménos la serie ú orden en que aparecen los más notables. Hoy, como ántes y como hace muchos siglos, la ciencia está en posesion de una guia segura, cada vez más estimable, que es el catálogo de dinastías y listas de reyes de Egipto, formadas por el sacerdote de Sebennithus Manethon, y conservadas por algunos cronólogos que disfrutaron su trabajo, perdido para la ciencia moderna. Considerarlas como artículo de fé histórica parecería poco razonable, pero ménos lo sería aún no seguir-las, cuando en su mayor parte han sido confirmadas por los egiptólogos modernos, hoy contestes en que su aceptacion pura y sencilla es, no toda la historia faraónica, pero sí lo que ménos nos separa y aleja de su exacto conocimiento. Luego poseemos una guia cierta que puede conducirnos, con gran provecho nuestro, por el intrincado laberinto de la antigua historia faraónica.

Afortunadamente tambien, conocemos con entera exactitud una fecha que puede servir de base y fundamento á la cronología egipcia, y es el año 1311, en que ascendió al sòlio faraónico Ramesu haq nuter on Ráusorma Meiamum, conocido con el nombre de Ramsés III, y notable en la historia por sus egregias empresas, y por haber realmente fundado la XX dinastía; y en los museos de antigüedades, porque guardan un álbum de caricaturas que le ridiculiza acerbamente, y además el proceso original formado con motivo de una conspiracion palaciega, contra él urdida, por sus mujeres y concubinas, en connivencia con algunos de los empleados palatinos. Conócese el año exacto en que fué coronado rey, porque habiéndose grabado en un muro de su palacio de Medinet-Abu, el calendario de las festividades religiosas de aquel pueblo, al marcar la fiesta correspondiente al solsticio de Sothis ó Sirio, consignóse la noticia, de que este calendario se grababa en el año doce del reinado de Ramsés, que era precisamente uno de los que llamaban soticos ó vagos; con cuyas noticias el sábio Biot determinó la fecha exacta de 1300, en que el calen-

dario se grabó, y de 1311 para el en que comenzó el reinado de Ramsés III.

A partir de esta fecha la cronología egipcia se aclara considerablemente. Desde ella hasta nuestros tiempos, la historia se sigue con notoria exactitud, siendo varios los hechos que sirven como de jalones para determinar otros muchos, hasta alcanzar los dias de Rá-ouh-ab-Psametik ó Psametiko I, en que la cronología no ofrece duda alguna. Contando en inverso sentido ó sea desde Ramsés III allá, hacedero es tambien llevar bastante léjos la cronología. Y escusado es declarar que todas estas fechas son anteriores al nacimiento de Jesús.

Precisamente, uno de los períodos mejor sabidos de la historia egipcia, es el que antecede á los dias de Ramsés III. Los faraones de la anterior dinastía, desde su fundador Ramesu I Ramenpehti, hasta Seti II Menephtah Rausorkhepru Meiamun, legaron tal número de documentos, que puede considerarse hecha definitivamente su historia. Seti I Menephtah Ramamen, que engrandece su reino y confirma su dinastía; su hijo Ramesu II, Meiamun I, Rausormastepenra, conocido vulgarmente con el nombre de Sesostris el Grande, que la legitima como hijo que es de la princesa Tai, nieta de Amenhotep III Raaakhepru; el sucesor de Sesostris, su décimotercero hijo Menephtah I Hotephima Banra Meiamun y sus sucesores hasta Seti II, llenan un período de más de un siglo, sobre el que no existen legítimas dudas. Solo posteriormente á Menephtah I, con motivo de la anarquía á que viene el reino, resultado de la decadencia en que ya se agitaba, aparecen algunos años envueltos en tinieblas, que son precisamente los en que, aprovechando tanto desconcierto, salen camino del Mar Rojo los israelitas, libres de la opresion en que vivian. Segun Manethon, duró esta dinastía 174 años, que sumados á los 1311 en que fué coronado Ramsés III, ponen su principio, ó sea el fin de la dinastía XVIII, en 1490 á lo ménos; pues algunos años reinó tambien el padre de Ramesu III, Nekht Seti MeriRa Meiamun Ráusorkhau Meiamun.

Más conocida aún que la XIX es la dinastía XVIII. Existen noticias de catorce de sus faraones; y basta el *Muro numérico*

de Karnak, verdaderos anales de Tahutmés III, hermano de la heroica Hatasu, para comprender que la admirable empresa que consumó, debía permitir á sus sucesores tranquila y larga posesion del ureus faraónico. El imperio que extiende sus dominios á Palestina, Fenicia, Siria, Celesiria, Asiria, Babilonia, Armenia, Caldea, Irak-Araby, Yemen, Kurdistan, Sudan, Nubia y toda la Abisinia actual, á las islas de Chipre y de Creta, á las meridionales del archipiélago, á una parte de las costas de Grecia, del Asia Menor y del Africa, y áun quizá á la extremidad de Italia y al mismo Mar Negro; el imperio, que segun la frase de entónces ponía sus fronteras donde queria, al escribir la primera página de la Historia Universal, que nace con esta dinastía, hubo de vivir algun tiempo con el aplauso y el entusiasmo de los suyos. Si, pues, se aceptan los 241 años que Manethon asigna á esta dinastía, su fundador Ahmés I Ranebpeti corresponde al año 1731; fecha doblemente importante, porque fija el tiempo en que se dió cima á la gloriosa empresa de reconquistar el Egipto, ocupado hasta entónces por aquellos cananeos á quienes los historiógrafos llaman hiksos ó Pastores.

¿Cuánto duró la ocupacion del Egipto por los hiksos? A creer al Africano, mandaron en todo Misraim 802 años, y en una parte mayor ó menor de él hasta 953. Josefo, copiando á Manethon, la concede 511, y los intérpretes modernos, á pesar de su empeño en reducirla lo más posible, á fin de encajarla dentro de las fechas tradicionalistas, no la hacen durar ménos de tres siglos. Es que todo concurre á mostrar que la dominacion de los pastores aspiró á ser permanente, y que si no lo fué, debióse antes que nada, á la imposibilidad lógica y material de que desapareciese una civilizacion tan pujante y grandiosa como la egipcia.

«Reinando Timœos, dice una relacion antiquísima, no se sabe por qué, sopló contra el Egipto un viento desfavorable: gentes de raza innoble, presentándose de improviso por la parte de Oriente, invadieron el país y le ocuparon por fuerza y sin combate: quemaron cruelmente las ciudades, destruyeron los santuarios; trataron á los pobladores como encarni-

zados enemigos; degollaron á unos; redujeron á otros, y á las mujeres y á los niños á esclavitud.» Tales fueron los hiksos al penetrar en el valle del Nilo. Cuando salieron, habian ya constituido una civilizacion, en el fondo egipcia, pero con carácter propio, y de tan excelentes proporciones, que competia con la misma egipcia. La lengua, las artes, la religion, todo acusaba que la cultura faraónica infundia nuevo espíritu, que desaparece tan pronto como termina la reconquista.

Los hiksos ocupan en los primeros momentos todas las comarcas del Egipto propiamente dicho; ocupacion que probablemente sostienen durante el mando de sus seis primeros monarcas, cuyos nombres conservaron Josefo y el Africano, y hoy en parte confirman los monumentos y cuyos monarcas reinaron 259 años segun Josefo, y 284 segun el Africano. Reconquistado por los patriotas egipcios, que en los primeros momentos se retiraron á Etiopia y partes del Alto Egipto, viéronse los hiksos obligados á ceder pronto toda la Tebaida, donde los patriotas de abolengo egipcio se establecen definitivamente, en tanto que los Pastores, con su capital en Tanis, mandan sobre el Egipto Medio y sobre el Egipto Inferior. Así y sin que su autoridad efectiva llegara á más allá del Fayum, si bien reducida la Tebaida á la condicion de tributaria y vasalla, debió reinar la segunda dinastía de los Pastores ó XVI en las listas de Manethon; hasta que reinando en Tanis, Apepi, protector de Josef, Ta-áá-Rasquenen I, *hig* (regente) del país del Sur, contestó á las pretensiones de su suzerano, proclamándose *Sutem* (rey); y como tal fundador de la XVII dinastía de Manethon, de la que fueron reyes entre otros, tres Ta-áá-Rasquenen y Kamés Ra-uats-Khoper. Esta rebelion de Rasquenen, fué el primer acto de aquella larga y porfiada guerra nacional, que no duró ménos de 150 años, hasta que, reconquistado por estos reyes de la XVII dinastía todo el Egipto Alto y la Heptanomida, viéronse encerrados los hiksos en Há-uar (Avarís), y estrechados tras largo sitio, retiráronse bien contra su voluntad á Siria, á donde les empujó el vencedor de Há-uar Ahmés I.

¿Cómo asignar á la dominacion canánea una duracion menor de seis siglos? Aun en los tiempos en que este período

se desconocía totalmente, dábansele de tres á cuatro siglos de duracion: cuya fecha, sin que lo notaran los mismos que así lo hacían; era incompatible con la en que colocaban á Menes... Luego no es posible colocar la invasion canánea despues del año 2331, fecha que por cierto concuerda con otras fechas referentes á sucesos que se habian desarrollado y se desarrollaban entónces en la historia de los pueblos asiáticos.

Segun las listas de Manethon, entre la invasion de los Pastores y Menes, mediaron quince dinastías: diez que constituyen el llamado imperio antiguo, y cinco que forman parte del imperio medio, que llega hasta la XVIII; ó si se quiere otra division más científica, diez dinastías que pertenecen á la época Menfita, y cinco que forman el antiguo imperio tebano, cuyo período con el del nuevo imperio tebano, formado por las cuatro que le siguen, constituyen la época Tebana; á la que sigue la época Saita, que comprende desde la XX á la XXX; cuya época reclama una division en dos períodos: primero, desde la XX dinastía, durante la cual Egipto pierde sus provincias de Asia, hasta el fin de la XXIV, en que es conquistado por los Etiopes, y segundo, hasta la XXX inclusive, en que á la dominacion etiópica siguen las dominaciones asiria y persa, y á estas la griega, bajo Alejandro y los Ptolomeos.

La invasion canánea se verificó durante la XV dinastía, y en las listas de Manethon se consigna, que la XIV reinó 184 años; la XIII 453 y las XII y XI 213: de manera que entre la conquista canánea y el fin de la dinastía X con que termina el imperio antiguo, median 850 años. El período no es ciertamente corto; ¿pero hay razones valederas para rechazarle?... Poco se sabe de los 75 reyes que contó la XIV dinastía, y no mucho de la XIII, ilustrada por sus monarcas Nefer-hotep y los ocho Sebek-hotep. En cambio conócese perfectamente la XII. A ella corresponden aquellos faraones que ensancharon las fronteras por el lado de la Libia, poniéndolas por el de Etiopia, en las fortalezas de Kumeh y Semneh, más allá de la segunda catarata; á ella aquellos constructores de los hipogeos de Bení-Hassan, del Meri y del Laberinto; á ella

los tiempos en que se escribieron las *instituciones del rey Amenemhat I á su hijo Usortesen*; los *consejos del escriba Duau-se-Kharda á su hijo Papi* y el celebrado *himno al Nilo*; á ella los dias en que el aventurero Sineh cruzaba el Asia y escribia luego las impresiones y noticias de su dramático viaje. La duracion de esta dinastía conócese con fijeza, pues que el *Pápiro de Turin* la asigna un total de 213 años, 1 mes y 27 dias: la misma, con corta diferencia, que siglos despues apuntara Manethon para la XI y la XII unidas.

Aparte estos hechos, sábese que la dinastía XI fué de renacimiento; bajo ella el Egipto salió de la larga noche en que se agitó mientras las anteriores dinastías. Sábese tambien que la XII proporcionó á Miraim inusitado esplendor; que la XIII sostuvo esta grandeza, y que durante la XIV comenzó una nueva decadencia, ya que no una division de reinos, que permitió la invasion canánea.

Si, pues, existen tantos datos que confirman estos particulares de Manethon, y no hay uno solo concreto que los contradiga fundamentalmente, ¿cómo rechazar los 850 años que asigna á estas cuatro dinastías? Luego el principio de la XI corresponde á 3181.

Diez dinastías reinan durante el imperio antiguo. De estas, las cuatro últimas que mandan 639 años, aparecen envueltas en tinieblas; las otras seis, desde la I á la VI inclusive, que viven 1307 años, son conocidísimas. Constituyendo una época, nada pierde el buen orden de estos apuntes, en que invirtiendo el método hasta aquí seguido, comencemos desde lo más antiguo para venir á lo más moderno.

Las listas de Manethon contienen los nombres de los reyes que forman las cinco primeras dinastías; y cosa admirable, aún cuando se trata de tiempos muy remotos, y de sucesos que corresponden á los dias de un naciente imperio, las inscripciones, los papiros y los monumentos abundan tanto, que permiten no ya confirmar muchas noticias del historiógrafo egipcio, sino conocer muy á fondo la peregrina cultura de aquel pueblo tan civilizado. La lápida de Saqqarah habla de dos reyes de la I dinastía; de seis de la II y de ocho de

la III, y otros monumentos completan casi íntegramente estas dinastías. Al tiempo en que estas reinaron, corresponden la pirámide en escalera de Saqqarah, la tumba de Thothotep; las tres bellísimas estatuas de la familia del escriba Sepa; la no ménos notable de Amten, y no escaso número de inscripciones y gravados y monumentos, que acusan una lengua y una escritura en notabilísimo progreso, y un estado social próspero y feliz. A la IV y á la V, de cuyos reyes guardan memoria los geroglíficos, pertenecen los más notables monumentos de la necrópolis menfita, y entre ellos las famosas pirámides de Khufu, Khafra y Menkera, verdaderas maravillas arquitectónicas: á sus tiempos corresponden tambien grandes conquistas que ensanchan los límites del imperio faraónico; la apertura de canteras admirables; el laboreo de minas de cobre y de esmeraldas, á no corta distancia del valle del Nilo; multitud de obras hidráulicas, de caminos y de construcciones importantes: á sus tiempos el desarrollo de sus ciencias teológicas, filosóficas y morales; á ellos por último el cargo de *Gobernador de la casa de los libros*, destinado indudablemente á conservar la Biblioteca Real, en que se guardarían el *Libro de los muertos* ó *Ritual funerario* ó *Libro de la manifestacion á la luz*; algunos de cuyos capítulos son de tiempo de la II dinastía; los tratados astronómicos y noticias de observaciones celestes y estudios sobre el sistema sideral; los compendios de ciencia matemática, cuyos progresos permitieron las obras hidráulicas y arquitectónicas de entónces; los libros de medicina, algunos de los que se atribuyó á los dias de Hesepti, quinto faraon de la I dinastía, y que luego completó el rey Send de la II; la obra de Kaqimna, sobre filosofía moral; las *Instrucciones de Ptah-hotep* y tantos otros escritos científicos y literarios, que con ménos suerte que estos no se han salvado de la incuria del tiempo.

En tal manera abundan las noticias referentes á esta época, que hoy conocemos con numerosos pormenores la constitucion de aquel gobierno monárquico-feudal y las funciones de sus cargos palatinos, políticos y administrativos; el calendario de sus festividades; el espíritu, sentido y ceremonias de su religion; la vida social y doméstica, hasta en sus más peque-

ños detalles; en una palabra, cuanto importa para conocer la cultura y civilización de un pueblo. Así sabemos, que antes de terminar el reinado de la tercera dinastía, los egipcios habían domesticado todos los animales útiles al hombre; á excepción del caballo, que no conocieron hasta después de dominar en Asia; incluso algunos animales, como la cigüeña, que hoy no sabemos domesticar: entónces los ricos viven en suntuosas quintas ó bajo soberbios palacios; cultivan las flores más bellas y variadas; ordenan sus plantaciones con arte; cuidan esmeradamente sus jardines; deleitan los oídos con músicas y los ojos con bailes y volatines; cruzan el río y los canales en vistosas y elegantes embarcaciones; pescan, cazan; visten riquísimos trajes de brillantes colores; usan muebles cómodos y lujosos; están, en una palabra, rodeados de cuantas comodidades puede inventar la más esquisita civilización. Por último, la industria responde á tanto adelantamiento, y el comercio se extiende, no ya á todos los confines de Misraim, sino al interior de la Libia y á las apartadas regiones de la Arabia. Sobre todo, su difícil lengua y aquella complicadísima escritura, han alcanzado ya su último desarrollo.

Durante estas cinco dinastías, la civilización de To-r-zer-ef, *la tierra entera*, como llamaban á su país, tiene subidas y bajadas, y aún eclipses más ó menos parciales y duraderos. Tanta grandeza, sin embargo, se sostuvo incólume en el reinado de la VI dinastía, que mandó 203 años, y á cuya vida puso término aquella anarquía, algo semejante al período de los reyes de taifas de nuestra historia nacional, y que en más ó menos escala se sostuvo bajo las VII, VIII, IX y X dinastía.

Todo declara, pues, que existen razones valederas y aun fundadas para colocar á Menes en 5121 años, es decir, 117 años antes de la fecha en que le pone Manethon.

De todo lo expuesto resulta:

1.º Que no es razonable asignar menos de 1301 años á las cinco primeras dinastías de Manethon.

2.º Que aún cuando se sabe poco de las VI hasta la X, no pueden borrarse sin grave atrevimiento, los 639 años que de duración se las asigna.

3.º Que conocida su historia con mucha exactitud, no hay

motivo para dar á las dinastías XI á XV, un reinado menor de 850 años.

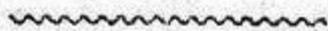
4.º Que no hay medio de reducir á ménos de seis siglos la ocupacion del Egipto por los hiksos.

5.º Que es un hecho histórico, que entre la invasion cananea y Ramesu III, mediaron 420 años.

¿Declaran estas conclusiones que la fecha que de ellas resulta sea irrefutable? No; ni lo es, ni como tal puede ofrecerse. Expuesto queda, que sobre algunos períodos, y no ciertamente cortos, la historia de Egipto calla. Su silencio basta sí á hacer respetable el texto de Manethon; pero no á declararle inconcuso. Aparte esta tan trascendental consideracion, existe la muy importante de que los egipcios no emplearon ciclo alguno astronómico para contar los años, ni conocieron Era histórica, sino que únicamente fecharon sus monumentos por los años de mando del monarca reinante. Aun estos años, conforme observa el docto Mariette, carecian de punto inicial fijo, pues en tanto unas veces parten del principio del año en que murió el rey precedente, otras comienzan en el dia de la coronacion.

Menes reinó, pues, sobre cinco mil años pocos más ó pocos ménos ántes del nacimiento de Cristo. Solo así la historia faraónica es inteligible, digan lo que quieran cuantos olvidan que «la Providencia ha querido que la revelacion hiciese santos y no sábios.»

MIGUEL MORAYTA.



UN PRÍNCIPE DE GALES EN MADRID

HABRÁ COSA DE DOS SIGLOS Y MEDIO



I.

Poco tiempo es el que puedo y deseo dedicar ahora á la lectura de periódicos políticos; pero, así y todo, no me eximo de pagar mi tributo nocturno á *La Correspondencia de España*, como se lo paga en esta coronada villa y córte todo viviente, ya hijo, ya padre de vecino. Esto, en verdad, á nadie le importa más que á mis pobres cansados ojos, que se van dejando la potencia visual, noche tras noche, deshecha como vellon en zarzas, en los casi siempre emborronados y con frecuencia indescifrables caractéres del susodicho *Eco imparcial de la opinion y de la prensa*; pero, no obstante, me ha parecido conveniente hacer constar que, por su medio exclusivamente, ha llegado á mi noticia, primero, que S. A. R. el príncipe de Gales iba á favorecernos, y luego que, en efecto, se encontraba ya en Madrid.

Quizá para quien anda, como yo, siempre á caza de asuntos—*et pour cause*—bastáran las antedichas noticias á sugerirle la idea de emborronar, á propósito ó con pretexto de ellas, algunas cuartillas de papel; pero la verdad es que no ha sido así, por varias razones que voy á exponer sumariamente.

Que viajen los príncipes herederos, y áun los soberanos reinantes, y se visiten unos á otros con cierta frecuencia, no es hoy suceso peregrino, sobre todo en las regiones central y del Norte de Europa. Los ferro-carriles y los piróscafos, si no

acortan las distancias, abrevian el tiempo necesario para recorrerlas; los progresos de la civilización han hecho desaparecer un sinúmero de obstáculos, así positivos como negativos, con que, en los tiempos de antaño, tenían que luchar los viajeros; por su parte, los soberanos y príncipes mismos se han humanizado lo bastante para no considerar indispensable cuando caminan hacerlo siempre en andas y bajo pálio, como santos en procesion, y llevando en pos de sí, á modo de cabellera de cometa, toda una caravana de áulicos, juglares, lacayos y cocineros; y por último, á pesar del materialismo, de la impiedad, de la corrupcion y de lo inmoral del siglo, no corren ya las magestades y altezas actuales, al salir de sus dominios sin la escolta de un ejército, el riesgo, más que contingente allá en la venturosa y creyente Edad Media, de perecer víctimas de un puñal ó de un veneno, ó cuando ménos, de vegetar meses ó años en alguna inaccesible fortaleza, hasta haber pagado cuantiosos rescates. Así hoy, reyes y emperadores, príncipes herederos y grandes ministros, como Bismarck y Gortchacow, van y vienen por toda Europa como mejor les cuadra y segun les acomoda, sin que á nadie sorprenda, ni los negocios se paralicen. ni, la mayor parte de las veces, sus viajes produzcan otra consecuencia, inmediata y sensible al ménos, que la de proporcionar materia para algunos *suelos*, y á lo más á lo más, para tal cual artículo de fondo en este ó en el otro periódico político. Y como yo me he propuesto, por ahora, abstenerme de todo lo que á la política del momento se refiera, claro está que, bajo ese aspecto, la visita á Madrid del príncipe de Gales no podia de asunto servirme.

Verdad es que S. A. R. ha excedido en su última excursion los ordinarios límites del régio *tourismo* (perdóneme la Academia el anglicismo); pero, sobre que no son los viajes mi especialidad, aunque de sobra he viajado, ya todo el mundo sabe por las cien mil trompas del periodismo, y los abonados á la *Ilustracion Española y Americana*, en pintura al ménos, casi pueden decir que lo han visto, que el augusto personaje de que se trata ha visitado nada ménos que una buena parte de los dominios británicos en la India oriental,

de que será un día Emperador, si no renuncia á ese título, cuya reciente concesion á la reina Victoria no parece que ha sido muy del agrado de los ingleses. En resúmen: tampoco bajo tal aspecto me provocaba á escribir sobre él ese asunto.

Pero ¿y su venida á España?—Sea mil veces enhorabuena; y ojalá sirva para que algo se nos pegue de lo mucho y bueno que nos estaria muy bien aprender en la Gran Bretaña; más de eso, ¿qué pudiera yo decir, fuera de que la cosa me parece, sobre plausible, lo más nataral del mundo?

De regreso á Europa, y antes de restituirse á Lóndres, nada más lógico y sencillo que haber querido el príncipe tocar en Gibraltar, sin curarse mucho de si eso nos tocaba á nosotros en lo vivo; y ya una vez en aquella clave del estrecho gaditano, que la geografía hizo española, y nuestra desdicha, por no decir más y peor, hace que sea todavía hoy inglesa, hásele muy naturalmente ocurrido á S. A. el deseo de visitar á Sevilla, para que nunca de él pueda decirse que, con tanto viajar, *no ha visto maravilla*.

Así las cosas, nada más fácil de comprender, que el haber el Gobierno español invitado al heredero de la reina Victoria, como en ley de cortesía procede, á que honre con su presencia esta heróica villa del oso y del madroño, donde para obsequiarle se disponen, cuando esto escribo, comida y té, gran parada, funcion teatral, y muy probablemente tambien,

«Pues viene, cediendo á ruegos,
»de Gibraltar á Madrid,
»habrá pandorgas y fuegos,
»aunque falten otros juegos
»propios del tiempo del Cid.»

Porque, segun se dice, el príncipe inglés, como patrono que es de la Sociedad protectora de los animales, se ha negado á presenciar una corrida de toros, espectáculo esencial y exclusivamente español, no muy humano que digamos, y del cual yo no soy apasionado; pero, cuando ménos, más ameno y pintoresco que el del anglo-sajon pugilato.

En compensacion, S. A. admirará, sin duda, porque diz

que es persona de buen gusto, la belleza sui géneris y la seductora gracia de las madrileñas, que no omitirán á su vez diligencia alguna, de las honestas se entiende, para hacerse ver y adorar; y tendrá ocasion de observar con qué solícito afan acude este heróico vecindario á todo género de diversiones, ó, por mejor decir, de reuniones, divertidas ó no, con tal de que le proporcionen motivo ó pretexto para no estar en su casa, y olvidarse hasta de que hay una molestísima cosa en el mundo que se llama trabajo.

Pero todo eso no es nuevo; *La Correspondencia*, con su acostumbrada puntualidad, nos lo tiene anunciado, y seguirá refiriéndolo hasta unos dias despues de que se vaya S. A. R., sin perjuicio, se entiende, de tenernos siempre al corriente de la campaña contra la langosta, de los muertos del dia y de las elucubraciones del Dr. Garrido; y todo eso no es lo que precisamente me ha sugerido la idea de escribir este artículo, si tal nombre merecen unos cuantos mal hilados párrafos al correr de la pluma trazados.

Sin embargo, y conste, porque es justicia dar á cada uno lo que es suyo, á *La Correspondencia* le debo la idea de recordar en estas páginas el rancio acontecimiento que va á servirme de asunto; y voy á decir cómo en breves palabras.

Leí, pues, hace muy poco, en el susodicho *Eco imparcial*, que algunos, no sé bien si políticos ó noticieros, con motivo de la ya entónces próxima visita á Madrid del príncipe de Gales, hacian correr la voz (circunstancia precisa para que funcione el *Eco*), tampoco recuerdo si en círculos ó paralelogramos más ó ménos autorizados ó desautorizados, de que el viaje de S. A. británica tenia por fin principal, aunque naturalmente oculto (para todos ménos para los estadistas callejeros), ciertos tratos pendientes ó próximos á entablarse para casar al rey D. Alfonso XII con una princesa de Inglaterra, protestante por de contado, como lo son todos los individuos de aquella real familia.—*La Correspondencia* desmiente terminantemente la tal, en verdad, un tanto inverosímil noticia; pero á mí confieso que me impresionó, si bien no políticamente, porque ya en la materia estoy tan curado de espanto y tan en el firme propósito de no tomar cartas en su juego, que así

me interesan sus lances de actualidad, como si ocurrieran en los tiempos del rey que rabió. Pero, en cambio, la singular circunstancia de querer algunos atribuir en 1876 á la visita del príncipe de Gales á la córte de España un fin hasta cierto punto análogo al que trajo á ella á otro también príncipe de Gales el año de 1623, suscitó en mi memoria el recuerdo de aquel curiosísimo episodio histórico y me sugirió el pensamiento de este escrito.

Agradezco, pues, como debo á *La Correspondencia de España* el servicio de haberme proporcionado asunto para llenar unas cuantas cuartillas; ruego á Dios que me inspire para no fastidiar á los lectores, y encomendándome á la indulgencia de esos, si los tengo, entro en materia sin más preámbulos.

II.

Reinaba en Inglaterra el primero allí de los malhadados Estuardos, aunque ya el sexto de su nombre en Escocia. Hijo único de la desdichada María y de su penúltimo marido, Enrique Darnley, cuyo feroz asesinato determinó la ruina de su, cuando ménos, imprudentísima esposa, fué coronado y proclamado rey en Stirling (Julio 1567), cuando solo contaba de edad trece meses y algunos días.

María Estuarda era católica; pero, destronada por sus súbditos y cautiva en Inglaterra en virtud de un acto de insigne y escandalosa mala fé de la implacable Isabel, quedó su hijo á merced y bajo la guarda, primero de su tío natural, el regente Murray, hermano bastardo de la reina, y sucesivamente de los diferentes próceres que en la regencia le sucedieron. Todos aquellos señores eran protestantes, protestantes también los insignes profesores encargados de la educación del jóven monarca, y ese, en consecuencia, aprendió á un tiempo una religion contraria á la de su madre, y á juzgar á ésta con severidad quizá excesiva aunque de persona extraña se tratara, y positivamente inexcusable respecto de aquella que el sér en sus entrañas le habia dado.

Compadeciendo muy sinceramente á María y condenando

con razonada indignacion la cruel política que, tras veinte años de ilegal encarcelamiento, la llevó al cadalso, sin más derecho que el de la fuerza, no soy, sin embargo, de los que la creen digna de figurar en los altares. Para mí es cosa históricamente demostrada que María Estuarda llevó sobre sí á la eternidad más de una culpa grave, que es de esperar se le haya perdonado en gracia de su prolongado martirio en las prisiones, de su arrepentimiento y de su muerte á todas luces injustificable. Pero aún pensando así, es cosa que no concibo, y me indigna y me subleva, la fria indiferencia con que la dejó su desnaturalizado hijo padecer de una en otra prision durante veinte años, y la deplorable inhumana facilidad con que, tras algunos estériles alardes de cólera y baladronadas de venganza, se avino presto á entrar en negociaciones y hacer la paz con la homicida de su madre. Dícese que cedió á consideraciones políticas, quizá en rigor atendibles en cualquiera otro caso; añádese, y es posible que así fuera, que hizo el sacrificio de sus personales sentimientos al interés legítimo de su país y dinastía, posponiéndolo todo al fin de juntar en su cabeza y asegurar á su descendencia las coronas de Inglaterra y de Escocia. Todo eso podrá ser verdad; pero yo, como no he nacido príncipe ni rey, no lo comprendo, ni puedo en mi conciencia absolver al hijo que tiende la mano á quien se la ofrece bañada en la sangre de su madre, aunque sea por todas las coronas del mundo.

A mi juicio, lo ménos malo que de Jacobo I puede suponerse es que su carácter carecia en absoluto de la energía moral necesaria para sentir bien y obrar en consecuencia; que, hombre de no escasas luces naturales y sobrada instruccion acaso, sobre todo en cuestiones teológicas, estaba falto de firmeza de propósitos; y que, en suma, indeciso y vacilante por temperamento, las circunstancias en que se encontraba decidian siempre mucho más de su conducta, que consideraciones morales de ningun género.

Era protestante luterano, pero tan transigente con los católicos, y con tal aversion á los presbiterianos y demás sectas calvinistas, que el público, su contemporáneo, dudó siempre de la sinceridad de su fé. Era autoritario hasta frisar en abso-

lutista, y nimio en cuanto á los atributos externos de su régia dignidad; y al mismo tiempo, siempre estaba dominado por algun favorito, y nunca supo captarse el respeto y la consideracion de ingleses ni escoceses. Era, en fin, ambicioso, y queria influir en la política europea: pero siempre por medios indirectos, esquivando compromisos, y fiándose todo á la intriga.

Tal era Jacobo I, padre del príncipe de Gales, que fué luego el desventurado Carlos I.

¿Cómo y por qué, tales príncipes concibieron y acometieron la empresa, dadas las circunstancias de su época, verdaderamente á primera vista inexplicable, de enlazarse íntimamente con la dinastía española, á la sazón por antonomasia llamada la *Católica*, y no sin fundamento?

Estaba entónces en sus primeros tiempos la célebre guerra llamada de los *Treinta años*, porque, en efecto, no duró ménos; guerra que, como es sabido, debió en gran parte, si no en todo, su origen á las doctrinas de Lutero, porque en Alemania el emperador y gran número de los príncipes á él sujetos, se declararon contra la reforma, mientras que otros se afiliaron bajo el estandarte de la heresiarca.—De religion fué, pues, sin duda aquella guerra, y el sentimiento religioso sólo la hizo posible; pero, «si, como atinadamente lo dice Schiller, »el interés particular y la razon de Estado no se hubieran »prontamente unido al interés y á la razon religiosa, nunca la »voz de los teólogos y la del pueblo hubieran encontrado »príncipes tan solícitos, ni la nueva doctrina tan valerosos y »tan firmes campeones.»

Para el comun de los católicos y de los protestantes tambien, la lucha fué, en resúmen, religiosa; mas para casi todos los príncipes y magnates que en ella tomaron parte, de lo que se trataba en la esencia era de sus respeccivos intereses políticos. Querian los potentados alemanes de segundo órden, emanciparse de la supremacía espiritual de Roma, enriquecerse con los despojos de un clero opulento, y sacudir el yugo de la casa de Austria; mientras que esa, como era natural, afirmar y consolidar en el imperio su autoridad suprema, para lo cual era preciso extirpar el protestantismo en su cuna misma, ó lo

que era equivalente, hacer que sobre él triunfara el Vaticano.

Reinando simultáneamente la dinastía de los Habsburgos en Alemania y en España; y por ende en los Países Bajos, en gran parte de Italia y en el Nuevo Mundo, no sin visos de fundamento se la acucaba de aspirar á la monarquía universal, ó poco ménos; y en consecuencia, no solamente los reyes de Dinamarca, de Suecia y de Inglaterra, y la nueva República de Holanda, potencias todas protestantes, sino tambien y muy señalada y activamente, la católica monarquía de los reyes cristianísimos, estuvieron siempre de parte de los reformados alemanes, si bien viéndose por la necesidad obligadas á disimularlo muchas veces.

Sin paradoja ni exageracion siquiera, puede afirmarse que, durante todo un siglo y la mitad de otro, pero muy especialmente desde la heregía de Lutero, hasta que la paz de Westfalia (1648) puso término á la guerra de Treinta años, la casa de Austria tuvo que luchar sola con todas las potencias europeas contra ella conjuradas.

Supuestos esos antecedentes, á primera vista pudiera parecer incomprensiblemente absurdo el proyecto del rey de Inglaterra, de casar al príncipe su heredero, como él mismo protestante, con una infanta de España, el país clásico del catolicismo, y cuyo padre, Felipe III, el *Devoto*, que tenia por ministro y valido á un cardenal de la Iglesia romana, era en las regiones de aquende el Rhin el representante nato de los intereses y autocráticas pretensiones de la casa de Austria. Más todavía: Jacobo I, habiendo casado á su hija la princesa Isabel el año de 1613 con el Elector Palatino Federico V, era, en consecuencia, padre político del, para los católicos, más odioso de los heréticos magnates al imperio rebeldes; y no sólo era su pariente, sino su correligionario y su amigo político, como hoy diríamos; y, hasta donde pudo, fué su declarado favorecedor igualmente.

Federico habia sido electo rey de Bohemia en 1613 por los insurrectos; pero vencido dos años más tarde (1621) en las cercanías de Praga por las tropas de su rival, el entónces archiduque de Austria y más tarde emperador de Alemania,

Fernando II, vióse privado de aquel reino, proscrito en sus propios dominios hereditarios, y en la mísera situación, de que no logró ya salir nunca, á pesar de tener por aliados á la Francia y la Inglaterra.

Precisamente en tales circunstancias fué cuando le ocurrió á Jacobo I la idea de salvar á su yerno, ya que por fuerza de armas no le era posible ni intentarlo, por medio del matrimonio del príncipe de Gales con la infanta doña María, hija de Felipe III.

Pensamiento en verdad original y atrevido, ya que no digamos extravagante y temerario; pero que estuvo, sin embargo, tan á punto de realizarse, que acaso sin la irreflexiva petulancia del primer duque de Buckingham y la vanidad inmensa del Conde-Duque de Olivares, le hubiera hecho llevar, años adelante, á la casa de Austria, como luto de familia, el del desdichado monarca que los realistas ingleses llaman todavía el Rey mártir.

III.

Alguna variedad se advierte en los autores británicos respecto á la fecha precisa en que Jacobo I entabló su pretension en la córte de España, y tambien en punto más grave, pues alguno afirma que la proposicion de matrimonio no partió, en efecto, del rey de Inglaterra, sino del cardinal duque de Lerma, privado y ministro universal de Felipe III.

Segun Lingard, uno de los historiadores ingleses modernos de más crédito, y en el asunto de que tratamos ménos sospechoso de parcialidad en contra nuestra, puesto que era católico y eclesiástico, el duque de Lerma, para disuadir á Jacobo del designio que tenia formado de casar con la princesa Cristina de Francia á su hijo el príncipe de Gales, ofrecióle para éste la mano de la infanta doña María, hermana menor de la doña Ana de Austria, que fué á poco mujer de Luis XIII. «Hay razones (añade) para creer que nunca tuvo »(Lerma) intencion de que aquel matrimonio se realizara, »y que lo propuso solo como aliciente para inducir al rey de

«Inglaterra á no intimar sus relaciones con el de Francia (1).» Pero Jacobo, en disidencia entónces con el Parlamento, sintiéndose impopular, y sabiéndose incapaz de las armas, acogió gozoso (segun Lingard) aquella proposicion, en la esperanza de que una rica dote le sacara de apuros pecuniarios á él, y su yerno recobrará, por intercesion de Felipe, los Estados y dignidad recientemente perdidos. Nada tiene de inverosímil en sus términos, ni en rigor de ofensivo á la memoria del duque de Lerma la afirmacion de Lingard; porque cierto género de engaños, á mi juicio siempre de reprobacion dignos, eran en el siglo XVII cosa corriente y como de ritual, casi, en las negociaciones políticas. Pero un curioso y muy interesante libro, que acaba de publicarse en Madrid, formando parte de la magnífica *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, debida á la tan diligente como discreta erudicion de los señores marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayon (2), me proporciona seguros datos para rectificar el aserto del historiador inglés, y me impone la obligacion de hacerlo, ya que á tratar el asunto en cuestion he comenzado.

Bueno será advertir préviamente que el libro de que voy á servirme está escrito, segun se demuestra en el excelente prólogo del Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo que le precede, no solo por un contemporáneo de los dos Felipes III y IV, sino por un contemporáneo palaciego, como ayuda de cámara que fué de entrámbos reyes, testigo presencial, por tanto, de los sucesos que refiere, y tan enterado de los misterios cortesanos, como suelen generalmente estarlo todos los criados de los más íntimos secretos de sus amos.

Para que se vea cuán al tanto de la política de su época, y muy en especial de la de Jacobo I, estaba el autor de la historia de Felipe III, comenzaré copiando un párrafo en que

(1) History of England, t. VI (ed. Baudry), cap. 3.º

(2) Titulase la obra *Historia de Felipe III*, lo es de un contemporáneo, y consta de dos tomos en 8.º prolongado; existe el Mas. coetáneo en la Biblioteca de su ilustrado editor el señor marqués de la Fuensanta del Valle, á cuya amabilidad debo el ejemplar que poseo, y le agradezco muy sinceramente.

tan clara como concisamente la expone. Dice de esta manera (1):

«Después de todas estas negociaciones y solicitudes del Palatino para con sus confederados (año de 1620), ocurrió últimamente á Jacobo I, rey de Inglaterra, su suegro, el cual, si bien en lo público daba muestras de no querer socorrer y ayudar á conservar en el reino (de Bohemia), tan recientemente usurpado, á su yerno, al ménos en lo secreto, como sagáz y astuto por la edad y por la experiencia, hacia todo lo posible para establecerle y afirmarle en él, sin embargo de que embozaba mañosamente el que no entendiésemos (los españoles) que queria romper la tregua por casi quince años ántes jurada con el rey católico, y así enviaba sus embajadores á los electores del Imperio, etc., etc.»

Mientras con ellos, es decir: con los católicos é imperiales, negociaba tan inútilmente como con facilidad se comprende, ya, segun el libro que nos sirve de texto, Jacobo I, ora de buena fé, ora solo para ganar tiempo y deslumbrar á la córte de España, que es lo más verosímil, gestionaba en ella por medio del conde de Gondomar, embajador de Felipe III en Lóndres, pero muy de la confianza del monarca inglés, el matrimonio de su hijo Cárlos con la infanta doña María.

Acontecia eso, y es muy de advertir, ántes de la campaña en el Palatinado primero y luego en la Bohemia, á que puso término la célebre batalla de Praga, ruina del desventurado Federico V, ganada por los imperiales y los españoles el 9 de Noviembre de 1620. «Uno de los dias más dichosos, sin duda (dice nuestro historiador) (2), que han amanecido en nuestros siglos á la Iglesia católica.»

Triunfante, pues, con eso la casa de Austria, y reducidos á la mísera condicion de fugitivos proscritos el ex-electoral Palatino, cuya dignidad transfirió el Emperador al duque de Baviera, y su esposa la hija de Jacobo I, éste, que aún ántes de la catástrofe habia procurado congraciarse al rey de España pidiéndole su hija segunda en matrimonio, claro está que no

(1) Tomo II, lib. VIII y último, págs. 273 y 274.

(2) Tomo y libro ya citados, pág. 238.

podía ménos, una vez su yerno vencido, de insistir y con más veras que nunca en aquel proyecto. Porque realmente, si el enlace entre las dinastías inglesa y española llegara á realizarse, de esperar era que la influencia de Felipe con el Emperador lograra relajar en algo la severidad con que éste se ven-gaba del rebelde y además herético Palatino, y cuando ménos, que con el primero de los Estuardos se tuvieran consideracio-que en otro caso esperar no podía.

Tales consideraciones explican á un tiempo la conducta de Jacobo y sus fines en la negociacion; pero sobre todo demuestran, á mi parecer, que la iniciativa en ella fué suya, pues á él era en realidad á quien su feliz éxito más directa y personalmente interesaba. Todo lo que Felipe III podía prometerse de aquel matrimonio era que, en su virtud, la Inglaterra se apartara de toda alianza con Francia, fin político importante sin duda, pero de mucha ménos entidad, en lo personal sobre todo, que aquellos á que aspiraba el rey de Inglaterra.

Mas, aparte todo raciocinio, los hechos abonan en ese punto con tal evidencia mi opinion, que referirlos me basta para quedar airoso.

Dá cuenta, en efecto, la Historia de Felipe III de la embajada de Mr. de Bassonpierre á Madrid, solicitando en nombre del rey cristianísimo la devolucion de la Valtelina á la Liga de los Grisones; y, enumeradas las razones que se oponian á que se concediera, añade textualmente lo que sigue (1):

«A esta misma sazon (2) y con este pretexto, aunque con diferente color, habia enviado el rey de Inglaterra al conde de Bristol (3) pidiendo al rey católico para Cárlos, príncipe de Gales, su hijo, á la infanta doña María, y que procurase S. M. se compusiesen las cosas de su yerno, y que admitiéndole el Emperador á su gracia, se le volviesen sus Estados

(1) Tomo y libro citados, pág. 303.

(2) No precisa la fecha; pero hubo forzosamente de ser muy á fines del año de 1620, si no ya comenzado el de 1621.

(3) John Digby, uno de los diplomáticos predilectos de Jacobo I, literato y algo poeta, habia ya estado de embajador en Madrid en 1611 y 1614. Era cuando volvió, en 1620, baron Digby de Sherborne, y no fué nombrado conde de Bristol hasta 1623.

»y el título de elector del Imperio, embajada que le dió mucho que pensar (á Felipe III), y que le tuvo no poco suspensado.»

Si el proyecto de matrimonio fuera cosa suya, ó lo que es lo mismo, del duque de Lerma, su verdadero alter-ego, claro está que no tenia Felipe por qué cavilar, ni para qué suspenderse. Pero, prosigamos con la historia.

Segun ella, hizo el rey vivas, aunque vanas, gestiones para obtener del emperador el indulto absoluto para el desdichado Palatino. Fernando II de Austria, que no habia nacido blando de entrañas, ni profesaba ideas de tolerancia religiosa, ajenas á todas las sectas y á todos los gabinetes en su siglo, ni podia perdonar al rebelde que en muy grave riesgo habia puesto su corona, y quizá su vida, ni admitir de nuevo en el colegio electoral del Sacro Romano Imperio al herege por excelencia, al jefe y caudillo de las armas luteranas. Profundo y sagaz político, sabia además el Emperador que la reciente victoria de sus armas, aunque gloriosa y grande y en buenos resultados para la causa católica fecunda, estaba muy lejos de haber extirpado en Alemania el protestantismo; y puesto que para él la cuestion era esa, hubiera sido una falta grave rehabilitar al enemigo vencido, y hacer estéril el escarmiento que de su castigo podia, hasta cierto punto, esperarse.

Inútil fué, por tanto, la buena voluntad con que el rey de España procuró complacer al de Inglaterra, en lo tocante á su proscrito yerno.

Por lo que al matrimonio respecta, dejaremos la palabra al historiador palaciego, cuyo libro tan á punto se nos ha venido, por decirlo así, á las manos.

Dícenos, pues, terminantemente que, en cuanto á la petition de la mano de su hija para el príncipe de Gales, el Rey, «no solo no sabia qué responder, empero, ni hallaba proporcionado caudal en ella para comunicarla con su Consejo de Estado; si, *por carta suya*, habia dado parte dello al Duque de Lerma, cuando se hallaba descansando y retirado en su casa, como lo hacia en todas las ocurrencias que eran de su gusto, no supo responderle (Lerma) por otros ambajes ni re-

»tónicas, mas de que no daria su parecer en esto, ni por su
»consejo se haria; algunos impulsos del cielo tenia la pruden-
»cia y talento deste caballero, tales que todos los tuvimos
»despues por profecías y avisos de gran ponderacion.»

Nótese, en los pocos renglones hasta aquí copiados, que no solamente el Rey no habia propuesto aquel negocio, ni le tenia la menor inclinacion, sino que, por el contrario, de tal manera le repugnaba el pretendido enlace, que, rehusando consultarle con el Consejo de Estado, sólo pidió parecer y por medio de *carta suya*, á su antiguo primer ministro, aunque ya entónces, sucumbiendo á intrigas palaciegas urdidas en gran parte por su propio hijo el duque de Uceda, estaba el de Lerma *descansando y retirado en su casa*, lo cual significaba entónces, de la córte desterrado.

Ahora bien; si Lerma hubiese en tiempo alguno pensado en tal matrimonio y propuéstoselo á los ingleses, lo natural fuera que, consultado entónces, contestara favorablemente al deseo de aquellos, siquiera para mostrarse consecuente, cuando para acreditar su política prevision no fuera.

En vez, empero, de hacerlo así, contestóle al Rey que no quiere tomar cartas en el negocio, «ni por su consejo se hará nunca;» y aún añade que «no era materia aquella para ponerla en plática, antes la sepultaba, y excluía, y echaba fuera de la lista donde tenia por memoria sus cuidados.» Si se le decia que mirase por sí, atendiendo á lo importante de tener por amigo ó por enemigo al rey de Inglaterra, «con resolución y denuedo pasaba por esto, no queriendo paz á costa de tanto precio.» Si «discurriendo delgadamente» se le arguia «con qué vendria á conseguirse la reduccion de aquellos pueblos á la Iglesia,» contestaba que, «entretanto, miraba cómo se ponía á riesgo la parte flaca,» esto es: la fé de la jóven infanta. No creia el cardenal que lo de «la libertad de conciencia que se ofrecia en aquellos reinos (Inglaterra) por el casamiento,» pasara de ser una promesa de circunstancias, que nunca se cumpliria, pues «los herejes no reconocen otra razon de Estado que la mentira y no guardar su palabra.» Y, últimamente, le decia al Rey que no era razon «que la prenda más querida suya, la más amable y preciosa

»de su corazon, y la que tenia reservada para producir las al-
 »tas y valientes columnas de la Iglesia y perpetuar dichosa-
 »mente el imperio en su casa, etc., etc., se diera al Dragon (el
 »protestantismo) de la Iglesia para que produzca sangre cató-
 »lica, y que tantas veces la ha aventurado por su exaltacion
 »contra tales enemigos, su tósigo y veneno. No hay juicio
 »humano, (terminaba) que sepa dar un paso en esto, ni en-
 »tendimiento tan bárbaro que no advierta que este, por nin-
 »gun caso, es negocio platicable.»

Despues de leido eso, no se concibe de dónde ha podido sacar Lingard que el duque de Lerma, no diré propuso, sino ni siquiera quiso tratar nunca del tal matrimonio.

IV.

En cuanto á Felipe III, su repugnancia al propuesto matrimonio, su debilidad de carácter y su constante indecision, están de mano maestra retratadas en el lugar mismo de su historia, que utilizando estoy; tanto más fielmente retratadas, cuanto que el historiador, panegirista entusiasta del Nieto de Carlos V, está muy lejos de querer constituirse en juez del monarca á quien ha servido, y pinta su retrato *con amore*, como los italianos dicen. Debe oírsele, pues, con entera confianza, cuando dice: «Estaba el rey, con este accidente tan
 »impensado (la embajada de Bristol y el dictámen de Lerma),
 »considerándole el mayor que habia tenido en su reinado,
 »suspense y no resuelto aún á imaginársele: discurría últi-
 »mamente su celo, religion y constancia de fé, las mercedes
 »que le habia hecho Dios por esto, los castigos que se le po-
 »drian seguir de lo contrario; y así estábase quedo y inmó-
 »vil en su resolucion.»

Felipe habia llegado ya entónces al último año de su reinado y de su vida, y aunque por su edad lejos todavía de la vejez (1), por su estado valetudinario, por lo limitado de su

(1) Faltábanle trece dias para cumplir los cuarenta y tres años cuando falleció.

entendimiento y por la meticulosidad de su devoto y escrupuloso espíritu, carecía en realidad de aquel vigor enérgico de alma y cuerpo, que le fuera necesario para llevar con desembarazo la pesadísima carga del gobierno de la vasta monarquía de ámbos mundos, que sobre sus siempre débiles hombros pesaba entónces casi exclusivamente. Y casi exclusivamente digo, porque si bien al separar los palaciegos de su lado al duque de Lerma, su ministro desde que subió al trono, su amigo de predilección ya de antes, y su privado, su alter-ego; siempre, en la apariencia quedó el duque de Uceda en el lugar del padre á quien habia, ingrato, desbancado, en realidad el rey ni se entregó al nuevo aparente valido, ni pudo, ni quiso nunca renunciar á los consejos de aquel en quien toda su vida habia ciegamente confiado. Así acabamos de verle consultar á Lerma, y á Lerma exclusivamente, en el árduo negocio que nos ocupa; y así tambien nos le pinta su historia, una vez sabido el dictámen de aquel, aunque sin atreverse á romper declarada y resueltamente la negociacion, porque las resoluciones enérgicas le eran imposibles, alargando el negocio con evitar hasta que de él se le hablara.

En vano «andaba el embajador inglés presuroso y sumamente congojado,» procurando obtener alguna respuesta; en vano tambien el conde de Gordomar, á quien en Lóndres Jacobo I apremiaba de continuo, y que además era celoso partidario del matrimonio proyectado, escribia despacho sobre despacho, encareciendo la urgencia de la resolucion, y aún atreviéndose á insinuar, apoyándose en razones políticas, cuando ménos plausibles, lo importante de que fuera tal como el rey de Inglaterra la deseaba. Felipe excusaba en Madrid recibir al conde de Bristol, ya con uno ya con otro pretexto; y contestaba á su embajador en Lóndres, que tomaria en consideracion sus observaciones en tiempo oportuno, pero que, entretanto, «sin dar á entender su intencion al Rey (Jacobo) le disuadiese cauta y prudentemente.»—Aunque nuestro historiador lo afirma rotundamente, á mí me parece dudoso que Gondomar, dada su incontestable personal parcialidad en aquel negocio, se conformara de buena fé con tales

instrucciones. Creo, sí, que las observara oficialmente, y lo que bastara para no incurrir en caso de deslealtad; pero es evidente que de ahí no pasó, puesto que á seguida de recibirlas dijo á Felipe III que el monarca inglés le instaba con vehemencia á que pasara á Madrid á exponer á S. M. verbalmente las muchas y poderosas razones que militaban en favor de la realizacion del propuesto enlace; y no solo transmitió tal mensaje, apoyándolo indirectamente, sino que pidió licencia para ponerse inmediatamente en camino.

Creyó, sin embargo, nuestro atribulado monarca salir del paso contestando á Gondomar «que prosiguiese en lo que »le habia ordenado, y diese largas dilaciones á su venida;» pero ni el embajador ni Jacobo I estaban de humor de conformarse con tan interminables moratorias; y así el primero, excusándose con las exigencias del segundo, decia terminantemente á su soberano «que no podia ya defenderse de las »continuas importunaciones del rey (de Inglaterra), y que »advirtiese S. M. que se aventuraba ya reputacion en esto.»

«El rey, pues, (prosigue su historiador) (1) que ya temia á »este embajador (Gondomar) como al diablo, viendo habia »llegado el negocio á los lances más apretados y estrechos »que podia ser, le mandó que viniese, con lo cual contentó al »rey de Inglaterra, porque le pareció cobraba ya algunas es- »peranzas su pretension.»

Si tal creyó, engañóse grandemente Jacobo I, porque Felipe, obstinado y terco como suelen serlo todos los caracteres débiles, al consentir, harto mal de su grado, en la venida á Madrid de Gondomar, por una parte sabia que ganaba todo el tiempo que durase el entónces no fácil ni expedito viaje desde Lóndres á las riberas del Manzanares; y por otra, se reservaba *in pectore* el derecho de recibirle lo más tarde que pudiera, y una vez recibido, de oirle poco y contestarle ménos. Y como S. M. C. se lo habia propuesto, así, ni más ni ménos, lo hizo, en la forma que con inimitable gráfica naturalidad se refiere en el siguiente párrafo de nuestra historia:

«El conde de Gondomar llegó á España, y difiriendo el

(1) T. II, lib. VIII, pág. 308 anteriores y siguientes.

»rey por algunos días su audiencia y el oírle, dándole algu-
 »nas justas ocupaciones por causa á su impedimento, y viendo
 »que ya no se podia dilatar más, vino á Palacio (1), y *en lo*
 »*más retirado* de su cámara le oyó. Comenzó el conde, como
 »tan entendido y cortesano, á discurrir largamente en el ne-
 »gocio, descogiendo y despuntando todas las conveniencias y
 »razones de Estado que habia para que se efectuase este ca-
 »samiento, y las que él sabia y de que estaba satisfecho que
 »entendia muy bien; y despues de larga y prolija arenga,
 »habiéndole oido atentamente S. M., elevando el rostro y se-
 »renando el semblante, le dijo:—*¿Traeis algunas razones de*
 »*fé que nos obliguen? Porque las de Estado en este caso, no se*
 »*sirve á Dios con ellas, que es lo que más principalmente de-*
 »*bemos observar.*—El embajador con esta respuesta, cuando
 »esperaba de su narracion otros efectos, se quedó admirado y
 »poniendo las rodillas en el suelo; y el rey, volviéndole las
 »espaldas, suspendió la audiencia, pretendiendo con dilacio-
 »nes consumir negocio que tan feo habia de parecer á Dios y
 »al mundo, etc.»

Lo hasta aquí dicho basta y áun sobra, para hacer evidente que si el rey de España por consideraciones políticas, tan poderosas entónces, como de comprender fáciles hoy para quien algo conozca la historia del siglo XVII, no se encontraba con resolucion suficiente para desahuciar á Jacobo I en sus pretensiones á la mano de la infanta doña María, para su hijo Cárlos, por lo ménos, estaba resuelto á resistir tal enlace cuanto en su poder estuviera.

De esa resolucion, hondamente arraigada en su ánimo, y fruto, tanto de sus sentimientos religiosos, como tambien, y más acaso, de los escrúpulos de su meticulosa conciencia, segun el historiador que seguimos, hizo solemne declaracion Felipe III en el amargo trance de su prolongada y amarguísima agonía (2).

(1) Sin duda, estaria el rey en alguno de los sitios reales, y aplazó la audiencia de Gondomar para cuando regresara á la córte.

(2) Quevedo, en sus *Grandes anales de quince aias*, dice: «murió padeciendo en un desconsuelo religioso, lleno de verdadero dolor, que le sirvió de *Purgatorio visible* y de ejemplo á los que le vieron;» Céspedes, en su *Hist. de*

Cuéntanos, en efecto, que dos ó tres dias antes de su muerte, recibidos ya los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, ordenado su postrer codicilo en presencia de los presidentes de todos los consejos, y nombrados sus testamentarios al duque de Lerma, «confesando en este último artículo que le habia sêrvido bien y era gran vasallo,» y tambien al duque de Uceda, mandó el rey llamar á todos sus hijos, y dijo al príncipe (Felipe IV): «Heos mandado llamar para que veais en lo que para y fenece todo; creo que os doy bastante ejemplo para componer y encaminar bien vuestras acciones; gobernad con justicia y religion; las causas de la Iglesia, os encargo que tengais en primer lugar, y por más principal cuidado que otro alguno, pues es el más esencial para que Dios os ha puesto en la dignidad que teneis: mirad por vuestros hermanos, *y casad á la infanta María en Alemania con vuestro primo, y cerrad las orejas á otra cualquier pretension que no fuere decente ni católica*, etc., etc.» (1)

Ninguno de los demás historiadores que yo he consultado hace mencion directa ni indirecta de las palabras que en el párrafo anterior he subrayado; el que las escribió en su libro, como criado de palacio, pudo muy bien ser testigo de la escena que describe, y cuando ménos tenia medios hábiles para saber cuanto en ella habia pasado; pero tambien conviene tener presente que se muestra en todo, y desde la primera á la última página de su historia, tan encarnizado enemigo y censor implacable del conde duque de Olivares y de

Felipe IV, lib. 1.º, cap. XVII, describe larga y minuciosamente la enfermedad y postrimerías de Felipe III, pintándole asaltado por remordimientos crueles de haber mal gobernado y entregádose á indignos ministros, hasta el punto de desconfiar de su salvacion, en términos de ofender en ello la misericordia de Dios, y ser necesaria la eficaz intervencion de piadosos y doctos eclesiásticos para reducirle á la buena doctrina. Nuestro autor sustancialmente conviene con los dos citados en los hechos; pero procura atenuar su trasendencia, explicándolos como resultado de la humildad cristiana con que de sí mismo desconfiaba el timorato Felipe III.—Su padre, Felipe II, habia muerto tranquila y sosegadamente, satisfecho de haber reinado bien, y tan léjos de arrepentirse de la sangre que su intolerancia religiosa y su crueldad política habian hecho derramar en el mundo, que sus últimas palabras casi fueron para recomendar al heredero de su corona que premiase á los buenos y *castigase á los malos*, y mandar á la infanta, que iba á gobernar los Países-Bajos, que acrecentase en ellos la fé católica, y *debelase y destruyese las heregías de Holanda y sus con, nes.*

(1) Tomo y libro citados, págs. 333 y 334.

todas sus medidas y hechuras, como apasionado parcial del duque de Lerma, así como hasta cierto punto también, del de Uceda, y defensor del gran duque de Osuna y abogado, cuando ménos piadoso, de D. Rodrigo Calderon mismo.

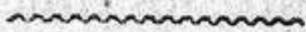
Con Felipe III murieron para nuestro autor la gloria de España y su buen gobierno; con Felipe IV, ó por mejor decir, con su privado, presente todo género de desventuras y aún de afrentas. No me atreveré, pues, á responder de la absoluta y completa exactitud de la cita que discuto, pero tampoco puedo persuadirme de que carezca de todo fundamento.

Los hechos anteriores no dejan lugar á duda de ningun género respecto á la repugnancia de Felipe III á consentir en la union de su hija con el príncipe de Gales; y no es, por tanto, inverosímil que en su lecho de muerte algo dijera relativo á un negocio que, para él, tenia mucho más de religioso que de político.

Como en el reinado siguiente, esto es, en el de Felipe IV la negociacion por la súbita muerte de su padre forzosamente interrumpida, se renovó á la faz del público, estuvo á punto de terminar en el casamiento tan ansiosamente deseado por Jacobo I, y fracasó, sin embargo, de un modo para nuestra córte harto desairado; concíbese fácilmente el interés que los enemigos de Olivares tenian en asentar que el último difunto monarca le habia, ántes de espirar, recomendado á su heredero que *cerrase las orejas á cualquier pretension (á la mano de su hermana) que no fuera decente y católica.*

Concluiremos esta, todavía pendiente historia, en un próximo artículo.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.





EL ESPIRITUALISMO Y EL MATERIALISMO

I.

„Die theoretischen Irrthümer meist mehr darauf beruhen dass man die Erklärungsgründe aus andern Gebiete der Naturwissenschaften uebertragend auf den Organismus anwandte" (1).

JÓHANNES MUELLER.

Aunque la lucha de las dos concepciones del mundo que se denominan espiritualismo y materialismo dura todavía, y durará probablemente muchos años, dichas concepciones se modifican incesantemente y se aproximan cada vez más á un acuerdo á medida que cada escuela reconoce la fuerza de las posiciones que toma el adversario. Mientras los espiritualistas se han visto obligados por los adelantos de la fisiología á señalar una importancia cada vez mayor á la accion de las condiciones materiales de la produccion de los fenómenos del espíritu, los materialistas se han visto tambien compelidos por el mismo progreso de la ciencia á reconocer la existencia de condiciones enteramente distintas de aquellas que se clasifican como propias del órden material. Todavía existe, sin embargo, del un lado, marcadísima repugnancia á todo lo que lleva el nombre de Materia, y del otro, repulsion depresiva respecto de cuanto tiene el carácter de Espíritu. Existe aún una separacion radical entre los conceptos de Creacion y Evolucion en la explicacion del Cosmos y entre las concepciones

(1) Los errores teóricos consisten las más veces en aplicar al organismo definiciones pertenecientes á otros ramos de las ciencias naturales.

de Metafisiología y fisiología en la explicación de la vida y el espíritu. Distinguiéndose de estas escuelas contendientes, hay una tercera, pequeña en verdad, pero importante, que rechaza las teorías de ámbas, ó, por mejor decir, que se apodera de aquello que tiene más validez en cada una, reconciliándolas por medio de una nueva interpretación.

No me propongo discutir aquí la cuestión cósmica, y sólo observaré de pasada que la filosofía moderna ha producido en ella una completa revolución, mostrando que la más amplia de todas las distinciones, la del objeto y el sujeto, la de la materia y el espíritu, no pide una oposición correspondiente en su esencia, sino tan sólo la distinción lógica de los aspectos; por manera que el mismo grupo de fenómenos se expresa objetivamente con los términos *materia* y *movimiento*, y subjetivamente con los términos del sentir. Deja de ser agena la materia, pierde el carácter que le atribuyen los que la creen muerta y opuesta al espíritu cuando nos apercibimos de que todo lo que es posible que conozcamos de ella es un modo del sentir. Todo nuestro conocimiento de ella es el conocimiento que tenemos de nuestras propias afecciones. Lo que inferimos respecto de ella considerada como *no yo*, no es otra cosa más que la representación hipotética de los modos posibles del sentir que podría excitar en nosotros el no yo, bajo ciertos cambios concebibles de relación. Habiendo clasificado experimentos é inferencias bajo los grupos generales de Materia y Movimiento y habiendo formado de esta suerte conceptos de los objetos y de las fuerzas, nos esforzamos en colocar ordenadamente los modos no clasificados aún, bajo agrupaciones semejantes, y explicamos así la aparición de cambios cualesquiera del sentir, mediante la conjunción de otros modos, conocidos ó inferidos.

Decimos, por ejemplo, que el cambio denominado color, es efecto, de la conjunción de las pulsaciones específicas de un medio ondulatorio en una terminal nérvea específica, seguidos de la excitación específica de un centro nervioso. En cierto sentido, este proceso es completamente material, objetivo; pero en otro sentido, es igualmente un proceso espiritual ó subjetivo. Idealmente y por conveniencia propia, se-

paramos los aspectos subjetivo y objetivo; pero cuando suponemos que corresponde una separación real á esta distinción ideal, caemos en el misterio de cómo un proceso material puede llegar á ser un proceso espiritual, de cómo pueden convertirse en sensaciones las vibraciones. El misterio es una ilusión; esa transformación no existe. Lo que llamamos proceso material, es simplemente el aspecto objetivo del proceso mental subjetivo. Examinad los términos materiales *vibración, medio externo, contacto, terminal, centro, excitación*, y vereis que todos pueden traducirse á términos del sentir y que sólo tienen significación cuando advertimos que corresponde á todo lo sensible una sensación. Despojad á los términos objetivos de todo valor subjetivo y los dejareis reducidos á incógnitas. Y cuenta que al decir que no puede separarse la materia del espíritu, no abandonamos nuestra creencia en la realidad que de nosotros se distingue; estamos afirmando tan sólo, que las percepciones y los conceptos de que se vale la filosofía como materiales que utiliza en la construcción de sus teorías son, bajo un aspecto, materiales ú objetivos, y bajo otro aspecto, mentales ó subjetivos, y que es obligación del filósofo sistematizar los conceptos y reconocer la distinción lógica de sus aspectos.

Al sistematizar los conceptos que dicen relación con el organismo y sus funciones, debemos apoyarnos en los datos de la experiencia, y todas las inferencias que trascienden de la sensación actual deben modelarse en la experiencia. Ahora bien: es dato experimental que el sentir y el pensar están en contraste tan directo con la materia y la fuerza, que es sumamente difícil reconocer la identidad de existencia bajo semejante diversidad de aspectos. Partiendo del hecho de esta diferencia, invoca la hipótesis espiritualista una diversidad correspondiente en la esencia, afirma la existencia de una entidad espiritual que está en el organismo material, pero que no es de este; algo parecido á como estaba el enano dentro de automático jugador de ajedrez de Kempelen. Considera al cuerpo como una máquina que echa á andar el maquinista que vigila y regula su movimiento. Este maquinista ha sido diversamente concebido como principio vital ó alma; aunque

se conoce directamente por la conciencia, es sin embargo un misterio inescrutable y no puede sorprenderse su modo de operar en la determinación de los movimientos orgánicos. La hipótesis materialista de los movimientos moleculares que se transforman en sentimientos, no es tan solo repugnante, sino inconcebible, pues no hay modo de salvar el abismo que separa al movimiento del sentir. Pues qué, ¿no reconoce por ventura el materialista que el tránsito á que aludimos es un misterio insoluble?

Mientras no se resuelva el viejo dualismo de materia y espíritu en el doble aspecto subjetivo y objetivo, la dificultad intelectual que hemos apuntado ya será un sosten de la hipótesis espiritualista. Añádese á esta repugnancia intelectual una repugnancia moral. Muchos que rechazan la hipótesis de un principio vital, considerando que es estorbo científico, que complica las investigaciones en vez de auxiliarlas, se inclinan á la hipótesis equivalente del principio psíquico, no solo como auxilio, sino tambien como sancion. Con un honorable pero indiscreto temor de perder con esta hipótesis una gran sancion moral, inclínanse á ellas y admiten mejor la ignorancia que ofrece una base á la sancion, que un conocimiento que la amenace. Si pudieran advertir que despues de todo el materialismo es solamente una hipótesis, y que verdadera ó falsa no puede alterar en modo alguno los hechos que se pretende que están ligados entre sí, admitirian que si bien su repugnancia puede ser racional si intelectualmente se considera la cuestion, es irracional bajo el punto de vista moral. No tiene por fortuna nuestra vida moral una base tan insegura como lo seria ciertamente un concepto especulativo. Ni podria esplicarnos la existencia de un principio espiritual si estuviera demostrado, los hechos del mundo moral hasta el punto de que pudiéramos entenderlos, y una vez entendidos, modificarlos. Basta una observacion superficial para ver cuán incapaz es ese principio de engendrar la conducta moral desde el punto en que tantas almas exhiben una lamentable falta de sensibilidad en los deberes morales. Todo aquel que ha visitado con frecuencia las cárceles y las casas de locos, sabe que hay seres que carecen irremediabilmente de lo que se

llama «sentido moral.» Ni basta para impugnar esta observación referirla á los efectos de una mala educacion, puesto que el argumento implicaría que la moralidad depende más de la educacion que del principio psíquico. Y si se nos dice que los criminales y los locos son como los vemos porque su organizacion es defectuosa, esto implica tambien que la organizacion y no el principio es base de la vida moral y que debemos fijar en aquella nuestro estudio (1).

Antes de proceder á examinar la validez de las dos hipótesis de que hablamos, séame permitido rogar al lector que destierre de su pensamiento, si es posible, las inútiles consideraciones que se ha dejado amontonar en derredor de la cuestion y oscurecerla. Es notorio que el espiritualista atribuye á su hipótesis la consagracion de «nuestros más santos instintos y de nuestras aspiraciones más elevadas;» reclamo que puede excitar perfectamente ciertas simpatías y esperanzas, y colocar á los adversarios en una posicion desventajosa. En una investigacion aparece, sin embargo, ese reclamo como una pretension completamente estemporánea. Apóyase en esto para condenar á toda oposicion, considerándola falsa porque la cree degradante; y nótese bien, no degradante por creerla falsa. Apóyase en lo mismo para sostener que sus adversarios niegan todos los hechos espirituales, la responsabilidad moral, el desinterés y el ideal. Colocado en este terreno, juzga que no hay palabras bastante duras para usarlas contra los que intentan la crítica de su hipótesis, ni conclusiones bastante absurdas para que no pueda atribuir las á sus adversarios. Así se explica que haya equivalido por tiempo la palabra materialista á un denuesto, y que muchos hombres se hayan apresurado á negar toda relacion entre ellos y una opinion tan «superficial» y «despreciable.»

La alabanza de sí propio y la falta de respeto á los adversarios son ardides retóricos cuyo desuso no podemos esperar, al ménos en nuestros dias. Pero la retórica de muchos espiri-

(1) En lo que digo estoy encerrando la cuestion en los límites de la organizacion individual, sin referirme al medio social en que vive esa organizacion y de la cual procede en tan gran parte la vida moral.

tualistas es muy desagradable para los espíritus sérios, porque éstos no ignoran que los materialistas niegan tanto los hechos de conciencia, por desacreditar la hipótesis de que son producidos por el espíritu, como el Berkelyano niega los hechos de existencia, por rechazar la hipótesis ordinaria de una materia exterior. Tenemos tanto derecho para presumir que un materialista es contrario á las obligaciones morales, como para decir que los idealistas darán con la cabeza en un farol para rompérsela. Verdad es que estas dos absurdas conclusiones han sido deducidas gravemente por los adversarios de cada doctrina.

Así, en el espiritualismo como en el materialismo hay muchas cosas plausibles y otras muchas que son defectuosas. Así el uno como el otro reúnen ciertos hechos importantes y fijan la atención en cuestiones fundamentales. Ambos cometen, sin embargo, el pecado común, contra el método científico, de no fijarse en la naturaleza artificial del análisis, y asignan de esta suerte á un solo factor el resultado que, como es obvio, corresponde á muchos. Cada cual se extravía por el deseo de hallar una causa simple á un efecto complejo, lo cual está en flagrante desacuerdo con el principio fundamental de causalidad. De ámbos puede decirse que es incompleta la observación en que descansan; dejan que las inferencias ocupen el lugar de los hechos, y los hechos, que la hipótesis no puede explicar, se dejan á una parte. Apóyase el espiritualista en una inferencia que nunca pudo comprobar la observación, en la existencia del espíritu, y el materialista en inferencias que nunca pudo comprobar ninguna observación, la existencia de las propiedades vitales en la electricidad ó del pensamiento, como propiedad inherente á la sustancia cerebral.

Es probable que algunos lectores disientan de mis aseveraciones, de que ámbas hipótesis tienen mucho en su favor; pero ese disentimiento se desvanecerá si consideran cuán eminentes han sido los sostenedores de cada una. Nunca es discreto pretender que un adversario es un necio solo porque sostiene lo que nos parece una necia opinión. No es necia para él, y haríamos bien en averiguar cómo sucede eso. Para refutar una opinión necesitamos entenderla, y no podre-

mos comprender el aspecto con que aparece en el pensamiento del que la profesa, sino á condicion de colocarnos en su punto de vista. Si desde ese punto podemos ver lo que él vé, y ver más, podemos esperar que nos será dado amplificar su vision, pero nunca negando lo que él vé.

Aunque mi modo de pensar es profundamente opuesto al de los espiritualistas, puedo decir concienzudamente que no he dejado de hacer ningun esfuerzo para enterarme de sus más poderosos argumentos en las obras de los grandes maestros. Hubo, á la verdad, un corto período en que estuve muy cerca de convertirme. La idea de un *noumeno* espiritual, como algo que es distinto de los fenómenos mentales, algo que difundándose por el organismo diera unidad á la conciencia, unidad muy distinta de la que es propia de una máquina, surgió en mí una mañana con nuevo y repentino vigor, muy distinto, sin duda, de la vaguedad superficial con que hasta entónces habia sido concebida. Estuve algunos minutos sin movimiento en un verdadero estado de sorpresa. Parecióme estar á la entrada de un nuevo camino, por el cual llegaria á nuevas salidas con vasto horizonte. Las convicciones de toda una vida parecieron vacilar. Me agitaba en una trémula ansiedad, que se confundia con el deleite del descubrimiento, aunque estaba llena, á la verdad, de vacilaciones. Desde aquel momento he comprendido un poco las conversiones repentinas. No observé, como pude notar despues, sentimiento alguno de amargura ante esta perspectiva de abandonar mis antiguas creencias. Y es que no puede ser más dudoso que las conversiones repentinas son dolorosas: la excitacion es demasiado grande, las nuevas ideas demasiado absorbentes; la posesion de la verdad domina á la falsa vergüenza de haber estado equivocado, y lo que se desea es más luz.

La intensa y prolongada meditacion que vino despues, quebrantó mi salud. Volví á leer los escritos de los grandes pensadores espiritualistas, haciendo lo posible por acallar las antiguas objeciones y vacilaciones que surgian continuamente, y para mantener á mi pensamiento en disposicion de experimentar la fuerza de los argumentos. Desvaneciáse, sin embargo, la luz á medida que yo avanzaba en mi estudio.

Volvian mis antiguos hábitos de pensar con la evidencia fisiológica, que no se puede rechazar cuando aparece. En vez de afirmarme en mis convicciones nacientes los escritos de los metafísicos, aumentaban la oscuridad que me rodeaba, cuando más me afanaba por estudiarlos, hasta que regresé, por último, á mi punto de partida, y comencé á examinarlo otra vez. El resultado fué el siguiente: ví que la distincion del noumeno espiritual y los fenómenos del espíritu es una distincion puramente lógica, que transformamos en distincion real; es separar una abstraccion de dos *concretos*, al modo que separamos la abstraccion sustancia de sus cualidades concretas, separacion que se efectúa lógicamente y que erigimos luego en distincion real, sustancializando la abstraccion, suponiendo entónces que es anterior y que produce los concretos de donde la sacamos. El noumeno espiritual no es, por tanto, más valedero que un principio de las máquinas, distinto de todas las máquinas, ó un principio vital, distinto de todos los fenómenos vitales.

Aunque la hipótesis espiritualista habia perdido otra vez de esta suerte todo imperio sobre mí, adquirí al ménos el convencimiento de que su persistencia ante los adelantos científicos y su aceptacion por inteligencias muy poderosas, no dejaban de estar justificadas como protesta contra las concepciones mecánicas y como prueba de que es necesaria una explicacion sintética de las cosas. Comprendí como nunca su valor como reaccion contra las tentativas, demasiado confiadas y precipitadas, de reducir los fenómenos vitales y espirituales á leyes físicas y químicas, sin detenerse, como es debido, en la específica especialidad que caracteriza á los fenómenos orgánicos. De aquí que simpatizara con los espiritualistas en su afirmacion de que la vida y el espíritu pertenecen á un órden muy distinto de todo lo que se ve en el cielo ó en los laboratorios; á un órden que solo se vé en la série de los organismos. Mas esto fué tambien para mí motivo de averiguar dónde empieza la diferencia, la especialidad de las condiciones de las especies orgánicas. Y de esta suerte hube de separarme del espiritualista, porque éste busca una causa que está fuera del organismo y sostiene una hipótesis que traspasa

sa necesariamente los límites en que puede ser verificada. No era tampoco posible ilustrarse en la observacion de los fenómenos bajo los términos *principio vital, alma y espíritu*. Ni se dedicaron los espiritualistas más sérios á averiguar lo que era realmente este agente trascendental, insistiendo únicamente en que no era materia. Mientras quedaban satisfechos con proclamarlo como causa desconocida de los efectos conocidos, de acuerdo con la falsa, aunque generalmente aceptada, nocion de causalidad, hallábanse dispuestos muchos de ellos á confesar la misma ignorancia cuando de la materia se trataba. De esta suerte, pensadores tan diversos como Voltaire, Condillac, Hume, Kant, Reid y Hamilton, declararon su ignorancia imparcial del espíritu y la materia, mientras afirmaban que el espíritu no podia tener comunidad con la materia. Habia, ciertamente, alguna ambigüedad muy arraigada en los términos que así se usaban.

Aparece muy claramente la ambigüedad cuando desciende la cuestion á los particulares. Es tendencia comun de los que disputan hacer la caricatura de las opiniones que combaten y aparecen de este modo como triunfadores de aquellos adversarios á quienes ridiculizan de esa manera. El espiritualista atribuye á sus adversarios la opinion de que la vida y el espíritu son manifestaciones de la materia ordinaria, con lo cual se dá á entender que la vida se manifiesta por tierras inertes y sin vida, por cristales ó gases, y el espíritu por materia ciega é inconscia. Y, sin embargo, aunque los materialistas tienen muchas responsabilidades, nunca dijeron tales disparates, nunca supusieron que la materia ordinaria siente y vive. Por incompletas que sean sus concepciones, tienen al ménos la superioridad evidente de esforzarse en expresar los hechos observados en términos experimentales y de negarse á descansar en un agente incognoscible.

El verdadero campo de batalla es el siguiente: al buscar una explicacion de los fenómenos de la vida y del espíritu ¿tenemos que construirla con los hechos observados y las leyes conocidas, llenar los vacíos de la observacion con inferencias que tienen una base sensible y pueden ser verificadas de modo que las hipótesis se conformen con los cánones científicos

y representen una experiencia sensible ó extra-sensible (*extra-sensible*), ó bien tenemos que traspasar los límites de la observación posible, ó conocer agentes que nunca fueron ni pueden ser sensibles, ni expresarse en términos experimentales?

Los que se deciden por la primera alternativa, son clasificados como materialistas; los que prefieren la segunda son espiritualistas. Al llegar á este punto, se necesita una subdivisión ulterior. Del mismo modo que el materialismo tiene muchos adversarios que rechazan, sin embargo, del modo más ostensible la hipótesis de un espíritu, sustituyéndola con la abstracción sustancializada de una Idea ó plan, hay también adversarios del espiritualismo que rechazan la hipótesis físico-química de la vida y la del pensamiento como propiedad de las celdas cerebrales, y es menester distinguirlos de los materialistas por su actitud sintética que comprende todos los factores que están en cooperación. Estos últimos pueden ser designados especialmente como organcistas, puesto que refieren todos los fenómenos orgánicos al organismo, con todo lo que este término comprende. Mézclanse, por supuesto, las diversas opiniones de cada hombre, de modo que rara vez pueden definirse con toda claridad todas las opiniones de un determinado pensador. De un modo amplio pueden distinguirse las dos escuelas como extra-orgánica y orgánica ó como metafisiológica y fisiológica. Cuando dije poco há que rechazo la hipótesis materialista, me refería, por supuesto, á la imperfecta forma que reviste con frecuencia la interpretación fisiológica; pero en cuanto es identificado el materialismo con la interpretación fisiológica y rechaza la metafisiológica lo acepto de todo corazón.

LA HIPÓTESIS METAFISIOLÓGICA.

Se dirá tal vez que hasta aquí nuestras observaciones confunden la vida y el alma, que estos son dos principios distintos en algunos sistemas. Al llegar á este punto está el interés principal en la cuestión del método; y en este sentido carece completamente de importancia el identificar ó separar la vida y el espíritu.

Los antiguos creían que el organismo es una máquina inerte animada por tres principios: las almas vegetativa, sensitiva y racional. Aristóteles y sus discípulos los redujeron á uno solo; pero los modernos metafísicos y metafisiólogos han vacilado ante la impropiedad de atribuir la secreción, la digestión, etc., al agente espiritual activo en el pensamiento y la voluntad (1); les ha impresionado también la impropiedad de atribuir poder vital á la materia inerte, y han abrigado la esperanza de conciliar todas las dificultades, dotando al organismo de dos principios espirituales esencialmente distintos y que corresponden respectivamente á los procesos vitales y á los procesos espirituales. Ellos dicen que solo por medio de agentes extraorgánicos pueden ser inteligibles los fenómenos, puesto que los procesos físicos y químicos no alcanzan á hacerlos inteligibles. A mayor abundamiento, decíase que la unidad de los fenómenos vitales reclama imperiosamente «principio único, causa única de todas las funciones orgánicas, y hasta la formación de los órganos mismos.» Este argumento favorito no es válido (2). Pedir causa única para la vida en el terreno de los fenómenos que se agrupan de este modo bajo una expresión, es desconocer la naturaleza de la causalidad (*causation*) y la naturaleza de los efectos complejos. Nadie piensa en extender semejante argumento á la república americana ó á la nación alemana, que son también unidades.

Aunque ha caído ya en general descrédito, paréceme el animismo mucho más lógico que el vitalismo. Si afirmamos un agente extra-orgánico como generador y regulador de los fenómenos orgánicos, este agente bastará para los procesos psicológicos y fisiológicos, tanto más cuanto que los psicológicos proceden claramente de los fisiológicos. Sin embargo,

(1) Hé aquí dos de las muchas citas que pueden hacerse: *Je ne comprends pas qu'on puisse mettre un cataplasme sur l'ame; mon spiritualisme se revolte á l'idée que mon ame puisse être influencée par des hérmoroides au rectum, ou bien par une rétention d'urine.* Amedée Latour, *Revue Médicale*, 31 Aout, 1860. *Une ame qui retient l'urine vous paraît-elle moins degoutante qu'un cerveau qui secrète la pensée?* Pidoux, *De la nécessité du spiritualisme pour régénérer les sciences médicales*, 1857.

(2) Bouillier, *Du principe vital*, 1862, pág. 4.

siguiendo los metafísicos sus distinciones analíticas y sustancializando los resultados de este análisis, no solo admiten la distinción real de la vida y el espíritu, sino también una distinción real entre la acción y el agente, y este artificio lógico, dotado así de realidad, los lleva al postulado de un principio anímico, que es algo esencialmente diverso del organismo (1). Ya en este camino han encontrado muchas razones para separar ciertos grupos de fenómenos, y después de separar la vida del cuerpo, han separado el espíritu de los sentidos, porque los sentidos implican evidentemente órganos corporales y materiales estímulos, reduciendo el espíritu á pensamiento y voluntad, los cuales aparecen ajenos de toda condición material (2).

Habiendo emancipado de esta suerte el espiritualismo al pensamiento y á la voluntad de toda condición material, como prueba de que el alma determina los fenómenos vitales, alega el hecho, por todos admitido, de que el pensamiento y la voluntad ejercen una influencia muy marcada en las funciones corporales. El argumento contrario, es sin embargo más efectivo al insistir en el hecho no ménos indisputable de que las funciones corporales influyen en los estados mentales, hecho que en vano trata de evadir el espiritualismo, diciendo que es un misterio, pero que pueden interpretarse más racionalmente sosteniendo que es debido á que hay una recíproca dependencia de los fenómenos orgánicos, entre los cuales figuran el pensamiento y la voluntad. Cuando obser-

(1) „Soy bastante visionario, dice Abernethy, para imaginar que si alguna vez hallaron los filósofos razones para creer que la vida es algo de activa é invisible naturaleza que se une á la organización, encontrarían motivo del mismo modo para creer que el espíritu viene á unirse á la vida como la vida se une á la estructura. Y aún podrían ver, á la verdad, cómo es dado al espíritu y á la materia obrar recíprocamente entre sí por medio de una sustancia que interviene.“ *Inquiry into the Probability and Rationality of Mr. Hunter's Theory of Life*. 1814. pág 94.

(2) Maine de Miran, no solo excluye del alma ó del yo todas las funciones vitales, sino también á la sensibilidad con todas las facultades que dependen de ella: la imaginación, las reproducciones ó asociaciones fortuitas de imágenes ó signos, en una palabra, todo lo que se cumple pasiva ó necesariamente en nosotros (*Rapports du physique et du moral*). Enumerando luego los fenómenos descartados, dice que todo lo que pertenece al organismo pertenece á la naturaleza física. *Tenores*. III. 352. ed. Naville.

vamos que ciertas dósís de alcohol ó de morfina reconcentran ó reducen la actividad mental, no de otra suerte que estirando ó aflojando una cuerda aumenta ó disminuye la rapidez de sus vibraciones; cuando observamos que una secrecion retenida hace más honda la melancolía, ó que las palpitations infunden temor y recelo; cuando observamos que la tendencia al suicidio puede contenerse con el ópio y que vuelve cuando se deja de tomarlo, vemos que es inútil rechazar las pruebas de que los estados psíquicos dependen de las condiciones fisiológicas y pedirnos que aceptemos más bien la conclusion de que esos hechos son misteriosos. Misteriosos son, tal vez; pero el misterio no prueba la existencia de un agente extra-orgánico. Ni se adelanta nada con colocar el misterio en un alma que se manifiesta por medio del cuerpo y que se sirve de este como un músico de su instrumento, pues las imperfecciones del instrumento son perceptibles en la música, mas no dependen en modo alguno de las facultades del instrumentista. Si hubiese pruebas de esta hipótesis, esa interpretacion seria sin duda aceptada. Mas ¿dónde está la prueba de que el cuerpo no es otra cosa más que un instrumento respecto del alma? Ninguna existe. Esa hipótesis descansa en la ignorancia reconocida de la conexión causal. No tenemos de una parte conocimiento del espíritu y sus facultades y de otra conocimiento del cuerpo y sus propiedades; no los conocemos de un modo que pueda compararse con nuestro conocimiento del músico y su instrumento, de tal suerte, que podamos explicar la acción del uno sobre el otro.

Conocemos positivamente los cambios que sobrevienen en el cuerpo y solo estos, y precisamente porque no sabemos cómo pueden producir los cambios materiales fenómenos vitales y psíquicos, afirmamos la cooperacion de algo inmaterial, tanto más, cuanto que la materia y el espíritu son conceptos que se excluyen mutuamente. Y vuelve la ambigüedad de los términos á crearnos aquí dificultades. Por medio de un artificio lógico vemos aislada á la materia del espíritu, ó sea á lo sentido del sentir, y cuando hemos planteado este contraste, no reconocemos ya el artificio. Que los fenómenos espirituales no son fenómenos materiales, cosa es que impli-

can los mismos términos que usamos. En idéntico sentido los fenómenos químicos no son físicos, ni los vitales, químicos, ni los morales, mecánicos, ni los políticos, domésticos. Pero estas necesarias distinciones artificiales que expresa el lenguaje deben tomarse en su verdadero valor. No afectan á la realidad de todos los fenómenos en cuanto son modos de lo sentido, si objetivamente se consideran, y modos del sentir si subjetivamente se miran. La materia, de que hablan tan duramente los espiritualistas, es una abstracción. La materia, la real, aquella que hemos de considerar, está saturada de espíritu, puesto que es lo sentido.

Cuando se nos dice que no pueden darnos cuenta de los fenómenos vitales las leyes conocidas, hay una ambigüedad semejante. Es verdad que no han sido suficientemente observados, analizados y clasificados para que se hayan podido descubrir sus leyes, á no ser en líneas generales, y no es ménos cierto que el conocimiento actual de las leyes orgánicas no es bastante para dar razón de muchos fenómenos vitales. Esta imperfección, que todos los biólogos reconocen, es aprovechada por los espiritualistas en favor de la afirmación de que no bastando las leyes conocidas ya de la materia para explicar los hechos, solo pueden ser válidas, *desconocidas* leyes del espíritu. Del mismo modo podrian invocar las desconocidas leyes del espíritu para explicar los hechos actualmente inexplicables de astronomía, física y química. Barclay cita un texto del químico Chaptal que funda el principal argumento en que el principio vital nos presenta fenómenos que nunca hubiera sabido ó predicho la química por medio del estudio de las invariables leyes que se observan en los cuerpos inanimados (1).

Esto es cierto, pero no prueba nada. Ningun fenómeno químico pudo ser predicho estudiando las invariables leyes que se observan en astronomía; ningun fenómeno meteorológico puede ser predicho por medio del estudio de las leyes de la óptica y la acústica. Y porque los materialistas no se fijan como es debido en esto, esperan que la química explica-

(1) Barclay. *Life and organization*. 1822.

rá fenómenos que implican algo más que condiciones químicas. El espiritualista no corrige, sin embargo, este error cuando busca fuera del organismo un principio que viene á supeditar las condiciones materiales.

Carecen de fuerza los argumentos que se refieren á la imposibilidad de concebir la materia dotada de propiedades vitales y á la imposibilidad de hacer sustancias organizadas con nuestros actuales recursos. Hay ciertamente una necesidad lógica de trazar divisoria línea entre los fenómenos químicos y los vitales; pero así como nos negamos á explicar la materia orgánica con las posibilidades de la materia ordinaria, rechazamos también las indicaciones de que la vida es «una forma no descubierta aún de la fuerza y que no tiene conexión con la energía primaria ó movimiento» (Beale). Una y mil veces debemos decir que no hay ninguna prueba de que exista un agente extra-orgánico que esté asociado temporalmente con la materia y que no solo rige las transformaciones actuales de la materia, sino que la prepara también para las transformaciones que han de verificarse en lo porvenir. Lo que está temporalmente asociado con la materia, si se permite la metáfora, no es una fuerza en que reside la presciencia de lo futuro, no es una fuerza que está separada de la energía ó movimiento, sino una fuerza que es la energía dirigida de un particular estado de materia llamado organización. Tenemos poderosas pruebas de que los fenómenos vitales dependen de las transformaciones de la materia organizada; en cambio no hay absolutamente ninguna prueba de que dependen de un agente extra-orgánico ó de una fuerza cuya masa no es la materia.

La mayor parte de los espiritualistas rechazan lo que llamaríamos pruebas y se apoyan en *intuiciones*, considerándolas de mucha mayor validez. Esta observación no se aplica al Dr. Beale, el cual, á pesar de que rechaza la doctrina de un principio vital, insiste en una «fuerza vital» como necesaria conclusión á que conducen sus investigaciones microscópicas. Ciertamente el Dr. Beale no adopta el punto de vista metafisiológico por ignorancia de lo que ha sido averiguado por los fisiólogos, ni por falta de paciente investigación. La ilusión óptica de la materia germinal es la que sos-

tiene su convicción del poder ó fuerza en donde vuelve á colocar el tradicional espíritu, Archeus, Nisus Formativus ó plan. Dícese de esta indefinida y misteriosa fuerza que «influye en las partículas de materia, aunque no tiene relación cualitativa ni, en lo que hasta ahora puede probarse, relación cuantitativa con la materia.» Semejante concepción de una fuerza transmitida á nuevas partículas sin pérdida ó disminución en su intensidad y á las veces con actual crecimiento, no es evidentemente un concepto que entra en los límites de lo que en todas las otras ciencias se llama fuerza, y puede considerarse desde luego como *sui generis*. Para aceptar esta fuerza necesitamos prescindir de todo lo que hemos aprendido en física y química, y desatender por completo todos los principios dinámicos. Si el Dr. Beale tiene alguna prueba que pueda evidenciar la existencia de esa fuerza, admitiremos que no solo es distinta de la fuerza ordinaria, sino que es capaz «de dirigir la materia y la fuerza» (1) por paradógica que la aserción parezca. En tanto, y puesto que faltan las pruebas necesarias, lo único que podemos decir es que al apartarse de la concepción científica de la fuerza no ha dado á la suya aquella precisión que necesitaba para capacitarnos á entender lo que verdaderamente simboliza para él.

Muchos lectores que estén bien preparados para abandonar el concepto metafisiológico de la vida, pueden carecer al mismo tiempo de toda preparación para prescindir del principio físico como fuente y sustancia de todos los fenómenos espirituales. Aceptan tal vez la explicación de Cuvier, según la cual la vida es no más que el término que expresa un grupo de fenómenos (2), mas no reconocen que el espíritu es de igual manera un símbolo, cuya objetividad concreta es preciso buscar en los procesos orgánicos. Esto consiste en que se separan la vida y el espíritu, y de aquí que el psicólogo quede satisfecho cuando solo estudia los fenómenos del espíritu por medio del método *introspectivo* (*introspective*). Sosteníase que la fisiología puede ser útil para dilucidar la

(1) *Introduction to Todd and Bowman's Physiology*, pp. 35-92.

(2) Cuvier. *Anatomie comparée*.

sensacion, pero que es incapaz de arrojar luz alguna cuando se trata del pensamiento, y Flourens llegó á imaginar que habia probado experimentalmente la distincion de la vida y el espíritu cuando probó que los trastornos del cerebro ahogan las manifestaciones de la inteligencia sin alcanzar á las de la vida. Esto fué, sin embargo, una ilusion. Ningun experimento se necesitaba para probar lo que salta á la vista, es decir, que las manifestaciones cuya agrupacion llamamos inteligencia son específicamente diversas de aquellas que, agrupadas, son nutricion, secrecion, etc., y por tanto que han de existir en sus condiciones, diferencias correspondientes. Mas argüir con tal motivo que hay en la inteligencia un principio distinto que no es la resultante de los procesos orgánicos, solo podria ser aceptable si se demostrara que puede haber inteligencia sin organismo.

Reviste tantas formas la hipótesis espiritualista, desde la cruda forma de un espíritu que habita el cuerpo hasta la forma sutil de una abstraccion sustantivada, que no es fácil tratar de ella en un solo capítulo; pues los argumentos con que se refuta á un escritor carecen de fuerza para discutir con otro. En los momentos actuales alcanza poco favor la hipótesis de un espíritu ó especial sustancia anímica, y es generalmente sustituida por una abstraccion metafísica. De esta suerte, Lotze, que ha refutado victoriosamente la idea de un principio vital, reproduce la idea leibnitziana del paralelismo de los procesos físicos y espirituales como séries esencialmente distintas, aunque simultáneas y que se acondicionan mutuamente. Fichte el mayor declara que el alma es un proceso, no un hecho (*eine Thathandlung nicht eine Thatsache*), y Fichte el jóven reproduce esta opinion cuando declara que el alma tiene solo una existencia dinámica, no física. De aquí á la hipótesis organicista no hay más que un paso, á esa hipótesis que considera el alma, no como sustancia, sino como sugeto lógico. El sugeto determinado por sus predicados, no es en realidad otra cosa que la síntesis de esos predicados. De aquí que hay que buscar la naturaleza del alma en los hechos concretos de la conciencia, y puesto que estos hechos solo se conocen subordinados á las condiciones orgánicas, no

es racional ir á buscar más allá del organismo y sus relaciones con el medio ambiente las causas de esos hechos concretos.

El punto céntrico del espiritualismo cuando, dejando de esforzar sus argumentos negativos, adelanta argumentos de carácter positivo, es que la conciencia declara que el espíritu es algo esencialmente distinto de la materia y que es simple, y no compuesto.

En un sentido son innegables estas dos observaciones. La materia y el espíritu son dos símbolos abstractos que expresan aspectos contradictorios; simboliza el espíritu todos los hechos del sentir y la materia todos los hechos de aquello que es sentido. Se excluyen mutuamente como el placer y el dolor. El materialista acepta sin vacilar estas distinciones. No se opone á la hipótesis de que los fenómenos psíquicos son fenómenos orgánicos y de que los fenómenos orgánicos cuando objetivamente se consideran pertenecen á la clase objetiva llamada materia, y, por consiguiente, de que todas las reglas de investigación, aplicables á la clase de hechos objetivos, son aplicables á los hechos de vida y espíritu, sea cualquiera el carácter especial que presenten los hechos.

Es un error suponer que la conciencia nos dice directamente que el espíritu no es un grupo de fenómenos orgánicos. La conciencia solo nos habla directamente de sí misma, no nos dice nada de cómo vino á ser, ni de qué condiciones resultó. Solo puede ayudarnos en esta parte el análisis reflexivo que nos muestra un doble inseparable aspecto objetivo y subjetivo en cada sentimiento, lo cual nos dice que, aquí como en todas partes, los hechos concretos se simbolizan en un término general, que es transformado en existencia independiente por una ilusión muy natural, y aunque ya no creemos en la virtud abstracta ni en una nación que no sea la agregación de sus individuos, nos cuesta trabajo reconocer que el espíritu es una abstracción. Y hay para ello una poderosa razón, y es que no hay una conciencia nacional equivalente á la conciencia individual porque no hay unidad nacional que equivalga á la unidad individual.

Todo hombre puede sentirse parte de una nación y recono-

cer que sus actos pertenecen á la accion nacional, mas no existe una conciencia de la nacion que refleje y guie sus actos, mientras la conciencia humana refleja y guia todo acto individual. En otros términos: la nacion no tiene conciencia de sí. El espiritualismo se apoya en este sentido de la personalidad. No rebajaré yo su valor, pues estuve á punto de convertirme, mas sin detenernos aquí en trazar el génesis de esta conciencia de sí, bastará señalar que léjos de ser un principio inicial es un producto muy tardío de la evolucion. Surge al través del lento proceso del organismo y de las síntesis experimentales, y esto se vé en esos casos anormales con que están familiarizados los estudiantes de patología mental y en que el trastorno del nexo orgánico dá lugar á una doble conciencia ó á un cambio de personalidad. El enfermo se niega á reconocer su propia vez y su propia persona como perteneciente á sí. «Una idea muy extraña, decia uno de los enfermos de Mr. Krishaber, pero que es una obsesion para mí y que se impone á mi espíritu, á pesar mio, es la de creerme doble. Siento un yo que piensa y un yo que ejecuta; pierdo entonces el sentimiento de la realidad del mundo y no sé si soy el yo que piensa ó el yo que ejecuta» (1). Sin tratar de desconocer la fuerza del argumento que saca el espiritualismo de la invocacion de la conciencia, solo añadiré aquí que todos los hechos admiten mejor interpretacion en la hipótesis organicista; pero esto no puede demostrarse hasta que tratemos de trazar analíticamente la evolucion de la idea del yo.

Antes de entrar en el exámen del materialismo, es bien que dirijamos una mirada á la posicion que han tomado los agnósticos, quienes evitan todas las dificultades de la cuestion declarando que esta traspasa los límites de la ciencia. Parten estos pensadores del pretendido axioma de que las causas son incognoscibles y de que solo los efectos pueden ser conocidos, y sostienen que sea cualquiera la naturaleza de la fuerza vital ó el principio psíquico, no incumbe á la ciencia abordar la cuestion. Solo los fenómenos pueden ser conocidos y solo ellos conciernen á la ciencia, que deja á la ontología la fan-

(1) Krishaber. *De la Neuropathie cerebrocardiaque*. 1873. pág. 46.

tasmagoría de las causas. Nuestras investigaciones no deben dirigirse á la incógnita X, sino á sus funciones conocidas (1).

El lector de los *Problemas de la vida y el espíritu* sabe hasta qué punto estoy de acuerdo ó en discordancia con esta opinion. He sostenido que la ciencia necesita limitar sus investigaciones á funciones conocidas, rehusando admitir en sus ecuaciones cantidades desconocidas, aunque aparezcan como postulados; pero tambien he tratado de demostrar que el pretendido axioma de que las causas no pueden ser conocidas cuando sus efectos se conocen, es un error y una mala inteligencia de la naturaleza de la causalidad y solo es plausible cuando se trata del postulado metafísico de que la causa es algo distinto de sus efectos, algo que es la cantidad desconocida; en este caso, la proposicion de que no podemos conocer la causa es evidente (*is a truism*). Admito que las especiales condiciones que constituyen el estado de organizacion son en la actualidad muy imperfectamente conocidas, y pueden, por tanto, expresarse con el símbolo X ó con los símbolos familiares *fuerza vital, vitalidad*, etc.; pero ignoramos del mismo modo los efectos especiales. Nuestro conocimiento de las funciones es muy imperfecto y vago; cada dia se hace más preciso, y con cada grado de precision alcánzase mayor claridad con respecto á las condiciones ó causas. Nada se adelantaria afirmando una incógnita X como agente. Los agnósticos no están mejor situados que los espiritualistas, á no ser en que solo pretenden explicar los hechos que se observan por medio de experimentos sensibles, y en que no consienten que sus inclinaciones les dicten las conclusiones que sostienen.

GEORGE HENRY LEWES.

(*Fortnightly Review.*)

(1) Barthez.—*Nouvelle science de l'homme*, 1806.

LA MARINA DEL PORVENIR.

Los inventos que en la construcción naval y en la artillería se suceden con rapidez pasmosa, han introducido la duda en todo el mundo sobre cuál haya de ser el tipo definitivo de buques de guerra en las escuadras de las grandes naciones. Lo costosísimo de los armamentos navales, la poca duración relativa de esas portentosas máquinas modernas y acaso también los resultados inesperados y desconsoladores que en la práctica de los últimos años han correspondido á grandes esperanzas, al parecer bien fundadas; todo esto y otras razones más han hecho que la atención se fije en todas partes con ahinco en problema tan oscuro hasta para plantearlo y de resolución por tanto no muy clara.

En Inglaterra principalmente se estudia mucho cuanto al arte de la construcción naval se refiere. En el Parlamento y en la prensa se manifiestan opiniones distintas y en lo general autorizadas. Allí son los más los que entienden de cosas que atañen á puntos marítimos; y aún cuando así no fuera, bastarían para mover á los ingleses el orgullo nacional por una parte y por otra, más importante aún en aquella nación, los millones que anualmente se invierten en las atenciones de la marina. País insular y cuya gran riqueza estriba especialmente en su valioso comercio, en sus dilatadas posesiones y en sus innumerables buques mercantes, comprende hasta qué punto es para él cuestión vital conservar la supremacía en los mares que ninguna otra nación puede disputarle.

Entre otros trabajos que sobre marina ven allí diariamente la luz pública, un artículo interesante de la *Contemporary Review* firmado por Thomas Brassey, miembro del Parlamento, es el que nos proponemos extractar y comentar en la REVISTA CONTEMPORÁNEA, cuyo programa no excluye ramo alguno de las ciencias. Y con tanta más razón cuanto que si en España, por desgracia, no son tantos relativamente como en Inglaterra los competentes en materias navales, no ménos que á los ingleses interesa á los españoles ocuparse en ellas, y útil es que trabajos no muy técnicos y fáciles de entender

ayuden á pensar en lo que es hoy la marina y á comprender lo que ha de esperarse que sea mañana.

Empieza Mr. Brassey por determinar á grandes rasgos las fuerzas navales de las primeras potencias; y para hacer con más exactitud este trabajo, examina los informes y Memorias que en las diferentes naciones escriben anualmente los más distinguidos oficiales de sus respectivas Armadas. Llama muy especialmente la atención sobre los del almirante americano Porter, el cual habla siempre en términos laudatorios de la marina inglesa, de sus construcciones navales y del celo é inteligencia del Almirantazgo, «que por rareza adopta proyectos no experimentados ya, pero que acepta con seguridad los que en la práctica han dado buenos resultados.»

Mucho debemos de fijarnos en esta última cualidad que el almirante Porter (y con él los más inteligentes de todos los países) reconoce en el Almirantazgo de la Gran Bretaña, y no hay que olvidar que si algún país está en el caso de hacer *ensayos y experimentos*, es seguramente Inglaterra, «que puede ahora vanagloriarse de tener los más hermosos buques que existen, capaces de combatir con las escuadras combinadas de Europa» (1), y que cuenta en sus astilleros particulares recursos sin rival para la ejecución de toda clase de trabajos en buques, ya de guerra, ya del comercio.

Para confirmar la justicia del juicio formado por el almirante americano, hace Mr. Brassey una ligera comparación entre la fuerza de las escuadras blindadas de las principales potencias marítimas, y considera cualidad esencial para incluir un buque en la categoría de buque acorazado, que tenga su blindaje un espesor determinado. Mr. Dislere ha sentido que el blindaje de ménos de siete pulgadas inglesas de espesor no puede ser mirado como protección suficiente contra la artillería moderna.

«Excluyendo los cañoneros, posee Francia una escuadra de veintiseis buques blindados; pero de estos, veintidos son de madera revestidos, y solamente cinco están blindados con planchas de más de siete pulgadas de espesor. Hay en construcción en los arsenales franceses: el *Redoutable*, de 8.500 toneladas y 1.500 caballos; dos buques del tipo *Colbert*, el *Friedland* y el *Suffreu*, de 8.164 toneladas; tres, la *Galissonniere*, la *Triomphante* y la *Victorieuse*, que tienen 3.445 toneladas de desplazamiento, 500 caballos de fuerza y 10 cañones, y por último, la *Tempete*, de 4.452 toneladas y 375 caballos, y la *Tonnerre*, de 5.495 toneladas y 900 caballos.

(2) Almirante Porter.

La fuerza futura de la marina acorazada francesa, fué definida en un programa expuesto en el año 1872, por el cual se determinó construir siete blindados de primera clase, cinco de segunda y ocho buques para defensa de las costas. De la primera clase se han construido cinco y hay tres en construcción; de segunda hay en construcción tres, y de la última, dos en este estado y cuatro concluidos ya. Se propuso que el programa se realizara en diez años, para lo cual se necesitaba un gasto anual de treinta millones de francos. Sin embargo, los presupuestos para la marina francesa se han reducido mucho, y la partida para la construcción de buques blindados ha quedado limitada á una suma de veinte millones de francos al año.

»En 1873 se hizo un proyecto para la construcción de la escuadra acorazada de la marina alemana. El plan incluía la construcción de ocho blindados de primera clase con planchas de más de siete pulgadas de espesor. Todos estos buques están listos. Se propuso también construir seis corbetas con blindaje de seis pulgadas solamente. Una de estas, la *Hausa*, está ya en servicio, y en construcción otras dos del mismo tipo. En el programa estaban incluidos siete monitores. Dos han sido ya construidos y se ha abandonado la construcción de los cinco restantes por ser de opinión el Almirantazgo alemán de que los puertos de la costa pueden ser defendidos más eficazmente por medio de torpedos y cañoneras. Por último, estaba resuelto construir dos baterías flotantes acorazadas, pero también se ha desistido.

»La armada rusa cuenta veintinueve buques acorazados. En este número, sin embargo, están incluidos catorce monitores destinados exclusivamente para defensa de costas, desde 1.600 á 1.400 toneladas, y blindados con planchas de cuatro y media pulgadas. Solamente dos buques de alta mar, cubiertos con planchas que pasen de siete pulgadas, han sido concluidos. El *Pedro el Grande*, tan discutido y temido, aunque botado al agua en 1872, todavía sigue sin concluir.

»Podrá verse por la exposición que precede que si comparamos la Armada inglesa con las escuadras de Francia, Alemania y Rusia, posee aquella en sus diez y siete buques construidos todos de hierro y con blindaje de más de siete pulgadas de espesor y algunos de ellos defendidos por una coraza de 16 á 24 pulgadas, como en la *Inflexible*, y de 14 á 16 como en las *Dreadnought*, *Thunderer* y *Devastation*, una escuadra superior ó cuando ménos igual á las de las tres potencias dichas reunidas.»

Pasando de la inspección de la situación presente á consi-

derar el arte de la construcción naval en el porvenir, aconseja el autor del artículo que extractamos á los estadistas ingleses, que cuiden de no rebasar la escala de gastos estrictamente necesaria, sin dejar por esto de atender á la seguridad del país. Los enormes ejércitos que la Europa continental mantiene son una deshonra para la época en que vivimos. Sin una gran necesidad no deben los ingleses imitar en los aprestos navales tan mal ejemplo para despertar la susceptibilidad de las otras naciones, cuando, después de todo, la relación entre las fuerzas no cambia.

«Es igualmente claro, sigue diciendo Mr. Brassey, que la composición de las escuadras que pudiéramos tener que batir y la naturaleza de las operaciones que probablemente se dirigirían contra nosotros, deben de ser tomadas en consideración al determinar el tipo que nos es menester adoptar en el porvenir para nuestros barcos de combate. Francia y los Estados-Unidos son nuestros más serios rivales. En aprestos actuales, en personal y material, y en la escala de sus anuales gastos, los franceses están muy á la cabeza de todas las demás potencias marítimas. Por otra parte, los Estados-Unidos, por su posibilidad para construir y tripular una escuadra, por su inagotable capacidad para sufrir impuestos, por su ingenuidad sin rival, por el número y habilidad de su población marinera y por la absoluta seguridad de sus principales fondeaderos de un ataque por mar, llegarían á ser incuestionablemente nuestro adversario más temible en cualquiera guerra naval larga, aunque al presente sea la menos preparada de todas las potencias de primer orden. Afortunadamente no es probable que el problema se resuelva nunca por la guerra, y solo se suscita en estas páginas la posibilidad como punto de discusión abstracta. Considerada de este modo, es, sin embargo, muy interesante, y en verdad esencial, saber qué se deduce del estudio de las dos potencias marítimas más importantes. Sus opiniones han sido con claridad indicadas en publicaciones recientes de eminentísimas autoridades. Para los Estados-Unidos nos referiremos al almirante Porter; y la opinión corriente de la marina francesa ha sido expuesta recientemente, y con mucha extensión, por Mr. Dislere, y por el barón Grivel, distinguido oficial de marina, en su ensayo titulado *De la guerre maritime*.

»En ámbos países es cosa admitida que no se pueden dar con resultado grandes combates navales contra una nación que posea la superioridad reconocida que hemos adquirido en nuestros grandes buques acorazados.»

En su informe anual de 1875 dice el almirante Porter:

«Únicamente podríamos obligar á capitular á una gran nacion destruyendo su comercio. De aquí que barcos de hierro como el *Alabama*, cruzando y correteando por los mares, echando á pique y destruyendo á los del comercio, harian más para precipitar la paz que una docena de pesados acorados cruzando en busca de un enemigo de igual carácter.»

Por esta razon recomienda para la Armada americana una escuadra de barcos de madera de mucho andar, de 120 toneladas á lo ménos, con la artillería más gruesa y una velocidad que no baje de 14 millas por hora.

Lo mismo recomiendan Mr. Dislere y el Baron Grivel. Las opiniones de estos inteligentes escritores son idénticas y las dos se refieren á la historia naval de su país para pruebas y ejemplos.

El Baron Grivel dice que en estos términos puede plantearse el problema que cada nacion ha de resolver:

«Dado un gasto anual de tantos millones al año, en qué proporcion ha de aplicarse:

- » 1.º A la defensa de las costas.
- » 2.º A la proteccion del comercio.
- » 3.º A buques destinados á combatir en línea.»

Para dilucidar este punto, pasa revista en un erudito resumen á la historia marítima de Francia. Indica que ningun combate naval ha producido nunca los efectos decisivos que tan á menudo han seguido á las victorias obtenidas en tierra, ni ha dado por resultado las inmediatas negociaciones de un tratado de paz. Insiste con justicia en los infructuosos esfuerzos y crueles sacrificios de las fuerzas navales de Francia, como una objecion más á la política de entrar en esas batallas entre escuadras de buques de línea, que en los primeros tiempos se renovaron con tanta persistencia, y que fueron tan ventajosas para Inglaterra, como «de resultados deplorables para sus enemigos.» Se recomienda que siempre que Francia pueda llegar á verse en guerra con una gran nacion marítima, deberia tender al cansancio de su adversario por daños causados al comercio y á la industria como el medio más efectivo y el único á la verdad de reducirla á negociaciones. Se ha alegado que Inglaterra es cinco veces más fuerte en barcos que Francia; superioridad natural que nace de ser la una potencia insular, y la otra, en más de su mitad, continental. Con recursos tan inmensamente superiores, es fácil, se alega, prever el resultado inevitable de una série de batallas navales, segun la opinion del Baron de Grivel: «El ministro que con sábio discernimiento escogiera el tiempo á propósito y la oportunidad de emplear las fuerzas navales

»de Francia, y pudiera haber tenido la oportunidad de herir
 »el punto débil del enemigo con medios navales relativamen-
 »te limitados, habria hecho un servicio mayor á Francia que
 »Colbert y Richelieu.» Se ha demostrado, en verdad, en las
 páginas de la historia, que la gloria naval ganada por los
 grandes armamentos de Francia, es pequeña, en comparacion
 de los brillantes resultados de expediciones conducidas en es-
 cala de ménos pretensiones. Entre el 1.º de Febrero de 1793
 y el 31 de Diciembre de 1795, apresaron los franceses 2.095
 buques mercantes, mientras que en el mismo período, sus
 pérdidas no excedieron de 319.

«Si el génio de Napoleon, que en una ocasion escribia á
 »Bernadotte *tengo cien barcos de línea y no tengo marina,*
 »hubiera empleado una suma equivalente de dinero en la
 »construccion de buques bien armados y andadores, de di-
 »mensiones mucho más pequeñas, se hubiera hecho en todos
 »los mares una guerra de guerrilla, que hubiera compensado
 »ámpliamente el sacrificio. Una comparacion de la superficie
 »vulnerable presentada por el comercio marítimo de la Gran
 »Bretaña y de Francia respectivamente, bastará para demos-
 »trar en qué puntos tiene el uno más que perder y el otro más
 »que ganar.»

Otro escritor francés muy notable, el almirante Jurien de
 la Gravière en su hábil ensayo *La Marine d'aujourd'hui*
 aunque viendo con manifiesta repugnancia la necesidad de
 abandonar la tentativa de mantener la supremacía del mar,
 admite, sin embargo, que la destruccion del comercio enemi-
 go puede ser el último recurso del lado más débil; y reconoce
 que tal política seria inevitable para Francia si llegara á verse
 envuelta en una contienda naval con Inglaterra.

»Lo razonable de las opiniones manifestadas por los hom-
 bres más pensadores de la marina francesa deben de conven-
 cer á nuestros gobernantes, continúa diciendo Mr. Brassey,
 de que en caso de guerra seria atacado nuestro comercio por
 tantos *Alabamas* cuantos pudieran equipar nuestros enemigos
 para enviarlos en contra nuestra. Nuestros medios más obvios
 de defensa consistirian en armar con cañones y torpedos todo
 vapor mercante de que pudiera echarse mano. Nuestra supe-
 rioridad sin rival en los grandes vapores de travesía, propios
 para ser convertidos en cruceros, mucho serviría para com-
 pensar nuestra mayor vulnerabilidad. No seria seguro, sin
 embargo, descansar solamente en los buques mercantes para
 la proteccion del comercio.

»Como seguridad adicional, me gustaria ver complementa-
 dos nuestros numerosos barcos con un blindaje que bastara á

darles gran ventaja en un encuentro con buques que no lo tuvieran, aún cuando no fueran idóneos para luchar en igualdad de condiciones con buques enormes del tipo de la *Inflexible*. Para la protección del comercio, se gastaría con más ventajas una suma igual construyendo buques de la clase de la *Shannon*, de la cual pueden hacerse dos ó tres con el dinero necesario para un *Inflexible*. Para un encuentro con un *Alabama* la *Shannon* es antagonista poderoso hasta lo supérfluo. Si, por tanto, pudiésemos enviar un número suficiente de *Shannons* á cruzar para proteger nuestro comercio, el temor de un encuentro con un barco blindado del que no hubiera posibilidad de escape, podría ser motivo para impedir que los *Alabamas* del enemigo se aventurasen á salir á la mar.

»Se ha demostrado que no tenemos razones para esperar que ningun otro poder marítimo gaste una gran parte de sus recursos, relativamente limitados, en costosos buques acorazados del tipo de la *Inflexible*. Concretándome á hechos, no sé yo que ni los americanos, ni los rusos, ni los alemanes se ocupen ahora en aumentar sus escuadras con buques blindados de alto bordo. Los americanos no construyen buques blindados de ninguna clase. Concentran los rusos sus esfuerzos en la construcción de uno ó dos *Popoffkas*; y los alemanes, contentos con ocho magníficos buques, han decidido no construir más acorazados por ahora. Los franceses tienen en construcción algunos hermosos buques; pero la obra se hace con una deliberación, que prueba que hay grandes dudas sobre la conveniencia de construir buques de tipo tan grande.

»En estas circunstancias, ¿qué conducta ha de seguir el Almirantazgo inglés? Con nuestros inmensos intereses marítimos no podemos permanecer quietos como otras potencias, cuya existencia no depende de su comercio. Sentando, por tanto, como regla absoluta que es preciso no aumentar nuestros gastos actuales, á ménos y hasta que desgraciadamente los de otros poderes se hayan aumentado considerablemente, la cuestión que tenemos que considerar es, cómo se han de aplicar mejor los amplios recursos puestos á disposición del Almirantazgo por un Parlamento confiado y generoso. Esta es cuestión esencialmente naval; pero aún los legos en la materia pueden convencerse, por un exámen imparcial de las opiniones públicamente expresadas de las autoridades más competentes, de que el cañon, el espolon y el torpedo son elementos indispensables de la fuerza naval inglesa, y de que las ventajas del blindaje en un encuentro entre un barco que lo tenga con otro que de él carezca son tales, que debemos

de continuar por ahora la construcción de barcos revestidos.»

Interrumpiremos en este punto las consideraciones de Mr. Brassey para deducir de lo ya expuesto algunas aplicaciones á la marina española. No queremos remontarnos á los tiempos de la historia para buscar las glorias de nuestra marina, de todos sabidas, ni para halagarnos una vez más saboreando los hechos heroicos de los españoles esforzados que en todas las mares hicieron inmortales sus nombres. Para nuestro propósito basta, y es necesario, referirse solamente á los sucesos más recientes, que son los que han de darnos indicaciones sobre el material más conveniente para nuestra escuadra. En cuanto al personal, no creemos que se nos tenga por visionarios ni optimistas, cuando aseguremos que en ningún tiempo lo tuvo España tan aventajado é inteligente, y que puede competir con el de las naciones marítimas de primer orden, sin riesgo, y aún con ventaja en algunos casos.

En dos ocasiones se ha visto últimamente que España necesita, más tal vez que nación alguna, unos cuantos vapores de esos que recomienda el almirante Porter y de otros por el mismo estilo, con iguales condiciones en general, aunque más pequeños: en la guerra civil que en Cuba nos hacen los separatistas y en la que en la Península acaba de terminar y que sostuvo el fanatismo ultramontano de Europa.

Pues bien; en ámbas guerras nuestro material naval, por cierto nada insignificante, aunque de él no hable Mr. Brassey, de muy poco nos ha servido. En ámbas necesitábamos buques de gran velocidad para perseguir los vapores de andar que en las costas de Cuba y en las del golfo de Cantabria alijaban sus armas á despecho de la incesante vigilancia é inauditos trabajos de los cruceros, siquiera la una y los otros fueran mal apreciados en general por un público que atribuía los malos resultados á poco celo, tal vez por no saber que un andar de diez millas es casi un *mito* en la generalidad de nuestros buques de guerra pequeños.

Con esos *Alabamas* seríamos más temibles para cualquier nación de primer orden por el daño que pudiéramos causar en su comercio en una emergencia, que con un número mayor de fragatas blindadas, siempre relativamente inferior al de la supuesta potencia.

Tengamos además en cuenta que nosotros necesitamos importar las planchas de blindaje para los hermosos buques de esta clase que en España construimos, y que solamente debe de construirse aquel material de guerra para el cual nada se necesite comprar del extranjero, que puede llegar á ser nuestro enemigo.

Si relativamente no bastarian los más enormes é imposibles sacrificios para poner nuestra marina de línea á la altura de las primeras extranjeras en número; si se considera al mismo tiempo que puede causarse un gran daño, mayor que el producido en un combate naval, con buques mucho más baratos y para cuya construcción nuestro país tiene recursos bastantes en sus provistos arsenales, y particularmente en el Ferrol; si estos mismos buques, más fáciles de conservar en buen estado, pueden en tiempo de paz desempeñar los servicios de estaciones y aún el de trasportes, inútil nos parece insistir en cuál creemos que deba de ser la inversión de la cantidad que en los presupuestos se destine á nuevas construcciones.

Dejemos ahora continuar á Mr. Brassey:

»Los más recientes cambios en el sistema de guerra naval han tendido á aumentar el poder relativo de armas ofensivas si se le compara con los medios de defensa. Aunque por lo mismo no podamos aventurarnos todavía á abandonar del todo el blindaje, parece mucho más importante fortificar la escuadra en armas que son ciertamente formidables en el ataque, que acumular corazas que como medios de defensa son de un valor más dudoso. La escuadra que tenga una superioridad decisiva en cañones, en espolones y en torpedos, no puede ménos de causar muchos golpes irresistibles, aunque posea el enemigo, en la distribución general de su fuerza, acaso la mayor seguridad que pueda obtenerse contra armas semejantes.

»En tanto que no se descubra un torpedo autómatas de verdadera confianza, debería proveerse á la Armada inglesa de un vasto surtido de la forma más simple del torpedo, á saber: aquel que hace explosión al contacto y que se lleva en la extremidad de un pescante de unos 40 pies de largo. Los americanos usan torpedos de esta clase desde hace mucho tiempo, y en manos de hombres de valor y serenidad causarían terrible estrago. El almirante Porter ha descrito gráficamente cómo «cuando la batalla comienza y están los buques envueltos en humo, los espolones y torpedos tendrán un gran papel que desempeñar; cuanto más humo haya tanto mejor será para ellos.»

»Para el uso efectivo del torpedo no parecería necesario construir buques especiales. Hay tres clases de torpedos: el de Whitehead, ó torpedo-pezuña; el de Harvey ó torpedo á remolque, y el torpedo de pescante á que ya hemos aludido. Se ha construido ya un buque pequeño para el torpedo Whitehead, y hasta que ulteriores experimentos hayan demostrado que el

torpedo-pez es un arma de confianza para el servicio naval, no sería de desear seguir más adelante en este sentido. El torpedo á remolque puede ser usado con buen efecto desde un bote remolcador ó desde cualquier vapor rápido y de fácil manejo. La misma observacion es aplicable en gran medida al torpedo llevado en un pescante, aunque en este caso es la velocidad de esencial importancia. Cuando el almirante Porter profetizaba que en el porvenir decidiría el resultado de la guerra naval el torpedo, insistía enérgicamente en la velocidad como indispensable.»

«La escuadra en combate no podrá eludir los botes de torpedo andadores como no puede escapar el pesado bison-te del indio en las llanuras. Sería, sin embargo, inútil para uno de estos torpedos, intentar batirse con un barco de igual ó mayor marcha. Únicamente encontraría el fracaso ó la derrota. Cualquiera barco semejante podría volar el torpedo-bote con un torpedo Harvey, que estoy convencido de que en un barco andador será uno de los instrumentos de más efecto que se ha inventado para la guerra naval ofensiva.»

«Para la clase de guerra descrita por el almirante Porter, lanchas de vapor muy andadoras deberían de formar parte del equipo de todos nuestros buques de primera clase. Son innecesarios buques especiales.

«Parece haber igual y marcada concurrencia de opiniones técnicas en favor del buque-espilon de vapor: y como el espilon se hace más formidable en proporcion de su movilidad y fácil manejo, y cuanto ménos sea su tonelaje más fácilmente, *cæteris paribus*, puede maniobrarse con un buque, es evidentemente de desear que se limite todo lo posible el tonelaje de todos los buques que se intente usar como espilones ó arietes.

«El Barón Grivel y Mr. Dislere han recomendado los dos que los buques de espilon destinados puramente para defensa de puertos, se construyan sin artillería.»

«Ellos por sí mismos, decía el almirante Goldsborough, han de ser el proyectil, y el vapor la pólvora, y el efecto de ámbos, convenientemente dirigidos, será irresistible. Los cañones serían en daño de la unidad de propósito, y armar un buque de espilon con cañones, sería hinchar en mucho la suma de su costo, impidiendo así su multiplicacion.»

«Una observacion del almirante Persano en su *memoran-*

dum sobre la batalla de Lissa, parece indicar que participa también de la misma opinión.»

«Como los encuentros, dice, entre buques acorazados se han de decidir más por el espolon que por el fuego de la artillería, ganará la batalla indudablemente aquella escuadra que tenga el mayor número de barcos provistos con doble hélice.»

»En los buques de espolon que se destinen á mayores operaciones, la artillería sería indispensable: porque, como el Barón Grivel observa, cuando nos fijamos en la dificultad patente de embestir al costado del enemigo en ángulo recto y el número de trompadas que probablemente se darían sin resultado, se hace evidente que habría muchas ocasiones en un encuentro naval para el empleo efectivo de la artillería. El aditamento de los cañones envuelve considerable aumento de tonelaje, aunque debe de esperarse que no significa las pesadas dimensiones á que desgraciadamente hemos llegado en nuestros últimos buques. Los cañones son naturalmente indispensables para los bombardeos y para operaciones contra costas y puertos del enemigo. En esto insistió especialmente Mr. Reed en un discurso pronunciado recientemente en la Cámara de los Comunes para que se continuara, sin flaquear en actividad, la construcción de buques blindados. Pero, sin embargo, como un calado regular es esencial para operaciones sobre la costa, buques del tipo de la *Inflexible*, no sirven para tal servicio. No hay oficiales que hayan tenido tanta práctica en operaciones navales contra baterías como los americanos que sirvieron en la guerra civil; y el almirante Porter ha manifestado en su informe de 1875, que, después de examinar cien planos de buques acorazados extranjeros, se creía autorizado en la conclusión de que un barco como el *Miantonomah* era más idóneo para proteger costas y puertos y para batir baterías de tierra, que ningun otro conocido hasta el día. El general von Stosch ha decidido abandonar la construcción de monitores para la defensa de los puertos alemanes, creyendo suficientes para llenar este cometido los cañoneros y torpedos. Los torpedos, no obstante, no son útiles para operaciones ofensivas, contra baterías de tierra, y si nos viéramos empeñados en los bancos del Báltico ó de las costas septentrionales de Europa, una flotilla de monitores sería probablemente de gran valor. Los rusos poseen catorce monitores, mientras que nosotros solamente tenemos cuatro buques del tipo del *Gorgon*. Aumentar este número debería

proponerse en el programa para el año próximo venidero.

»Puede argüirse que cuanto más pequeñas sean las dimensiones, más fácilmente puede construirse un buque, y que es, por tanto, ménos importante construir monitores que barcos de clase superior. Pero aún los mismos monitores no pueden ser contruidos y alistados en el corto espacio de tiempo en que se deciden los conflictos modernos. En todo caso, si los monitores pueden ser contruidos pronto, mucho más todavía pueden serlo los cañoneros; y con este fundamento seria impolítico gastar una suma en barquitos sin coraza mayor que la estrictamente necesaria para proveer á las necesidades inmediatas de la marina.

»Tenemos finalmente que considerar el problema más difícil de la construcción naval moderna, á saber, el tipo mejor que hay que adoptar para buques de línea. El curso de los sucesos ha demostrado que las armas ofensivas han ganado un ascendiente completo sobre los medios de defensa. El blindaje no presenta ya un blanco impenetrable á los proyectiles, y no es precaución de ningun modo contra el espolon y el torpedo. Seria imposible cubrir con coraza de suficiente espesor, para ser escudo contra el fuego de los cañones que hoy generalmente se montan en los buques, las obras muertas de los barcos destinados á alta mar; y debemos de contentarnos con proteger la línea de agua y las máquinas y calderas.

»En la gran incertidumbre que envuelve el porvenir de la construcción naval, el almirantazgo obra cuerdamente al concluir los barcos acorazados ya empezados, antes de emprender nuevos designios. En un artículo publicado por el príncipe de Joinville en *La Revue des Deux Mondes* en 1867, y vuelto á publicar aumentado y corregido en 1871, trata de demostrar, por la experiencia obtenida en la guerra civil de América, que en todas las luchas internacionales la fuerza relativa de las armadas de los poderes contendientes, ejercerá una influencia importante en el éxito del conflicto. Cree que la escuadra debe de ser bastante fuerte, no ya para hacer daño al comercio, sino para mantener el dominio de los mares. La política naval que aconseja á Francia, está inspirada por intenciones ambiciosas, y con todo eso no recomienda que se proceda demasiado rápidamente á la construcción de buques blindados, ni que se pongan muchas quillas simultáneamente.»

«Tan rápido es el progreso que se está haciendo en estos días en invenciones, y en su aplicación y perfección, que lo que parecia ayer la última palabra de la ciencia, hoy perte-

»nece ya á la hisroria. Si por tanto se construyen al mismo tiempo demasiados buques del mismo tipo, se incurre en el riesgo de construir á gran costa barcos que antes de prestar servicio, podrán ya considerarse inútiles.»

«Sea el que quiera el tipo adoptado, confiamos en que en lo futuro nuestros constructores navales se dejarán guiar por sus superiores parlamentarios para encerrarse en los límites del desplazamiento aconsejado por los almirantes Elliott y Ryder, quienes en sus respectivos informes como miembros del Comité del Almirantazgo para tratar de proyectos de buques de guerra, expresaron su conviccion de que debia ser el punto de mira de la construccion naval, más bien la distribucion que la concentracion de la fuerza, y que nunca se debia de pasar en el desplazamiento de 9.000 toneladas.

»Solamente nos queda resumir nuestras varias indicaciones para la construccion naval futura de nuestra marina.

»La construccion de buques acorazados de primera clase debe de continuarse. Sea el que fuere el desenlace final de la contienda entre el blindaje y los proyectiles, aquel es esencial todavía para hacer á un buque capaz de entrar en línea de batalla. Pero al mismo tiempo que se siga en la construccion de buques del tipo más formidable, creemos que una parte de los gastos debe invertirse en el porvenir en la construccion de barcos pequeños blindados para servicios especiales; y muy particularmente llamariamos la atencion del Almirantazgo á las fuertes recomendaciones de oficiales de las marinanas extranjeras en favor de buques de espolon sin cañones para todo servicio y especialmente para la defensa de puertos y á la alta estima en que los oficiales americanos tienen al tipo monitor para el ataque de las fortificaciones de tierra.

»Mucha satisfaccion nos proporciona el reconocer, para concluir, cuando examinamos calmosa y desapasionadamente las fases más recientes de la construccion naval en Inglaterra, que en conjunto ha sido esta de grandes resultados. El desarrollo gradual de nuestro poder, en una série de proyectos originales que abraza toda clase de innovaciones en los tipos en boga de hace quince años, refleja la mayor alabanza para nuestros oficiales navales y para los hombres de la profesion, que han aconsejado y ejecutado el programa del Almirantazgo.

»El curso de los últimos sucesos en el exterior y el desarrollo de nuestros variados recursos industriales, siempre en aumento, han hecho el poder naval de Inglaterra todavía mayor que lo fué nunca desde la terminacion del largo conflicto

con Napoleon. ¡Que la fuerza que ahora poseemos sirva siempre para mantener la justicia, para establecer la paz y para difundir la civilizacion hasta en los más alejados confines de los mares!»

Así concluye el artículo de la *Contemporary Review*. De su resúmen debemos nosotros quitar por ahora, refiriéndonos á España, en nuestra humilde opinion, la construccion de grandes buques acorazados de línea y dedicar todos nuestros esfuerzos á la de buques de mucha marcha con artillería de gran alcance y á la de torpedos de todas clases para defensa de nuestros puertos y como armas ofensivas contra buques superiores, atendiendo al mismo tiempo un poco más á la defensa y artillado de nuestras plazas fuertes, bastante descuidadas en su mayor parte y casi ninguna en relacion con la fuerza y artillería del enemigo que pudiera atacarlas.

E. GODINEZ.

ELEGIA.

(DE TH. GAUTIER.)

¡Virginidad del alma arrebatada!
 ¡Ensueños de esperanza y alegría!
 Si sois del corazon la flor amada,
 ¿por qué morís ántes que muera el dia?

¿Por qué le niega el temblador rocío
 sus perlas argentadas á las flores,
 y la anémona, expuesta al viento frio,
 pierde al llegar la tarde sus colores?

¿No veis la onda que al nacer tan pura
 arrastra en cieno inmundo su pureza,
 y en azulado cielo nube oscura
 empañar el fulgor de su belleza?

¡Esa es la ley del mundo; ley sombría
 que al corazon le roba sus engaños!
 ¡Que hace durar la rosa un solo dia
 y al fúnebre ciprés vivir cien años!

ANTONIO SELLEN.

EL POSITIVISMO EN EL ATENEO DE MADRID ⁽¹⁾

SEÑORES:

El día que vine por primera vez á este sitio, dije, al dar las gracias al Ateneo, que tenia miedo al cumplimiento de una obligacion, entónces lejana, pero que hoy me veo precisado á cumplir. Nacia mi temor, hoy aumentado, de varias causas: la primera de ellas es el carácter que revisten las discusiones científicas, en que cada día se exige mayor rigor, y exámen más profundo y detenido, sobre todo, por el positivismo.

Ocorre, señores, que para la vida tenemos todas soluciones, nacidas de diversas fuentes, como la reflexion, la fé, el presentimiento, etc., cuyos resultados y esperanzas sobran para regir y gobernar la vida intelectual; pero que cuando se comunican á la sociedad no bastan ni para satisfacer sus aspiraciones ni para gobernarla, por más que se presenten y defiendan con calor y entusiasmo, pues aparecen ante quien esas soluciones individuales sostiene sistemas que las contemplan con frialdad, y sobre todo el positivismo que, cruzándose de brazos con serena calma, pide razones, razones y razones. Esta exigencia es la que hace difícil mi tarea, pues el tema aquí debatido se relaciona con diversas ciencias, y á los individuos ocurre siempre que, aunque por particular aficion hayan profundizado una rama cualquiera del saber humano, no sucede lo mismo con las restantes, en que solo se poseen bien escasos conocimientos.

Todos sabeis cuál es el tema que aquí se discute; pero yo, al hacer este resúmen, no puedo tener toda la precision que desearia y que, sobre todo los positivistas, teneis derecho á exigirme. Yo no creo como el Sr. Revilla; yo no participo de su opinion, segun la cual es la ciencia algo distinto, y aún en ocasiones opuesto á la vida, debiéndose esperar, por solo

(1) Discurso pronunciado por D. Gumersindo de Azcárate, presidente de la seccion de ciencias morales y políticas del Ateneo de Madrid, al resumir la discusion sobre el positivismo.

recurso, del sentido comun y del sentimiento la regla y norma de la práctica. Yo creo que la ciencia y el sentido comun no son dos cosas distintas como se han presentado aquí; yo creo que la ciencia y el sentido comun se rectifican y se completan; yo creo que el sentimiento sirve tan solo, ó debe servir por lo ménos, para seguir la direccion, para llegar al fin del camino que la ciencia y la razon nos señalan. Creo, por estos mismos motivos, que esta discusion significa mucho, y buena prueba de ello es el carácter de esta seccion de ciencias morales y políticas, en que nunca se discuten temas de pura especulacion y mera metafísica, sino graves problemas que, al par que pertenecen á la ciencia, tienen trascendental importancia para el hombre y para la sociedad. Por estos motivos, repito, no he sentido nunca tanto temor al levantarme á hablar en público.

Acabo de decir, señores, que los temas que en esta seccion se debaten importan en gran manera á la vida misma, y que son cuestiones intermedias entre las tranquilas regiones de la especulacion y la agitada existencia de las sociedades. El positivismo está indudablemente en este caso; el positivismo, cuya produccion y desarrollo ofrecen al observador caractéres extraordinarios; el positivismo, que nace como protesta contra una tendencia que representan Platon y Aristóteles, Bacon y Descartes, y que en Augusto Comte, su fundador, se parece, sin embargo, á Hegel; el positivismo, ese sistema que mientras los demás han tardado años y años para llevar sus ideas á las ciencias particulares, se ha apoderado como por sorpresa de todas ellas, y tiene políticos y economistas, naturalistas é historiadores, juristas y químicos; que utiliza con habilidad esquisita lo que puede servir al triunfo de sus ideas y se aprovecha del movimiento constitucional en Inglaterra, del renacimiento en la jóven Italia, de la idea de unidad nacional en Alemania, que reniega de la metafísica y la crea, que se rie del espíritu y tiene una psicología, que parece no puede tener fé y es, sin embargo, una especie de Mahoma de la ciencia, cuyo afan de proselitismo es tan grande que se puede decir de él lo mismo que de la revolucion francesa, que sin creer en Dios engendró héroes y mártires.

Serian todas estas condiciones bastante para que se le respetara, si no hubiera ninguna otra, como la libertad de la ciencia, que á ello nos obligara desde luego. El positivismo en este debate ha sido defendido por los Sres. Simarro y Cortezo, protegido y amparado por los Sres. Revilla y Perojo y atacado con más ó ménos calor por los Sres. Montoro Nieto, Gonzalez Serrano, Moreno Nieto y Pisa de Pajares

que representan todas las tendencias racionalistas y espiritualistas de los tiempos modernos, con excepcion de la llamada ántes escuela ultramontana, y que hoy quizás con razon pretende para ella solo el nombre de católica. Y en verdad que este retraimiento no puede ménos de llamar la atencion. ¿Cómo es que la escuela que ántes batallaba, y batallaba con brío, por la propiedad y la familia no se ha batido hoy por Dios y su deber? ¿Ha sido por razones estratégicas ó porque creian que bastaba con que los racionalistas acudieran al debate? No; aquí no bastan razones estratégicas, y el señor Montoro decia perfectamente al Sr. Perier: aquí no hay más táctica que defender cada uno sus doctrinas cara á cara y en frente de sus adversarios; que los racionalistas bastaran, tampoco podia ser su argumento, puesto que son tan adversarios suyos ó más que los mismos positivistas. ¿Por qué, pues, se ha retraido la escuela católica? Es bien sencillo: es que ha dominado la escuela tradicionalista, aquella escuela que de tal modo coincide con el positivismo, que bien pudieran pasar bajo la firma de De Maistre todos los argumentos que contra la metafísica alega Augusto Comte, y aunque no puede negarse que este tradicionalismo está casi muerto á causa de un renacimiento del tomismo que ha introducido en nuestra pátria un insigne filósofo é ilustre prelado, es lo cierto que aún le llevan en su espíritu muchos adeptos, cuyo sistema filosófico se formula en la frase vulgar «De tejas arriba nada sabemos,» que me decia discutiendo conmigo uno de los más importantes individuos de esa escuela. Por esta razon, y á causa de este tradicionalismo, la escuela católica no podia, por más que de él se asuste, combatir el positivismo. Y ojalá no pueda decirse en España á los católicos lo que en una ocasion célebre les dijo Moleschott en Alemania: «Habéis arrojado de vuestro campo la metafísica, y como la metafísica no puede morir, se ha venido al nuestro.» ¡El campo de Moleschott es el materialismo!

Pero el positivismo no es siempre el mismo, sino que conforme su origen y el país por que se extiende vá adoptando diferentes matices, hasta el punto de llegar á haber uno que podríamos llamar positivismo místico ó creyente. Sin embargo, entre todas estas direcciones descuellan dos que son las más importantes y de más distintos caracteres, y las que podemos designar con los nombres de positivismo crítico y positivismo ontológico.

Tiene el positivismo como nota principal y fundamento del sistema el admitir únicamente el conocimiento relativo y como método la induccion con carácter eminentemente

crítico; pero á pesar de esto viene dentro de la misma doctrina otra tendencia que declara que despues de los hechos existe algo, y este algo es la materia, conclusion que aunque á primera vista parece estar en oposicion palpable con las bases del positivismo, es la de todos ó la mayor parte de los que por este camino se dirigen. No quiere esto decir que se hagan cargos al positivismo crítico por las afirmaciones del dogmático ú ontológico, sino que existiendo estas dos tendencias, deberemos ocuparnos de ellas por separado y estudiar el tema bajo estos puntos de vista. Ahora bien, el tema es: El desarrollo de las ciencias en sentido positivista, ¿constituye un grave peligro para los altos intereses morales, políticos y religiosos en que descansa la sociedad?

De su simple enumeracion se desprende que si bien el tema se refiere inmediatamente á la vida, la cuestion ó problema filosófico se hallaba en su fondo y era imposible prescindir de ella, pues en estos casos surge al instante la cuestion de principios que tengo necesidad de examinar, no por mi gusto, pues si quisiera seguirle iria resueltamente á buscar las consecuencias prácticas, sino por cumplir los deberes que este sitio me impone.

¿Qué dice en principio el positivismo crítico? Que comencemos conociendo hechos, observándolos y examinándolos, que despues los asociamos y entónces vemos que se dá relacion de continuidad y hallamos dos cosas, el hecho observado y la ley ó relacion. ¿Tienen estos dos datos el mismo origen? No, y de aquí la relacion con Kant que discutieron los Sres. Pisa, Revilla y Moreno Nieto; pero dice el positivismo crítico: esto se dá en el pensamiento, no tiene realidad, y por consiguiente, ó tras el fenómeno no hay nada ó lo que hay es incognoscible, y el positivismo crítico incurre aquí en error, pues admite unas leyes y rechaza otras que son su natural consecuencia; por ejemplo, admite el principio de causalidad y rechaza la nocion de esencia, cuando el principio de causalidad está indicando claramente algo humano entre el hecho y el hombre que lo produce.

Dice el positivismo crítico: estas cosas tienen un carácter real y otro formal, en todo sin escepcion, y el positivismo se encuentra con el hombre mismo, y en vez de retroceder, dice: lo mismo es el conocimiento de la realidad exterior que el de nosotros mismos, siguiendo en esta enseñanza á la escuela escocesa y al espiritualismo francés. Por eso el Sr. Simarro, á pesar de toda su habilidad y de su táctica para discutir, no podia ménos de encontrarse con la conciencia y decir: lo que veo en mí mismo son hechos. Esto es exacto;

pero hay aquí un error que nace de confundir la observacion con la intuicion que nos dá el conocimiento inmediato de la conciencia; de donde resulta que, no solo podemos afirmar la existencia del fenómeno en nosotros mismos, sino la de nuestro sér, pues *yo* veo que distingo en mi sér que sobre todo lo variable y sobre todo lo que cambia queda una cosa á que refiero todos los hechos y fenómenos, y los refiero sin que cambie ni mude, viendo tan evidente esta permanencia, como veo el hecho mismo. Dice, ó mejor, decia el Sr. Simarro que se ven las categorías de esencia, etc., en el sugeto; pero olvidaba que la distincion es aquí arbitraria, pues son lo mismo lo conocido y el que conoce, no viéndose ni considerándose nunca como distintos, sino que las categorías que afirmamos no las dá el pensamiento, sino que son del sér mismo. Y una vez halladas estas categorías en la realidad interna, suponemos, siguiendo la misma regla del positivismo, que estos principios se dán en el mundo exterior de la misma manera que se dan en mí, siendo por tanto reales y no formales como el positivismo sostiene.

Pero esta enseñanza del positivismo no es sino una protesta contra las categorías de un idealismo que, separando sin fundamento alguno la esencia de los hechos, la hace concebir como una cosa abstracta, enteramente distinta de ellos y cuyas manifestaciones y propiedades se presentan como un misterio. Por eso dice el positivismo que solo conoce hechos, por eso niega la esencia ó no la conoce, y al negarla ó declararla fuera de su dominio hace imposible el ideal.

Afirma el positivismo, respecto al método, la deducción despues de la induccion, y no admitiendo otros métodos es como únicamente puede comprenderse hayan sostenido que las mismas matemáticas son inductivas. Figuraos, señores, para poner un ejemplo de este método, una urna con 33 bolas blancas y 66 bolas negras, y que se le pregunta á cualquiera en qué proporcion saldrian. Indudablemente, si las ha contado anteriormente, dirá en la proporcion de dos negras y una blanca, en lo que no se equivocará; pero figuraos uno que no sepa qué número de bolas hay blancas y qué número negras y al cual se le haga la misma pregunta. Ante todo, ensayará, irá sacando bolas, y cuando sacadas nueve haya hallado tres blancas y seis negras, presumirá que se hallan en esta relacion, pero continuará sacando y cuando tenga 30 blancas y 60 negras estará casi seguro de no haberse equivocado en su cálculo primitivo; pero que le vuelvan á preguntar: ¿respondes de que las nueve bolas que quedan estén repartidas de la misma manera? Seguramente dirá que no, pues

las últimas bolas pueden ser todas negras ó todas blancas; en una palabra, estar en distinta relacion. De esta manera se vé que en el método inductivo es imposible asegurar nada hasta ver todos los experimentos. Y para que se vea más palpablemente la diferencia entre una induccion y una deduccion, voy á citaros otro ejemplo: Figúrese que se acaba de descubrir una isla y que dice el que la ha descubierto: en esta isla he hallado un animal que no comprendian vuestras clasificaciones. ¿Qué diria á esto el Sr. Simarro? Desde luego, que era posible, y en seguida comenzaria á ver si era cierto el hecho para afirmarlo ó negarlo despues de las necesarias observaciones; pues bien, el mismo que dá esta noticia nos dice: en esta misma isla he hallado un triángulo cuyos ángulos no valen dos rectos, ¿qué responderia á esto el Sr. Simarro? Sin necesidad de ir á verlo, que era mentira. Ahí teneis la diferencia entre estos dos modos de adquirir conocimientos.

Hechas estas indicaciones sobre el método científico del positivismo, ¿cuál es el impulso que dá á las ciencias particulares? A la metafísica, ó la anula ó la combate por regla general, mientras algunos de sus diversos matices la confunden como Hegel con la lógica; en cuanto á las demás ciencias, las convierte á todas en históricas, pues no teniendo para estas doctrinas razon de ser los principios, no concibe sino ciencias de hechos, al contrario de Platon, que solo comprendia pudiera haber ciencia de lo inmutable. De aquí el carácter histórico de la mayor parte de sus estudios: notadlo si no en esta misma discusion, y ved á los Sres. Simarro y Cortezo acudir como único recurso á la historia siempre que han tratado cuestiones de religion. A esto conduce el fijarse únicamente en los hechos y el no tener por método sino la induccion. Es verdad que Augusto Comte y Stuart Mill querian no inducir las leyes sino deducirlas de la naturaleza humana, pero esta solo era conocida por hechos relativos; y ¿cuál era la consecuencia? Negar toda clase de principios, negar el ideal; no hay ni puede haber objeto final de nuestras acciones cuando no conocemos siquiera nuestra naturaleza, ni queda otro recurso al que de esta manera procede que dejarse llevar en brazos del fatalismo desesperante de la escuela histórica.

El positivismo dogmático afirma la naturaleza detrás del hecho contradiciendo los principios fundamentales de todo positivismo; pero la explicacion de este hecho es muy sencilla, pues por cima de todos los sistemas y de todas las escuelas está la razon que arrebató sus partidarios al criticismo. Es imposible que el hombre se contente con poseer la parte

crítica; amenazadora y rujiente se alza desde el fondo de la conciencia la terrible pregunta ¿qué soy? ¿qué debo hacer? Y el positivista dedicado al estudio de la naturaleza, el físico, el naturalista ó el astrónomo que ven palpar bajo sus ojos aquella esencia llena de fecundidad y vida, no pueden menos de reconocer, saltando sobre todas sus teorías lógicas, que allí hay algo que bulle y que se agita á más del mudable fenómeno, y que este algo es aquella materia, aquella naturaleza á que dedica todos sus estudios y el esfuerzo de toda su vida. Pero no se contenta el que esto hace con reconocer la materia como una realidad, sino que niega la existencia del espíritu proclamando en todo la unidad de ser ó de esencia. Hé aquí la primera consecuencia de ese principio.

Su error de proclamar la unidad de ser ó de esencia nace de confundir los conceptos de causa y condicion. ¿Qué hay aquí? ¿Se deducen uno de otro los dos órdenes de realidad que en nosotros viven? No; lo único que se prueba y lo único que pueden sostener es que el cuerpo es condicion para el espíritu, y que este es causa, conceptos que ahora cuidaremos de separar. Dícese: el hombre no piensa, ni vive sin cerebro; por consiguiente, el cerebro es quien piensa y vive en el hombre, argumento en que se vé esta confusion entre condicion y causa, cuya diferencia se vé con el siguiente ejemplo: Fúndase una industria cualquiera cuyas *causas* son la naturaleza y el hombre, pero cuyos productos deben venderse en el mercado para que la industria continúe; supongamos que en el mercado no se vende y que por consiguiente la industria tiene que cesar. Ahí teneis la diferencia entre causa y condicion; las causas que producen la industria son el hombre y la naturaleza, pero como falta la condicion del mercado la industria muere.

Del mismo modo sucede con el cuerpo y el espíritu, causa este, condicion aquel de que este viva, y tanto es así, que los hechos que el positivismo ontológico alega como para demostrar la verdad de sus doctrinas son casos raros, que de ser verdad deberian convertirse en regla general, lo que no sucede, pues todos sabemos que no es cierto el *mens sana in corpore sano*. Kant, enfermizo y débil, uno de los primeros filósofos del mundo; Schiller componiendo sus magníficos versos retirado en su cuarto y aspirando el olor de las manzanas podridas que tenia que colocar sobre su mesa, al paso que su amigo Goethe necesitaba componer al aire libre y respirando las frescas brisas de la mañana, son ejemplos de hechos que contradicen al materialismo; y ¿qué es el martirio sino la prueba más completa de esa dualidad de nuestro sér,

prueba en que el cuerpo desfallece y muere y el espíritu libre entona un himno de victoria al triunfo de su idea? Otro hecho que yo no me podría explicar nunca si por la existencia del espíritu no fuera, es la muerte del niño y del anciano; va volviendo este á la infancia y debilitándose su cabeza conforme se aproxima á la senectud; pero llega el instante de la muerte, y el espíritu que años hacia se mostraba débil y apenas se daba á conocer, vuelve de repente á alzarse potente y vigoroso en aquella hora suprema; lo mismo sucede con el niño enfermo que está próximo á la muerte, cuya inteligencia se desarrolla de un modo inexplicable para el materialismo.

¿Qué objeciones hace este á la existencia del espíritu? ¿qué objeciones hace á la conciencia y á la libertad? Todos recordais la distincion de Jouffroy sobre lo psíquico y lo físico y los diferentes modos de tener conciencia de cada uno de ellos. No puede esto ser base de conocimiento, dice el positivismo ontológico, pues no siempre se refiere el espíritu lo que es; y aunque en esta afirmacion no contradice los hechos, olvida que puede llegar á ser consciente de ello en ciertas ocasiones, lo que es bastante y aún sobrado para que sea verdadera la distincion, pues de la parte física no puedo tener nunca conciencia y ¡cosa especial! la parte de mi naturaleza que más ignoro es aquella que mayor relacion tiene con el espíritu, el sistema nervioso. Además, el positivismo ontológico ha confundido la conciencia con la reflexion; esta necesita ser educada, aquella la tenemos desde luego; por ejemplo, tenemos conciencia de la verdad, sin saber cómo la hemos adquirido; no sucede esto con la reflexion.

En cuanto á la libertad, se ha presentado aquí la cuestion de varios modos, siendo por unos proclamada, mientras ha sido puesta en duda por otros, y en los discursos de alguno negada por completo. Poco he de deciros sobre la libertad en general y las causas que impulsan á obrar, pues esta cuestion ha sido examinada y discutida entre los Sres. Pisa de Pajares y Revilla, que han explicado lo que es la libertad y lo que debe entenderse por motivos. Es ante todo la libertad una afirmacion evidente de la conciencia, que se traduce en hechos en la vida sin necesidad de aprender en ninguna parte que podemos hacer uso de ella. Y es tan clara y tan palpable esta idea que brota de lo más profundo de nuestro sér, que no parece sino que es un centinela avanzado contra el panteísmo y el materialismo.

¿Qué papel desempeña la libertad en la vida? Hallamos, ante todo, una naturaleza que se nos impone, que nos es imposible modificar, y más allá el campo de la libertad. No po-

demos cambiar la esencia de las cosas, convertirlas en otra cosa de lo que son; está sobre nuestras fuerzas que la piedra deje de serlo, ó que nuestro cuerpo obre de tal ó cual manera en sus funciones interiores, nos es imposible detener ni cambiar los sucesos fatales de la naturaleza; pero podemos preverlos, adivinarlos y aprovechar estas mismas fuerzas para la satisfaccion de nuestros deseos y nuestras necesidades. ¿Cómo se explica esta aparente contradiccion entre el fatalismo de la naturaleza y la libertad del espíritu humano? ¿Cómo puede el hombre hacer tanto, y sin embargo no puede hacerlo todo? Es que hay un espacio intermedio, y en él domina el hombre, no destruyendo, sino dirigiendo y limitando la naturaleza de los séres.

El principal argumento que el Sr. Simarro aducia contra la libertad se refiere á las leyes que algunos han creido imposible armonizar con la libertad del hombre individual. Entre estas leyes son las principales las de la historia; pero hay otras más curiosas todavía: entre ellas, segun la estadística, se cuenta el número de cartas echadas sin sello en los buzones de Inglaterra; número de cartas igual todos los años, que equivale á igual número de distracciones anuales, caso curiosísimo, al que se puede añadir el del dinero que por distraccion se queda sin cobrar todos los años en España de los números premiados en la lotería, cuyo valor es próximamente de un millon; pero en todos estos hechos hay algo de físico y material que obedece á otros principios que á los de libertad. Cómo se salva esta á pesar de las leyes de la historia, es cosa que con la cuestion de los motivos de la libertad y de sus límites queda resuelta.

Una frase de Kepler que ha hecho fortuna es, sin embargo, completamente inexacta, pues aunque el número de nacimientos de hijos naturales y de sucesos análogos sea igual todos los años, sólo consiste en que este es un hecho mitad físico y mitad moral, pero en cambio, las estadísticas de criminalidad cambian y varían todos los años, como cambia y varía todo lo que se refiere al órden moral, intelectual y científico. Por otra parte, se ha confundido la libertad con el libre arbitrio, creyendo que sólo consistia en elegir; pero la libertad no es más que el dominio de sí mismo, dentro de la ley que uno puede querer romper con todos sus esfuerzos, pero que en esfera independiente de su voluntad triunfará al cabo.

Y como todas estas afirmaciones están en el fondo de la conciencia; como para renegar de la libertad es preciso renegar de sí mismo y de su propio sér; como para no ser libre es preciso dejar de ser hombre, las negaciones de la libertad son

oscuras y confusas, y por esto se vé que sólo se han expuesto dudas, y aún negando la libertad, no se ha atrevido nadie á defender con claridad el determinismo.

El positivismo ontológico trae consigo la negacion de Dios al proclamar la unidad de esencia de todo el universo, pues con esta unidad desaparecen todas las pruebas de su existencia. Bien conocen esto sus partidarios, y bien claramente dicen que admitir el espíritu como esencia distinta, les obliga á admitir despues la existencia de un sér superior bajo el cual estas dos se reunan, doctrina á la que prefieren su hipótesis de una sola sustancia que es, segun ellos, más sencilla. No hay, no puede haber, segun por estas razones comprendereis todos, lazo más fuerte, alianza más duradera é indestructible que la del materialismo y el ateismo.

—¡Dios! Decia un pensador español, que el nombre de Dios se encuentra en todas partes, en el grano de arena, en el inmenso Oceano, en la hierba que nace, en el corazon mismo del impío y en la cabeza del filósofo, pero que siempre es el Dios vivo aquel que habla en la conciencia humana, aquel que encuentran de consuno por todos los caminos, la cabeza y el corazon, la inteligencia y el sentimiento. Por eso vemos que todos los séres tienen alguna de las condiciones que la presencia de este Sér imprime, por eso en todas las cosas hallamos algo suyo, por eso vemos que su vida late y se manifiesta en todas partes, por eso nuestra vida está en su vida, por eso se nos presenta frente á todos nuestros conocimientos limitados una realidad eterna é infinita, por eso vemos algo más allá de los límites en que nuestra pobre existencia se encierra, por eso tenemos y alcanzamos un conocimiento infinito al que corresponde como á todo conocimiento, un objeto que es tambien infinito, un objeto que es tambien absoluto.

Nos unimos por el sentimiento á todos los séres, amamos á los hombres, amamos á la Naturaleza, vivimos y nos identificamos con todo eso más ó ménos igual á nosotros que nos rodea, y nos unimos á ello y lo amamos por una série no interrumpida de sentimientos que llegan de lo sensible á lo racional; pero cuando nos parece que se rompe el vínculo que nos enlaza con la Naturaleza, cuando casi deseamos la muerte, cuando la desgracia y los desengaños nos hacen renegar del amor y de la amistad, cuando prescindimos de nuestros semejantes y parece que solo nos resta desesperacion y sufrimientos, fáltanos mirar dentro de nuestro pecho, y al hacerlo, vibra y se despierta en él otro sentimiento, consuelo de todos los demás, superior á todos ellos que les envuel-

ve, que les dá vida, que les dá existencia, y que se manifiesta en todos ellos porque es eterno é infinito.

Y este sentimiento sublime, que persiste siempre, por más que á veces locamente pretenda alguno olvidarlo, dá aliento á nuestro sér, y le guía, y le fortalece, y le conforta y enaltece sus deseos y sus aspiraciones, y conduciéndole hácia un ideal de abnegacion y de desinterés, le hace llegar en ocasiones al término sublime del martirio. Por él tienen vida las pasiones, por él alientan y en él viven, y seria tan imposible la vida del hombre sin su vida, que vemos palpar estos acentos hasta en los mismos que de él reniegan.

Y no es solo en el sentimiento donde vive, no es solo en el amor, vive tambien en la voluntad, vive en todas nuestras acciones. Por eso cuando voy á ejecutar un hecho veo en mi espíritu que tiene lugar un diálogo entre dos voces que son dos aspiraciones de mi alma; entre dos voces, sí, una que me inclina al interés y al deseo, otra al amor y á la abnegacion; una que me dice prívate de todo para el placer, porque es lo único que hallarás en la vida, otra que me dice no eres nada, sacrificate, sirve al todo, sirve á la humanidad que te dió vida; una que se levanta y que se apaga, otra que no depende de mí hacer callar; una que nos hace caer y pecar, otra que nos santifica y nos salva; junto al Adam pecador el Cristo redentor. Y ¿qué nos dicen? ¿cómo nos hablan? Una tan como yo, que si no declaro lo que me dice, nadie puede saberlo; otra que presumo que habla en todas las conciencias: una de Mefistófeles que mata, otra eterna é inmutable que resuena tranquila como la voz del varon justo en medio de los tiempos que pasaron.

Y esta lucha es la vida, y de esta lucha ha de resultar el triunfo del bien ó del mal, y en nuestra conciencia se verifica esta batalla, y en nuestra conciencia se manifiesta Dios de esta manera y nos es imposible desoirle aunque sea posible desobedecerle.

Este es el Dios de la conciencia, el Dios de siempre, de ayer, de hoy, de mañana, que no cambia ni se modifica, el que se declara catorce siglos ántes de J. C., diciendo al pecador en un código de la India: tiembla, malvado, porque tienes á Dios en la conciencia para reprocharte tu falta, el que está significado en el *demonio* de Sócrates, es el Cristo, es el Dios de Schleiermacher, y la divisa del sepulcro del inmortal Herder: *luz, amor, vida*; luz para la inteligencia, amor para el sentimiento, vida para la voluntad y para el hombre, caminos para el Dios de la conciencia, y si se le dice á ese Dios retírate, se retirarán los dioses de la fantasía; pero el

Dios verdadero y el Dios vivo, ese Dios seguirá hablando eternamente en la conciencia y en el espíritu del hombre, como la luna riela tranquila sobre la serena superficie de las aguas.

No puede nada contra ese Dios el positivismo, es muy pequeño para derribar á ese Dios eterno é infinito.

Pero dejando ya esta cuestion, debo decir algo acerca del modo como el positivismo entiende la vida, para pasar despues resueltamente á examinar sus consecuencias para la práctica. Es la civilizacion, señores, la vida humana, cada vez más perfecta á causa de las obras que ha producido, y es la vida individual un organismo, idea que Augusto Comte extendió tambien á las sociedades, diciendo que unas clases constituyen la cabeza, otras los brazos, otras el corazon, etcétera. Pero Huxley dice que la sociedad no es sino un organismo químico, compuesto por la agrupacion de átomos, cada uno de los cuales puede recobrar su libertad perdida separándose de la sociedad, idea que recuerda y se asemeja bastante á la doctrina del estado ante-social sostenido por Rousseau y sobre cuya falsedad no necesito insistir.

Hay dos puntos importantes respecto al desarrollo y vida de la civilizacion; la influencia del medio natural y la evolucion. La idea de la influencia del medio natural no es nueva, ántes bien se está tratando desde muy antiguo y se desenvolvió hasta sus últimas consecuencias en la doctrina con tendencias naturalistas del filósofo poeta Herder. Condicionan efectivamente la vida, la naturaleza y el medio; pero entre condicionar y determinar hay una distancia inmensa y que aquí es imposible salvar. La vida económica del hombre y sus diferentes períodos son prueba evidentísima de que no existe esta forzosa determinacion.

En tres períodos ó edades puede subdividirse la historia económica de la humanidad. Encuéntrase el hombre en el primero aislado, débil y sin recursos de ningun género, dominado por una naturaleza infinitamente más fuerte que él y consiguiendo solo á fuerza de penalidades y trabajos ir viviendo en medio de los obstáculos que se le oponen. Conquistando medios para vencerla y acostumbrándose á aquella vida de penalidades en que cada gota de su sudor le sirve de palanca para dominar la realidad que le rodea, transcurre la segunda época, que con propiedad se llama del trabajo, hasta que dueño de sus fuerzas y guiado por la inteligencia, se sobrepone á todo el capital, la naturaleza es sierva del hombre y este domina como rey de la creacion despues de dos períodos en que se han puesto á prueba sus bien templadas fuerzas. Se vé, pues, que no solo el medio no domina al hombre, sino

que viene á someterse ante la libertad dirigida por su inteligencia y conquistada con su sangre y su trabajo.

En cuanto á la idea de evolucion no pertenece al positivismo. Es de Hegel, únicamente suya, y lo que los positivistas han hecho ha sido tan solo quitar el concepto de idea, andamio sobre que descansaba aquel concepto. Pero se presenta un dilema inevitable: ó se dá algo bajo la evolucion ó no se dá nada; si se dá algo, este hecho es opuesto al positivismo; si no hay algo que se evolucione, la idea de evolucion es absurda, sin contar que siempre queda algo fijo é inmutable, siquiera este algo sea el mismo mudar ó *devenir* mediante el cual la idea se desenvuelve.

Quizás, señores, me he extendido demasiado sobre el tema filosófico inmediatamente envuelto en el que aquí se discutia, y estoy de seguro molestando al Ateneo con resúmen tan largo. Voy ahora á lo que propiamente el tema se refiere, es decir, á las soluciones que el positivismo trae á los más graves problemas de la vida, y procuraré en esta última parte ser tan breve como me sea posible.

¿Cuáles son las consecuencias del positivismo? Comencemos por la religion. No se trata en el tema, ni aquí quiero yo tratar tampoco, del influjo del positivismo sobre una religion cualquiera, filosófica ó revelada; lo que aquí se discute, y lo que á nuestro objeto importa, es la relacion del positivismo con todas las religiones ó, por mejor decir, con el sentimiento religioso universal ó religion eterna. Distingamos entre el positivismo crítico y el dogmático ú ontológico: el crítico la declara incognoscible, y entrega esta parte de nuestra actividad á la fé y al sentimiento. ¿Creeis que es posible una religion con estas conclusiones científicas? Tiene toda religion dos bases, sin las cuales no puede subsistir: dependencia é intimidad, bases de que este sentimiento nace y reconocimiento además de nuestra personalidad para que la union con Dios sea posible. Declara el positivismo crítico incognoscible uno de los términos de la relacion y no tiene derecho por otra parte á proclamar nuestra personalidad, de manera que la relacion se hace de todo punto imposible. Además conocemos la teoría de Augusto Comte sobre los tres estados religiosos que se presentan en la humanidad, y ella por sí sola bastaria para darnos á conocer lo que la religion tiene derecho á esperar del positivismo crítico, á pesar de todas sus protestas.

Respecto al positivismo ontológico se presenta bajo dos fases: la del materialismo y la del monismo aleman; los sentimientos religiosos del materialismo no necesitan explicacion alguna. En cuanto al monismo, que tiene partidarios de gran

valía, sobre todos el profesor Hæckel, es, según unos, materialista, ateo é incapaz, por tanto, de simpatizar con religion alguna y, según otros, panteísmo, sistema en el que, si bien desaparece la idea de union personal, cabe al ménos un profundo sentido religioso, porque se conservan, aún más estrechos que en otros sistemas, los vínculos de dependencia é intimidad.

Más tristes, si cabe, son todavía las soluciones del positivismo en el órden moral. Desde el momento en que se niegan los ideales y no se proclaman principios absolutos, se hace imposible la abnegacion y el sacrificio, aún sustituyendo á estos principios la conciencia individual como regla de conducta, declaracion que solo prueba, como ha dicho un ilustre filósofo francés, que es mucho mejor el corazón que la cabeza de los materialistas. El positivismo ontológico, que no solo no declara incognoscible otra esencia superior, sino que la niega, no puede tener otra moral que la del placer y el dolor, la moral de Helvetius, aún cuando Büchner acaba su libro con aquellas frases de moral cristiana: «No hagas á nadie lo que para tí no quieras.» «Haz con los demás lo que quieras que contigo hagan,» que sientan muy mal en el espíritu de su doctrina.

Y á propósito de moral cristiana, recuerdo que, olvidándose de que Büchner la acepta, comparábala el Sr. Cortezo con la positivista, calificando á aquella de estrecha y egoista y diciendo que era más grande y noble la que tomaba por regla la especie en vez del individuo, sin recordar el Sr. Cortezo que para él, como verdadero positivista, la especie no podía ser sino una vana abstraccion. Y prescindiendo de esto, la comparacion entre una moral religiosa y una moral filosófica es siempre absurda é imposible, á propósito de lo que recuerdo la célebre discusion entre el P. Gratry y Vacherot. El señor Cortezo calificaba de egoista la idea de tomarse á sí mismo como medida de lo que debe hacerse con los demás; pero prescindia por completo de la alta estima en que se tenia á sí mismo el hombre en aquella sociedad, tan prendada del antropomorfismo, que había humanizado hasta sus mismos dioses; entónces el individuo era lo más grande que podía imaginarse, y el proclamarlo como norma para la conducta que debía seguirse con los demás era el grado más alto de la caridad y de la abnegacion. Y á esta moral sencilla y sublime, que está al alcance de cualquier hombre, queria oponer el Sr. Cortezo otra moral apoyada en una cosa que un positivista no puede admitir, la especie, como si las consecuencias de esta vana abstraccion pudieran llegar nunca á la sublimi-

dad de aquella moral que dá al pecador una chispa de esperanza para que con ella redima la pura esencia del sér humano.

En cuanto á las relaciones del positivismo con la sociedad, bajo el punto de vista del derecho, y siento ser ya tan largo porque estoy molestando al Ateneo, voy á indicar todo lo más brevemente que sea posible las cuestiones más importantes. Ha sido el derecho y sus diversas divisiones uno de los puntos que más han preocupado al positivismo, y con razon sobrada. Herbert Spencer, Alglave, Littré, Comte, Luchini y otros varios, han tratado de fijar, siguiendo los principios de la escuela, el concepto del Estado y sus principales relaciones jurídicas. Ha tomado el positivismo para la formacion de sus doctrinas acerca del derecho, elementos muy diversos y procedentes de escuelas bien diversas. Son todos sus defensores kantianos en el fondo de la doctrina, han aceptado además y desnaturalizado la idea de evolucion de la filosofía hegeliana, recibido de los naturalistas la idea de competencia vital ó lucha por la existencia y algo del pesimismo de Schopenhauer, y de todo esto ha resultado que, no podia ménos esta escuela de seguir el camino de la llamada historia, ó ser francamente revolucionaria. Y son vanas todas las protestas que en sentido contrario se hagan; no tiene más recurso que esos dos extremos; el de la escuela histórica porque, negados todos los ideales y todos los principios, no tiene bandera para impedir el curso fatal de los sucesos; el de la revolucion, porque donde concluyen los principios no quedan sino las ambiciones y los intereses.

El derecho viene á ser considerado como la fuerza; la lucha por la existencia hace indiscutible la frase de Hobbes: *bellum omnium contra omnes*; y la sociedad llegaria por este procedimiento al terror, la destruccion y la anarquía.

Respecto á las soluciones que el positivismo trae á los problemas del derecho civil, se quejaba el Sr. Revilla de que para combatirle acudiera el Sr. Moreno Nieto á los que llamaba *enfants terribles* de la escuela. Creo que no tenia razon para quejarse el Sr. Revilla, y en prueba de ello, veamos qué nos dice el positivismo acerca de dos de las más importantes instituciones de la sociedad, como son la propiedad y la familia. La familia, sin la que no concebimos la vida ni la civilizacion; la familia, cuyo fin moral está muy por encima de todos los demás fines, queda para el positivismo reducida á una union puramente física, necesaria para la conservacion de la especie; una institucion como la de la cria del ganado, sin más objeto que la procreacion de los hijos. Y esto no lo dicen solo los *enfants terribles* de la escuela, sino que está

en las palabras y los pensamientos de todos los positivistas. Y yo no digo esto porque niegue el valor del elemento físico en la familia, sino porque creo firmemente que hay en ella algo más, algo que este elemento. Todas las tendencias de la revolución francesa cuando llegó á convertirse en apóstol de las doctrinas positivistas, iban por el mismo camino. Y en cuanto á la propiedad, en cuanto á su origen, su trasmisión y su porvenir, ¿cree el Sr. Revilla que son tranquilizadores Proudhon y Stuart Mill?

Otra parte importantísima del derecho es el penal, sobre el que el positivismo no tiene más que un principio, la intimidación, haciendo así de los lugares de castigo, exposición del régimen brutal de los pasados siglos, restos de civilizaciones muertas é infiernos á cuya puerta puede muy bien colocarse este verso del vate florentino:

Lasciate ogni speranza voi che entrate.

Y por cierto que me ha extrañado muchísimo que en el curso de esta discusión el Sr. Moreno Nieto se asombrara de las doctrinas que sobre derecho penal profesa el positivismo, cuando son esos principios, los que hoy rigen la práctica y cuya última pena se encarga de cumplir un sér á quien, por más que la ley santifique y haga necesario, castigará la sociedad vengadora con el nombre infamante de verdugo.

Pero llegan los positivistas al derecho político y en él pretenden disculpar todos sus errores. El positivismo es conservador, el positivismo es el orden, decía el Sr. Cortezo; si se ha derramado sangre en el mundo, no ha sido á nombre nuestro, ha sido á nombre de la religion y de las filosofías idealistas; pero el positivismo olvida, y lo olvida también el Sr. Cortezo, que si se ha derramado sangre, hemos tenido en cambio mártires y santos que el positivismo no ha tenido ni tendrá nunca. Y han hecho más en este debate los partidarios de esa escuela, han citado la revolución francesa, culpando al espiritualismo por sus horrores y olvidando que esta gran epopeya de la historia tiene dos períodos muy distintos: el del 89, en que dominan los espiritualistas con sus grandes principios y sus hermosos ideales, y el del 93, inspirado en la anarquía y en las doctrinas sensualistas.

Y este sentido de lucha de esos dos principios se revela en el problema social, en el problema de la miseria, de la ignorancia, de la injusticia; problema que por más que quieran ahogarlo y desoirlo algunos partidos, vive y se agita y conmueve nuestra sociedad entera. ¿Qué soluciones trae el posi-

tivismo al problema social? ¿Cuál es su tendencia para la resolución de este problema que hoy trae inquietos á los pensadores y economistas de todo el mundo? Decía el Sr. Simarro que los positivistas son conservadores é individualistas, y en prueba de ello citaba á Stuart Mill, aunque las soluciones de este autor á la cuestion de la propiedad y de la Internacional suscitada por Proudhon están lejos de ser individualistas.

Lo que hacen los economistas de la escuela de que hablamos es proclamar la lucha por la existencia, y dejar que el fuerte aplaste al débil proclamando la concurrencia universal. ¿Que muere el débil? ¿Que un pueblo queda hundido bajo otro pueblo? Eso no importa, eso pasará y la lucha por la existencia haciendo sobrevivir al más fuerte, allanará todas las dificultades y concluirá con todas las miserias. ¿Qué sentido trae la Internacional? Yo no soy de los que tiemblan ante ese nombre considerando como una horda de bandidos á sus afiliados; yo creo que en su fondo está la resolución del problema social, que es preciso ya y debe prepararse el advenimiento del cuarto estado; pero me duele el torcimiento que trae á este problema si sigue por el camino que hasta aquí ha traído. Hoy la Internacional se inspira solo en el egoismo de clase; el socialismo de hoy es un socialismo individualista, y el cuarto estado en vez de aspirar á compartir con los demás la dirección del mundo, pretende ser de ella único y exclusivo poseedor, porque contando con el derecho de la fuerza, viene lleno de espíritu revolucionario á realizar todas las consecuencias de la competencia vital en la lucha por la vida.

Tales son, señores, los principios y consecuencias del positivismo, tales son sus aspiraciones y tales serian sus resultados si llegara á la práctica. Pero ¿cómo es que esta doctrina se ha extendido con rapidez tan inusitada? ¿Qué significa hoy el positivismo? Lo que voy á deciros: representa nuestra época en la historia el punto final de tres edades, cuyos elementos viven y se agitan en el seno de la sociedad moderna, y sobre todos ellos, viene otro nuevo que es la filosofía, á producir manifestaciones importantes y á indicar caminos desconocidos. En la crítica de ayer y hoy aparece el positivismo mirando la vida, renegando de religion y de filosofía, el ayer y el mañana de la humanidad y rompiendo por tanto la ley de continuidad de las edades de la historia. Y en esto consiste el principal peligro del positivismo sério y levantado que merece contarse entre los sistemas científicos, pero que perjudicaría con la destrucción de la fé y la filosofía al progreso y la marcha de la vida histórica del mundo.

Pero hay otra cosa peor que este sistema, y es lo que pode-

mos llamar positivismo práctico, que consiste en cultivar el arte y la ciencia *pane lucrando* y cumplir y satisfacer con vanas fórmulas. Este positivismo, que no es ciencia ni mucho ménos, puede aprovecharse del positivismo verdadero para llegar á ser terrible gangrena social.

Yo no temo en estas escuelas á los grandes maestros, por equivocadas que sean sus doctrinas; lo que yo temo es la turba multa que viene con todos los sistemas vencedores, y por eso creo que el positivismo sério merece ser tratado de una manera, y de otra muy distinta este positivismo rastrero.

¿Qué elementos sanos encierran las doctrinas positivistas? ¿Qué beneficios puede producir á la causa de la verdad? Preparar desde luego la conciliacion entre la ciencia y la vida, á causa de la insensata separacion que de ellas hace. Y además, no serán perdidos sus adelantos para la ciencia. El químico y el naturalista se aprovecharán de los tesoros por él conquistados, y la psicología fisiológica por el positivismo producida pasará á formar parte y á contribuir al progreso de la psicología general. Lo que hace falta es que el positivismo entre por ancho campo, que tras el fenómeno encuentre la esencia, y que no se oponga á la religion ni á la metafísica, porque la metafísica y la religion representan lo eterno y lo absoluto, que no puede morir ni á manos de las escuelas positivistas ni á manos de ninguna escuela.

GUMERSINDO DE AZCÁRATE.



CORRESPONDENCIA DE ALEMANIA.

Los hallazgos del Dr. Schliemann.—Las excavaciones de la Olimpia.—La reina Luisa de Prusia.—La condesa de Voss.—El poeta Enrique de Kleist.—Una palabra más acerca de Fernando Freiligrath.—El poeta austriaco Anastasio Grün.—Tristan é Isolda, por Ricardo Wagner.

SR. DIRECTOR:

Ya han oído ustedes hablar del doctor alemán *Enrique Schliemann*, que, llevado de un entusiasmo verdaderamente homérico, ha desenterrado en parte á *Troya*, en 1873 decidiéndose para sus excavaciones en favor del paraje acreditado por la tradición griega, que es la esplanada ó meseta de *Hissarlik* situada á la derecha del Scamandro, levantada 22 metros sobre lo que se entiende por la *llanada de Troya*, y sacando de las ruinas de la famosa ciudad troyana, y de obras enterradas por cima y por bajo de ella, lo que él opina que sería el *tesoro de Priamo*, ó sean sus joyas y preseas. Aunque, en mi modesto entender, todos los hallazgos del Dr. Schliemann, en las diferentes capas de escombros de aquel sitio, que son como catacumbas de otras tantas ciudades muertas, no conseguirán jamás demostrar la verdad de las tradiciones históricas, probando solo que ya en los tiempos más remotos haya existido en la embocadura de los Dardanelos una ciudad importante que los helenos debieron tratar de destruir, porque ésta había de parecerles peligrosa para sus expediciones al mar de Mármara y al mar Negro, felicitaré al doctor alemán por sus atrevidos proyectos, así como por sus descubrimientos en provecho de la historia y en honra de las letras, y diré que el nombre de Enrique Schliemann correrá de generación en generación, como digno pedestal de la estatua de Homero, y que si Amfion levantaba murallas al son de la música, ahora la poesía, la Iliada, inspira, como impulsora de tales trabajos, milagros de fervor y de constancia.

No me extenderé más en tratar de la empresa de sacar á la ciudad de Priamo de su mortaja de cenizas y escombros, obra emprendida por aquel alemán entusiasta de Homero, sino que hablaré á Vd. de otro acontecimiento singular, de otro triunfo de la investigación alemana, de una gloria pacífica alcanzada por el imperio germánico en la *Olimpia*, centro espiritual de la vida

helénica y dórica, donde los hijos de la Grecia luchaban, no para alcanzar oro y plata, sino una sencilla guirnalda de acebuche como premio más alto de virtud varonil; en la Olimpia que, no solo vió mil certámenes gimnásticos que los griegos consideraban como el mayor encanto de la vida y como los espectáculos favoritos de los dioses, sino que vió en su estadio presentarse á Temístocles, despues de la victoria de Salamina, fijándose el pueblo en un grito que decia: "¡Viva el salvador de la Grecia, el héroe de Salamina; extranjeros, miradle!" y que saludó tambien á Platon, y vió morir de gozo á Quilon, uno de los siete sábios de la Grecia, al presenciar la coronacion de su hijo entre los vítores y la algazara del pueblo entusiasmado; en la Olimpia, donde ante la Grecia entera, Herodoto leyó su obra inmortal sobre las luchas de los helenos y los bárbaros.

La diosa de la victoria, que en la Olimpia vió mil carreras de carros, entre el relincho de los caballos y las voces de los conductores que los hostigaban más y más con el fin de animarlos en su galope, alcanzando la meta el más afortunado de los conductores y sucumbiendo á veces el mejor, viene despertando de repente á nueva vida, despues de haber descansado desde hace siglos en el seno de tierra, y ofrece sonriéndose su premio á las virtudes alemanas: el celo y la perseverancia. Ya se elevan, evocadas por la vara mágica de los investigadores alemanes, las figuras de la antigua tradicion griega; álzase una hueste de espíritus para hablarnos de dias pasados. Ya miran conciliados los dioses helénicos desde el Olimpo hácia el valle de Alfeo, y por el viejo pinar resuenan los cantos de Píndaro, que, segun él mismo decia, no quedaron, á semejanza de los monumentos de bronce, con planta perezosa sobre el pedestal, sino que volaron más allá del valle delicioso de Alfeo por todo el territorio helénico.

¡Salve, *Fidias*, rey del arte! ¡Salve, *Peónio*, creador de la estatua de la victoria! ¡Salve, *Píndaro*, que realizabas las victorias olímpicas esparciendo tus cantos desde Tébas por la Grecia toda, cual semilla de oro de verdadera sabiduría y de piedad!

Lo que Winckelmann ansiaba escribiendo en 1767, un año antes de su muerte: "Ha de investigarse el territorio de la Élide, porque ningun mortal ha penetrado hasta allí en los tiempos modernos"; lo que la Academia francesa empezaba en 1829 sin haberlo concluido; lo que el profesor aleman Ernesto Curtius expresaba en un discurso pronunciado en 1852 en Berlin como el deseo más ardiente de su corazon, está realizando ahora el imperio aleman, pues bajo los auspicios de este ya ha principiado á investigarse aquel paisaje pequeño que el Alfeo baña y que desde las gradas de las ásperas peñas de la Arcadia descende al mar Jónico, aquel suelo sagrado en que habia de callar el estruendo de las armas, porque los helenos administraron el sagrario de la Olimpia, el templo de Júpiter Olímpico, la joya de la Grecia.

Segun la convencion celebrada en 1875 entre la Grecia y Alemania, todo lo que se descubra pertenecerá á la Grecia, quedando reservado á los alemanes por el espacio de cinco años, el derecho de hacer vaciados y dibujos de los objetos que vayan descubriéndose. El imperio aleman ha destinado provisionalmente 171.000 marcos ú 855.000 reales para que se investigase la Olimpia, y

apenas empezadas las excavaciones vienen obteniendo los resultados más curiosos e importantes. En Octubre de 1875 los primeros operarios empezaron á zanjar en el Oriente y el Occidente del templo de Júpiter Olímpico hácia el Alfeo, y la primera cosa que hallaron fué el torso de la magnífica estatua de la Victoria labrada en mármol pentélico en el siglo V ántes de Jesucristo por *Peónio*, un discípulo del gran *Fidias*. La estatua ostenta en su pedestal la inscripcion de que hace mencion Pausanias que en 174 de nuestra era escribió un itinerario de la Grecia y que vió á la Olimpia todavía en todo su esplendor.

Lo que hoy se saca á la luz del sol desde las profundidades del rio Alfeo, cuya arena y lodo han inundado el suelo sagrado del arte, es vida de nuestra vida, pues el alma germánica se ha enlazado con aquel pueblo para el cual las obras del arte eran tan naturales como las flores para el árbol, siendo el arte su actividad orgánica, su lengua, la expresion de su gratitud, la forma de su devocion, así en la felicidad como en la desgracia. ¡Cuán grande, pues, ha de ser nuestra satisfaccion al saber que el éxito viene coronando los esfuerzos alemanes!

Dediquemos dos palabras á la *Olimpia*, teatro de aquellos certámenes, de aquellas fiestas nacionales que, segun decia la tradicion, habia instituido el mismo Hércules. Los ejercicios atléticos se practicaron en el *Estadio* y el *Hipódromo*, mientras el *Templo*, el *Bosque* y el *Teatro* fueron los palenques de la inteligencia. Una victoria alcanzada en la Olimpia equivalia á la mayor dicha terrestre. Al entrar el premiado en su ciudad natal derribáronse, segun cuenta Plutarco, las murallas como prueba de que la ciudad que produjo ciudadanos tan atléticos no necesitaba de murallas ningunas. Los poetas ensalzaron la gloria de los vencedores, que salian del palenque con los honores del triunfo, y los más renombrados artistas labraron su estatua que fué colocada en el bosque sagrado de la Olimpia.

"Esta, dice D. Manuel M. Añíbarro y Rives en su notable trabajo relativo á los juegos de la Grecia, publicado en la *Revista de España* del 28 de Setiembre de 1875, no es una ciudad, es una reunion de templos y edificios públicos que se han ido edificando con motivo de los juegos." La Olimpia consistia de dos partes separadas, la parte interior del recinto ó bosque sagrado llamado *Altís* y la parte situada fuera del *Altís*. Este estaba circuido por una muralla que lo recortaba en imperfecta forma semicircular, extendiéndose en el Occidente hasta las márgenes ricas de plátanos del Cladeo que desemboca en el Alfeo y encontrándose en el Sur encima del lecho del Alfeo. Fuera del *Altís*, hácia el Oriente se encontraban el Estadio y el Hipódromo, y descollaba sobre éstos el sagrario de Céres, cuya sacerdotisa fué la única mujer griega que tenia el privilegio de asistir al Estadio y al Hipódromo.

Al entrar en el *Altís* veíase á la derecha el *árbol de las coronas bellas*, aquel acebuche sagrado de cuyas ramas un niño cortaba con cuchillo de oro las guirnaldas que habian de ceñir las cabezas de los vencedores. Más allá del árbol levantóse sobre poderoso cimiento el templo de Júpiter Olímpico, el sagrario nacional de los helenos, la obra del arquitecto Libon, una de las maravillas del mundo, que fué terminada en 432 antes de la era cristiana. La lucha

y la victoria bajo los auspicios de Júpiter Olímpico: hé aquí la idea fundamental que se encontraba retratada en los adornos artísticos del templo. Por eso estaba colocada sobre cada uno de los frontones una estatua de la Victoria, y sobre los cuatro ángulos de la cubierta del edificio habia cuatro vasos de mármol pentélico, recordando el modesto premio de los vencedores. El ateniense Alkámenes representó en el fronton occidental la lucha entre centáuros y lapitas, haciendo Teseo, con el hacha en las manos, un terrible degüello á los centáuros. Y Peonio, natural de Mende (Tracia), ejecutó los grupos para el fronton oriental, representando á Pélope y Enomao, el rey de los pelasgos, disputándose el premio en la carrera de carros. Vióse en el medio á Júpiter, cual juez supremo de todas las luchas de hombres mortales: á su derecha estaba Enomao cubriéndose con el yelmo, su esposa Stérope, su conductor Mirtilo, dos criados, y en el ángulo el dios Cladeo; mientras que á la izquierda de Júpiter estaban Pélope é Hipodamia, su cuádriga con los conductores, los corceles, cuyos ojos pendian de las pestañas de Júpiter, y el dios Alfeo, testigo inmortal de todos los certámenes olímpicos.

Ya se han hallado há poco fragmentos del fronton oriental y un solo fragmento del fronton occidental, además de la estatua de la Victoria, que los mesenios habian encargado á Peonio en memoria de su victoria alcanzada en Esfacteria.

Las puertas del templo de Júpiter eran de bronce, cuajadas de bajo-relieves que representaban los doce trabajos de Hércules. Al entrar en el templo se veia un grupo de bronce representando al rey Ifito coronado por una mujer que representaba la Paz olímpica, pues dicen que Ifito logró realizar el pacto relativo á la suspension de hostilidades por todo el mes de las solemnidades de la Olimpia (el mes llamado *Hecatombeon* por el sacrificio de los cien bueyes) que corresponde á parte de Junio y Julio. En el interior, dos hileras de columnas dividian el templo en tres naves. En el centro estaba colocada la célebre, la colosal estatua de Júpiter, la última y más acabada obra del inimitable Fidias, el mayor triunfo del arte. Era de oro y de marfil. Se veia al mayor de los dioses sentado en un trono de oro, que abundaba en relieves, cuadros y mosaicos, levantándose sobre un pedestal adornado con doradas figuras de dioses. En su mano izquierda sostenia Júpiter el cetro con el águila en la extremidad; en su derecha la Victoria, que parecia esperar una señal del dios anunciándole qué cabeza debiese coronar. ¡Verdaderamente que éste fué el Júpiter homérico, haciendo una señal con sus pestañas negras de modo que se estremecieron las cumbres del Olimpo! ¡Cosa increíble! Despues de concluida aquella sin par obra, el anciano artista fué acusado de impiedad, y murió en Atenas, su patria, en la cárcel.

No podemos abrigar la esperanza de que hallaremos aún la incomparable estatua de Fidias, pues Jorge Kedreno, que vivia en el siglo XI, dice que ésta fué destruida en el gran incendio de Constantinopla, ocurrido en 425 de nuestra era.

Junto al templo de Júpiter Olímpico se encontraba el Pelopio; seguia el templo de Juno, y en medio del Bosque se levantaba el grande altar de Júpiter, donde los vencedores que acababan de recibir en el templo de Júpiter,

ante los ojos del dios olímpico, una palma, símbolo de la victoria, siendo coronados con una guirnalda de acebuche y luciendo ricos y vistosos trages, habian de efectuar su sacrificio de agradecimiento. Además distinguiremos el Hipodamio y la columna de Enomao. Fuera de la muralla de Altís estaba el gimnasio, y en un declive de la colina de Júpiter, cuya cumbre, cubierta de pinos, se levantaba cerca del Altís, recostábase el teatro, á cuya derecha se encontraba el Pritáneo, donde se custodiaba y mantenía el fuego sagrado. Entre el Altís y el anchuroso Alfeo estaba el taller de Fidias. No podría imaginarse un lugar que haya estado más salpicado de estatuas y columnas que el Altís. Aquí se vieron las estatuas de los vencedores; aquí se erigieron columnas en que se leían las convenciones celebradas entre Estados griegos; aquí se levantaron monumentos en memoria de todos los acontecimientos importantes, de modo que el Altís, según la espresion de Ernesto Curtius, era un archivo de bronce y mármol de la historia helénica.

Los famosos juegos de la Olimpia fueron abolidos por un decreto del emperador Teodosio, en 394 de nuestra era, y cuando los godos y vándalos hicieron sus estragos en el Peloponeso, el Alfeo rompió sus diques é inundó el Bosque Sagrado, arrastrando consigo los restos de los antiguos monumentos. Pero no ha derribado solo las columnas, no ha destruido solo las obras del arte, sino que ha quedado tambien en la Edad Media cual custodio fiel del Altís, ocultando los tesoros del arte antiguo bajo su cubierta de lodo.

Desde hace muchos siglos la Olimpia no vivía sino en la memoria de los sábios. El inglés Chandler fué el primero que visitó las ruinas de aquella ciudad, que durante los juegos se vió convertida en una feria, á la que acudían mercaderes de todas partes, y él las describió en 1776.

Hoy el profesor Curtius tiene la satisfaccion de ver realizado su deseo, que es tambien el del mundo culto. Pueblos germanos han sido los que devastaban el Bosque de la Olimpia. Es justo, pues, que, reparando el mal de nuestros antepasados, el imperio germánico trate de sacar á la luz lo que aún conserve el Alfeo, y apostaría, en la proporcion de ciento á uno, á que la figura de la Victoria no será la única cosa memorable que se halle.

De la estatua de la *Victoria de la Olimpia* pasaré fácilmente á la reina *Luisa de Prusia*, pues ésta, que llamaremos la *Ifigenia de nuestra guerra de la Independencia*, la profetisa de nuestra grandeza nacional, el tipo más simpático y sublime de nobleza femenina, la más pura, la más hermosa de las mujeres, que habia de llorar demasiado para que hubiese podido vivir largo tiempo, y que ante todos hubiese merecido estar en Breslau al lado de su esposo cuando resonaba la llamada al pueblo prusiano; oír el repique de campanas anunciando la victoria de Leipzig, y saludar la reconquistada estatua de la Victoria en la Puerta de Brandenburgo, y cuya muerte temprana mezclaba sus ecos dolorosos á la pura alegría producida por la liberacion de Alemania; la que por su hermosa alma recordaba los ángeles del cielo y recordó por sus formas bellísimas el mundo de los dioses helénicos.

El pueblo aleman no cumplió sino un deber sagrado en celebrar la memoria de la reina Luisa, que de la lucha del revuelto tiempo salió cual única vencedora, la que siendo ella misma un magnífico poema, fué cantada por los vates,

y que, si no entraba en la guerra de los hombres como Juana de Arco, nos condujo á la victoria por las armas espirituales que ofrecen un corazon valiente y una peregrina riqueza del alma. No solo el amor filial se veia en el tranquilo mausoleo de Charlottenburgo, donde la desdichada reina duerme el sueño de la paz, y donde el arte más cumplido pone ante nuestra alma su querida imágen. No solo el orgullo pátrio adorna con siemprevivas su cuarto mortorio en el palacio de Hohenzievitz (Mecklemburgo). No es solo su belleza la que brilla ante nuestros ojos en su busto de mármol. No son los millares de tradiciones de su gracia, de su bondad, de sus virtudes y de su beneficencia, los que han perpetuado su memoria, sino que su corona de mártir, alcanzada por las dolencias que sufría á causa de su pueblo y junto con su pueblo, y su muerte en la flor de su vida, antes de que llegara el dia de la salvacion, le han asegurado la inmortalidad, grabando su nombre en los anales de la historia; y tan entrañable es el amor de los prusianos á su reina, y tan grande es la fé en sus virtudes, que todo lo grande y sublime que sucede á la patria se enlaza á su bendicion.

Luisa no era una mujer política, sino una mujer patriótica. No pertenece á la galería de las mujeres que conquistaron una celebridad histórica, á las Isabel la Católica de España é Isabel de Inglaterra, Catalina II de Rusia y María Teresa de Austria, y sin embargo, ningun nombre de la estirpe real de Prusia, si prescindimos de la grandiosa figura de Federico II, goza de mayor popularidad que el de la reina Luisa, que, no haciendo ni política ni versos, queria ser solo una sencilla mujer, siendo su esencia toda, su amor y sus padecimientos los de una mujer, que en la adversidad desplegaba todas sus grandes cualidades. Aun en medio de nuestra dicha, la popularidad de la reina Luisa tiene un colorido melancólico por recordarnos un tiempo en que el águila negra de Prusia no podia mover las alas.

Los berlineses entusiastas de la reina peregrinaron el 10 de Marzo de 1876 á la *isla de Luisa*, aquel sitio favorito de la finada, que se encuentra en el Thiergarten, y que ya en Diciembre de 1809, cuando Luisa regresaba de Koenigsberg á Berlin, despues de una ausencia de tres años, fué adornado con un modesto monumento de mármol, labrado por Schadow; que tiene esta inscripcion: „A su reina con motivo de su regreso, los habitantes del Thiergarten.“ Y con motivo del primer centenario del nacimiento de Luisa, los berlineses agradecidos resolvieron erigir una grande estatua en honor de la que fué modelo de reinas, en aquella soledad donde apenas se siente la proximidad de la gran poblacion, en aquel retiro que ella amaba tanto, en aquella isla poética, donde aparece la figura de su esposo el rey Federico Guillermo III, modelada por Drake. Allí veremos pronto tambien la obra del escultor Enke, la estatua para la cual

„es el sepulcro un abismo
en cuyas hondas tinieblas
está escondida la llave
que del cielo abre la puerta.“ (1)

(1) D. Enrique R. de Saavedra, duque de Rivas.

Retrátase la vida íntima de la reina Luisa en la Memoria de la *condesa Sofía María Voss* que acaba de salir bajo el título: „*Sesenta y nueve años en la corte prusiana.*” ¡Qué existencia tan memorable fué la de esta digna matrona que vivió durante tres generaciones en la corte prusiana hasta su muerte, acaecida en 1814! La que habia visto á la esposa del gran Federico entregándose en Magdeburgo á toda suerte de divertimientos en los momentos más críticos para el rey, que habia sido vencido en la batalla de Kunersdorf, empezó á la edad de sesenta y tres años una nueva vida como camarera mayor de *Luisa*.

Uno de los vates más apasionados de ésta fué *Enrique de Kleist*, que ha de ocupar un lugar privilegiado entre los que procuraban elevar el carácter alemán, á la sazón por los suelos, y que preparaban la grandeza de Germania, un lugar al lado de la reina Luisa y de Blücher, y de los Stein y Scharnhorst. Permítame Vd. que añada dos palabras acerca de este génio brillantísimo que honró el teatro alemán con producciones dignas de su númen creador, imprimiendo el sello de su especialidad en cuanto producía—que es á mi ver la „marca de fábrica” del ingénio humano—y que, al fin, en nuestros días, es decir, muchos años despues de muerto, alcanzó la merecida popularidad como autor del drama patriótico *La batalla de Herman*, que los actores del teatro ducal de Meiningen representaban el año pasado con sumo aplauso en el teatro imperial de Viena.

No pertenece Kleist á aquellos héroes escogidos que se hicieron para su pueblo á la vez maestros, educadores y sacerdotes. Esta gloria está reservada á los Lessing y Herder, y más aún á los Schiller y Goethe. ¿Qué sería el pueblo alemán sin estos dos últimos que le nutrian con la copia de su espíritu? Pero en el mismo terreno en que Schiller reinaba cual soberano, y en que Goethe lucía su ingénio prodigioso, en el drama quedó aún para Kleist un puesto distinguidísimo. Mientras Schiller y Goethe perdieron en el último período de su vida á veces en su alto vuelo el contacto con el mundo real, brota en Kleist una poderosa vena popular, que se nutre de las mejores sávias de la realidad. En su drama romántico *Catalina de Heilbronn*, que quedará en la memoria de cuantos lo hayan visto y en el repertorio de los teatros, encuentra el poeta aquel tono sano y cándido del pueblo alemán que el anciano Goethe habia ya casi desaprendido; en su *Batalla de Herman* resuena el grito de dolor de un tiempo funesto, y su *Príncipe de Homburgo* respira la satisfacción de pertenecer á un Estado que, si por momentos puede quebrantarse, es en su esencia indestructible.

Además se distingue Kleist por su estilo dramático, por su diction enérgica y varonil, por el aliento ardiente de la pasión y por la consecuencia dramática que no retrocede siquiera ante el término más atrevido. Estas son por cierto apreciabilísimas cualidades poéticas, pero como si una maldición pesase sobre el que descubria vocación tan sincera y facultades tan notables y que se revelaba poeta de aliento tan grande, las empresas suyas que parecían tener la garantía más segura del éxito, se perdieron en sus manos: su sentimiento de la realidad concluyó casi siempre cruzándose con un capricho fantástico, y sus figuras más firmes acabaron á veces convirtiéndose en humo.

No hablaré de Kleist como poeta romántico, como autor del fragmento *Roberto Guiscard* y de las comedias *La familia de Schroffenstein*, *Pentesilea*, *Anfitrión*, *El cántaro roto*, y como autor de novelas, entre las cuales descuella su *Miguel Kohlhaas*, sino que hablaré de Kleist el patriota, en cuyo corazón el dolor por la patria aniquilada tomó figura dramática. ¡Ay! la *Batalla de Herman*, aquel poema dramático que semeja un temporal que arrastra el alma en su torbellino; aquel poema, cuyo espíritu impetuoso anhelaba el aliento ardiente de la palabra hablada, ansiando representarse en carne y sangre para impresionar por el momento á la multitud, aquel poema escrito en 1808, cuando Alemania se vió en la mayor postración, habia de esperar más de sesenta años para aparecer en la escena. Por segunda vez los alemanes habíamos de entrar victoriosos en la capital de Francia antes de que aquel poema profético de la primera victoria de las armas germanas pudiese hacerse entender desde el palco escénico. Por un destino verdaderamente trágico aquellas palabras de fuego, aquellas palabras nacionales se ahogaron en el aposento del poeta; aquellas palabras grandes que ardian en los labios del bardo y que interesaban tanto al tiempo en que brotaban de su alma, no debían pronunciarse sino más tarde, cuando habían perdido ya la mitad de su sentido. Sintiendo que su voz, en que quería tomase cuerpo el eco de muchas voces para que apareciese potente como la voz del Océano desencadenado, no pudiera hacerse oír, decia Kleist en un dístico lleno de grandeza monumental: "¡Ay de tí, patria mia! Pulsar la lira en la gloria no me es permitido á mí, tu poeta leal."

La *Batalla de Herman* tiene por esencia el tesoro más precioso de un pueblo, su independencia nacional. Hay en aquel drama un exceso de odio y de venganza, un patriotismo salvaje que comprenderá solo quien recuerde el tiempo en que nació. Cuando el temporal de la guerra llevaba consigo un solo rayo que decidía de la suerte de la Prusia, cuando esta estaba destruida y Alemania parecia perdida, las cabezas espirituales del pueblo alemán dieron una expresión ardiente al anhelo de la nación: Fichte pronunció aquellos discursos que respiran el odio más profundo contra los opresores; el diplomático Federico Gentz añadió á sus fragmentos de la historia del equilibrio europeo aquel enérgico prólogo que equivalia á una victoria alcanzada en la batalla, y hasta Rahel Levin, aquel alma tiernísima que se dedicaba tanto á su propio desarrollo armónico, vió entre lágrimas y suspiros, al marchar los soldados prusianos por las calles de Berlin, que tenia aún una patria, una patria desventurada y humillada, y sin embargo, digna de todo amor. Pero nadie habia sentido como Kleist la necesidad del tiempo. El, cuya cuna se encontraba en Brandemburgo, en la ciudad de Francfort sobre el Oder, donde nació en 10 de Octubre de 1776; él, que fué oficial prusiano, aunque los ejercicios militares no le parecían sino un monumento vivo de la tiranía; él, que tuvo que pasar meses enteros en una fortaleza francesa por sospecha de espionaje; él, que despues se vió estorbado por los franceses en sus empresas literarias hasta el punto de carecer de todos los recursos, debia, segun su naturaleza apasionadísima, sumergirse como el que más en la corriente anti-francesa. Por eso en sus poesías todas encontramos la misma idea: "¡Qué caza tan alegre siguiendo las huellas del lobo! ¡Matadle! El juicio universal no os demandará las razones." Y

quizá solo una casualidad le impedía ejecutar su proyecto de matar al César francés. ¿Es de extrañar, pues, que al tomar la pluma contra la Francia no haya brotado de ella sino ira, odio y venganza? Eso es lo que se respira así en la *Batalla de Herman* como en los artículos políticos y en las poesías que escribió después de terminado aquel drama patriótico. Pero la triste suerte de su creación dramática la compartieron también sus preciosos artículos políticos: quedaron sin imprimirse. Cuando el emperador Francisco hizo la guerra á la Francia, Kleist era uno de sus partidarios más entusiastas. ¡Con qué entusiasmo cantó al victorioso archiduque Carlos, cual *vencedor del invencible!* Bajo la impresión de la vista del campo de Aspern, inmediatamente después de la batalla, resolvió fundar en Praga una Revista titulada *Germania*, que había de ser el primer aliento de libertad, y que había de expresar todo lo que había de callarse durante tres años en los pechos de los buenos alemanes. Pero á Aspern siguió Wagram, y la Revista de nuestro Kleist no fué más que una ilusión patriótica, un sueño generoso. ¡Lástima grande que entonces no pudiesen publicarse aquellos artículos, que tienen una elocuencia popular que no podría compararse sino con la de Jonathan Swift!

La *Batalla de Herman* muestra el mismo espíritu vigoroso del poeta, que siendo él mismo un león de la lucha sangrienta, tenía derecho á presentarse también con la piel de león. Los caracteres del drama tienen un pulso enérgico, y sobre todo Arminio, el príncipe de los Jeruscos, se distingue por una riqueza de vida. Es el alma y la mano, el estadista y la espada de la empresa que él mismo resolvió y que, después de haberla madurado, impone á los otros como obra propia. Aparece como Bismarck en 1866, con la sola excepción de que éste confiaba á otro el papel de caudillo. Y como Bismarck fué el discípulo de Napoleón III, así Arminio es el discípulo de los romanos y conocedor de todas las vías secretas y sinuosidades de la diplomacia, pareciéndose al astuto zorro que atrae las pulgas á su cola seca para ahogarlas de un modo más seguro.

Los fines de Arminio, según le retrata Kleist, son tan ideales y sublimes como poco escrupulosos sus medios para alcanzarlos. Animado de un solo pensamiento, el de perder á los romanos para que dejen de hacer daño á los germanos, le parece más que debilidad, le parece un crimen guardar la fé al pérfido. Y después de haberse familiarizado con la idea de perderlo ó de ganarlo todo, despliega en todo lo que hace una hilaridad demoníaca, pareciéndose á veces á un bufón heróico. No se contenta con haber batido á los romanos, sino que quiere beber la venganza en tragos largos, quiere el tormento del enemigo vencido en expiación de la pena que él mismo experimentaba. El drama no sería de quien es si no abundase en bellezas y en rasgos sublimes; pero no es ménos rico de durezas y de excesos.

El poeta, que en su *Batalla de Herman* trasportaba todos los pecadores políticos á las selvas teutoburguesas, á los bosques de las seculares encinas germánicas, así como Dante en su *Divina Comedia* los trasportó al infierno, no vió despertar á su pueblo para salir contra el vencedor de las naciones, no vió levantarse al águila prusiana con vuelo más poderoso, no vió aquel tiempo en que una sola idea cruzaba por la mente de todos y un solo sentimiento

se apoderaba de los corazones embargados de súbito entusiasmo; aquel tiempo en que todos, débiles y fuertes, ofrecían en holocausto sus vidas, pareciéndoles que no debían ménos á la patria querida, á los campos alumbrados por el sol que calentó su cuna. *Enrique de Kleist* no vió la independéncia de la patria, pues puso término á su vida en 21 de Noviembre de 1811.

Más feliz ha sido el vate que acabamos de enterrar; el bardo cuya muerte lloraremos siempre, *Fernando Freiligrath*.

Él se apartó de la miseria alemana satisfaciendo la sed de su fantasía en campos lejanos, extranjeros, llenos de sol, entre los moros y los indios, en el desierto cuyo rey es el leon, en el mar entre los piratas; él se salvó en el libre suelo de Inglaterra cuando la libertad habia muerto, cubriendo de siemprevivas su tumba, y él concluyó viendo la gloria de Germania y estando en una atalaya más alta que la almena del partido, siendo el poeta predilecto del pueblo entero, el venerado patriarca de Alemania. El 4 del actual tuvo lugar en Barmen una solemnidad en obsequio del finado de quien dijo Chamisso: "desde que él comenzó á cantar, nosotros no somos sino humildes gorriones." Ante un catafalco y ante el retrato del poeta iluminado por velas habló su amigo Emilio Rittershaus acerca del que fué á la par tribuno del pueblo y vate, batallador y poeta, un maestro sin segundo de la cancion, teniendo por esencia de su alma el amor y teniendo siempre su corazon en su canto. Y en Lóndres pronunció un discurso en honor del difunto Cárlos Blind. Han dicho de Freiligrath que en la vida, en la prosa, le faltaba la facilidad de la palabra. No importa: tanto más elocuentes han sido sus poesías.

El Austria que ante la tumba del bardo aleman mezclaba sus manifestaciones de cariño y de respeto á las nuestras, se dispone á celebrar el 11 del actual el septuagésimo cumpleaños de *Anastasio Grün* (el conde Antonio Alejandro Auersperg), que se hizo para ella lo que Hoffmann de Fallersleben, Freiligrath y Herwegh se hicieron para Alemania en el período de la reaccion. Anastasio Grün, el más juvenil de los ancianos, el aplaudido autor de *El Schutt* (Los escombros) custodió el fuego sagrado de la nacionalidad germana en las comarcas más lejanas del Austria, y yo hoy le remito desde las páginas de la REVISTA CONTEMPORÁNEA mis más sinceros plácemes como á uno de los más ilustres vates contemporáneos.

Y puesto que en esta correspondencia he hablado ya de arquitectura, escultura y poesía, voy á concluir la hablando de un arte no ménos sublime, la música. El 20 de Marzo último estrenóse en el teatro Imperial de Berlin la ópera *Tristan é Isolda*, por *Ricardo Wagner*. Tiene por fundamento la célebre poesía de Godofredo de Strasburgo adaptada á sus fines musicales por el mismo compositor. Hasta los adversarios de este sintieron involuntariamente que se encontraban en presencia de una cosa grande, extraordinaria, peregrina, y no pudieron ménos de aplaudir el sin par arte de instrumentacion de que da prueba el creador genial de la *música del por-venir*. Todos los críticos están conformes en que los papeles principales han sido admirablemente interpretados, el de Isolda, por mi amiga la señora *Voggenhuber de Krolop*, que demostró una vez más su robusta voz y su inmenso talento dramático, el de Tristan, por el eminente tenor *Niemann*, que hace años, al cantar el *Tannhauser*, trató en vano

de conjurar en la Grande Opera de París la tempestad que se levantaba contra aquella ópera.

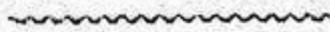
En la obra de su juventud, el *Rienzi*, que ustedes han conocido poco há, Ricardo Wagner siguió aún las huellas de las óperas heróicas de Spontini y de las grandes óperas de Auber, Meyerbeer y Halevy. En su *Buque fantasma* (*Der fliegende Hollander*) empezó á proseguir aquel camino que continuaba prosiguiendo con paso más decidido en su *Tannhauser* y *Lohengrin*. Pero mientras estas dos óperas eran solo las producciones de sus escritos teóricos, legítimos hijos de éstos fueron su *Rheingold*, *Walkiria*, *Tristan é Isolda*, *Los maestros cantores de Nurenberg* (*Meistersinger*), *Siegfredo*, *El crepúsculo de los dioses*. Segun el sistema de Wagner, la orquesta, que en manos de los compositores italianos no era sino una guitarra colossal acompañando las árias, ha de estar en la misma relacion con el drama que el coro trágico de los helenos con la accion dramática; á la orquesta le cumple mantener la melodía en fluidez no interrumpida. La *melodía infinita*, la *melodía perpétua* que se encuentra en las óperas de Wagner, se parece á las armonías misteriosas del bosque. El oyente escucha voces siempre nuevas, que se hacen á cada momento más claras y crecen en poder. Pero en esas voces que oye, los sonidos se enlazan y se confunden para formar el grande concierto del bosque, la melodía infinita de la selva, que resuena y seguirá resonando en el alma del oyente.

Pero ya es hora de poner fin á estas deshilvanadas cuartillas, que no es cosa de abusar más de la paciencia de Vd.

Se despide, pues, su afectísimo,

JUAN FASTENRATH.

Colonia, Mayo de 1876.



REVISTA CRÍTICA.

Dos publicaciones nuevas acerca de los fueros vasco-navarros tenemos á la vista. Titúlase una de ellas *Los fueros mirados á la luz de la historia, de la ley y de la razon*, por un amante de la verdad y de la justicia, y la segunda, *La abolicion de los fueros vasco-navarros, Estudio político, histórico, crítico y filosófico de la sociedad española*, por D. Francisco Calatrava, con un prólogo de D. Manuel Ortiz de Pinedo.

De estas obras es la primera una coleccion de artículos publicados en el *Boletín de Comercio* de Santander, en que con abundancia de erudicion histórica y con el vehemente estilo que es propio de la polémica periodística, se combate la existencia de los fueros, poniendo de relieve la necesidad de establecer en las provincias vasco-navarras la unidad constitucional. El otro libro es una obra de gran extension en que á propósito de los fueros se hace un estudio histórico de la política española y se tratan trascendentales cuestiones filosóficas, cuya relacion con la cuestion foral no nos parece muy clara ciertamente. Este trabajo no carece de importancia y se distingue por el espíritu liberal que revela; pero creemos que pudo abreviarse mucho, descartando de él cuestiones como las precitadas, de todo punto supérfluas para el esclarecimiento de la cuestion.

Expuestas nuestras opiniones acerca de los fueros, nada tenemos que añadir sobre el asunto, y nos limitamos, por tanto, á encarecer como es debido la importancia de estos trabajos, sobre todo bajo el punto de vista histórico, que ámbos esclarecen con datos curiosísimos y acertadas observaciones.

* * *

José Mazzini, ensayo histórico sobre el movimiento político en Italia, es el título de un nuevo trabajo del conocido publicista republicano D. Nicolás Díaz y Perez. Estudio biográfico y político á la vez, refiérese en él la agitada vida del gran patriota italiano, una de las figuras ménos conocidas y peor juzgadas de esta época. Iluso visionario para unos, fanático intransigente para otros, sombrío y odioso conspirador para muchos, corren acerca de Mazzini ideas muy equivocadas, merced á la mala fé de sus enemigos. Y sin embargo,

Mazzini es una gran figura y un gran carácter, digno del respeto de cuantos aman las ideas generosas y santas encerradas en estas dos mágicas palabras: *pátria y libertad*.

Austera virtud llevada hasta el sacrificio, voluntad incontrastable y enérgica, constancia y firmeza nunca desmentidas, probado valor, entusiasta fé, patriotismo ardiente, desinterés á toda prueba, talento profundo y vigoroso, todas las cualidades que pueden constituir un gran carácter se encontraron reunidas en Mazzini. Cifra y compendio de todas las virtudes como de todas las flaquezas de su raza, fué hábil y perspicuo como Maquiavelo, soñador como Campanella, místico y revolucionario á la vez como Savonarola, austero y sombrío como el Dante, impetuoso y apasionado como Rienzi y Arnaldo de Brescia. Esclavo de una gran idea: la unidad italiana; apóstol, sacerdote y mártir de un culto sublime: el de la pátria; soldado decidido y entusiasta de la libertad y del progreso; rígido como la virtud, austero como la verdad, implacable como el destino, Mazzini es una de esas sombrías y trágicas figuras, enigmas para sus contemporáneos acaso, monumentos insignes de la humana grandeza para la posteridad. Como Kossuth, como Deak, como Manin, como Washington, Mazzini es una idea hecha hombre que sacrifica á la lógica implacable de su mision toda ambicion terrestre y todo afecto humano. Republicano exaltado, se prostra ante la monarquía para salvar á su pátria; escritor insigne, talento notabilísimo, rompe su porvenir, mata su ambicion, sacrifica su interés en aras de su aspiracion grandiosa: hijo de la pátria risueña de los amores, hasta los dulces afectos que embellecen la existencia humana, son por él postergados ante la idea de toda su vida. Noble y desinteresado hasta el extremo, ningun beneficio personal reporta del triunfo de sus aspiraciones, y cual si su vida no tuviera otro objeto ni otro punto de apoyo que su idea, exhala el último aliento una vez realizada esta, sin lograr otra recompensa de sus afanes, que el inefable consuelo de morir en el seno de la pátria. Ante hombres así, la pasion política debe enmudecer para dar lugar á la admiracion y al respeto, que hombres tales no solo son orgullo de su pátria, sino gloria de la humanidad.

El Sr. Diaz y Perez ha narrado con entusiasta estilo la vida de Mazzini y ha aprovechado la ocasion para dar rienda suelta á sus fervores ultra-revolucionarios. Algo más metódica y ordenada pudiera ser su narracion, y algo ménos apasionadas sus apreciaciones y exageradas sus doctrinas. Nada hubiera perdido su trabajo con suprimir ciertos depresivos ataques á la persona, á todas luces respetable, de Pio IX y ciertos juicios respecto á la dinastía saboyana, que no se distinguen por el espíritu de imparcialidad y de justicia que debe adornar al historiador, ni por la prudencia que debe caracterizar al político. Pudiera el Sr. Diaz y Perez aprender en el ejemplo de Garibaldi y del mismo Mazzini, cómo deben sacrificarse las impacencias políticas á más altos y poderosos intereses; pudiera tener en cuenta que sin esa dinastía de Saboya que tan mala opinion le merece, no se realizara jamás la unidad de Italia; y debiera considerar que el dia en que mal aconsejada la democracia italiana intente trastornar el órden de cosas que allí existe, correrá gravísimos peligros esa uuidad de que tan devota se muestra. Por

desgracia, estas reflexiones hacen poca mella en el espíritu impaciente y aventurero de los demócratas latinos, y no es de esperar que las tenga en cuenta el Sr. Díaz y Perez.

Precede á este trabajo un prólogo del Sr. Pí y Margall, admirablemente escrito, como todas sus producciones. En él ha encontrado motivo el célebre federalista para defender el sistema federal que en hora funesta introdujo en España. Por desgracia para el Sr. Pí y Margall, la opinion sabe á qué atenerse con respecto á las ideas y á la política de dicho señor, que no debiera perder el tiempo en defender á deshora cosas irrevocablemente condenadas por el buen sentido de los españoles. Valiérale más al Sr. Pí y Margall expiar en el silencio sus errores, que obstinarse en la exposicion de doctrinas que en la esfera de la teoría representan el absurdo y en la esfera de la práctica sólo dieron frutos de escándalo, de deshonra y de vergüenza para la libertad y para la pátria.

* * *

La poesía popular es uno de los géneros literarios más difíciles. Imitar la espontánea sencillez, no exenta de profundidad é intencion, de los cantos del pueblo, sin caer en lo trivial, no es cosa tan fácil como á primera vista parece, y buena prueba de ello es el escaso número de poetas que saben cultivar este género. Por otra parte, las dificultades que la poesía popular ofrece, no están compensadas por sus ventajas, pues es lo cierto que en este género la copia queda siempre por bajo del original, y que lo que en ese poeta anónimo que se llama pueblo encanta, no agrada igualmente en el poeta erudito que lo imita. El duque de Rivas con sus romances, Trueba con sus cantares y Ferran con los suyos, son quizá los únicos vates contemporáneos que han logrado competir en sencillez y frescura con la musa popular, siendo infinitos, en cambio, los que sólo han logrado zurcir romances de ciego ó composiciones pobres y vulgares en que lo único que parece popular es la trivialidad del lenguaje.

Un nuevo ensayo de este género han dado á la estampa con el título: *El eco de los cantares* los Sres. D. Liborio C. Porset y D. Mário Gonzalez de Segovia.

Hay en este libro algunas composiciones agradables, en que se imita con acierto la inspiracion popular; pero hay otras que pecan de triviales, ora por el fondo, ora por la forma, y á veces por ámbas cosas. Adviértese, además, que sus autores se olvidan con frecuencia del género á que su obra pertenece, y bajo el disfraz de los metros populares, escriben composiciones que no están dentro de las condiciones del género. Suelen tambien caer en la tentacion de escribir poesías festivas y satíricas; para lo cual no les sobra la gracia, é incurreren no pocas veces en el desaliño é incorreccion á que fatalmente se sienten llevados los que se dedican á este género. Por lo demás, fuera injusto confundir en un mismo fallo á los dos autores de este libro, pues uno de ellos (el señor Gonzalez de Segovia) es mucho más poeta que su compañero, se ha ins-

pirado mejor en los cantos populares, y en no pocas ocasiones da muestras de que no carece de delicadeza y de verdadero sentimiento.

* * *

Confundir el sentimiento con la sensiblería es achaque harto común en nuestros literatos, y no lo es ménos trasportar á la prosa el lenguaje que, tolerable y aún bello en el verso, es en aquella insufrible de todo punto. Es el verdadero sentimiento de suyo sencillo y nunca se manifiesta con alambicados conceptos y rebuscadas frases, y la elocuencia de la pasión ántes peca de enérgica y concisa que de ampulosa y retumbante. Por eso es difícil atinar con el lenguaje del sentimiento, y por eso es necesario para encontrarlo buscar en la realidad sus manifestaciones y sustituir la arbitraria concepción de la fantasía con el atento exámen de los hechos. Cuando se quiere idealizar el sentimiento hasta un punto exagerado en demasía; cuando en vez de disecar el corazón humano se acomete la imposible empresa de adivinarlo; cuando para ser dramático ó novelista no se cursa primeramente la escuela del mundo y se atiende, ante todo, á las lecciones de la experiencia, la falsa sensiblería y el afectado lenguaje sustituyen al viril sentimiento y á la viva y natural expresión de los afectos, que son la condición primera de la novela ó del drama. Hácese entónces poesía en prosa tras de la cual se ocultan figuras sin vida, caracteres sin verdad y sucesos que no se dan en lo real; y en vez de ser la novela ó el drama vigoroso é interesante reflejo de la realidad, truécase en mal diseñado cuadro donde la falsa brillantez del colorido intenta en vano disimular las graves incorrecciones del dibujo.

Sugiérenos estas reflexiones la lectura de una novela que acaba de publicar el Sr. D. Luciano García del Real, con el título: *Aurora y Félix*. Siquiera su asunto no ofrezca gran novedad (pues ya es antigua en el mundo de las letras la sabida historia del amante pobre enamorado de la mujer rica) pudo el señor García del Real dar interés y belleza á su obra, trazando con sencillo lenguaje y verdadero sentimiento la historia de sus protagonistas. Excelente modelo de tal género de novelas, en que los hechos significan poco y los fenómenos psicológicos mucho, le ofrecían los grandes novelistas contemporáneos, como Jorge Sand, Balzac, Feuillet, Sandeau, Feydeau y tantos otros, que con delicado escalpelo disecan las fibras del corazón humano, con vigoroso pincel trazan los hechos de la vida, y con elegante y á la par sencillo estilo, narran, describen y pintan lo que en sus novelas refieren. Pudo hacer de esta suerte, y siguiendo tales ejemplos, una sencilla y conmovedora novela el Sr. García del Real; pero ha preferido diluir la acción, trazar al difumino los caracteres, alambicar y falsear los sentimientos, y sustituir el lenguaje propio de la novela con un lirismo recargado y fatigoso. Quizá se deba esto á que el Sr. García del Real tenga más de poeta que de novelista; quizá á que su acalorada fantasía se desborde cuando la inspiración acude á su mente y relegue al segundo término el entendimiento reflexivo; quizá á que desconozca los secretos del corazón humano y no esté muy versado en los misterios del mundo; pero sea lo que quie-

ra, es lo cierto que no son esos los caminos que debe seguir hoy el novelista, y que lo que pudo parecer aceptable en la época de madame Cottin y Ducray-Duminil, no puede obtener igual aprobacion en estos tiempos en que al novelista se le exige, ante todo, ser eminente filósofo, delicado analista y observador profundo.

* * *

En el Ateneo continúan los debates pendientes, habiendo usado de la palabra, en el que se sostiene en la seccion de ciencias morales y políticas, los Sres. Montoro, Nieto y Perez, Moreno Nieto, Moret y Prendergast, Galvete y Figuerola. De este debate no nos ocupamos, porque se dispone á hacerlo en esta REVISTA nuestro querido amigo D. José del Perojo.

En el debate de la seccion de literatura y bellas artes han terciado, además de los oradores á que en nuestra anterior revista nos referimos, los Sres. Nuñez de Arce, Rodriguez Correa, Montoro y el que estas líneas escribe. Manifestóse el Sr. Nuñez de Arce partidario de la proteccion oficial para el teatro; no así los Sres. Rodriguez Correa y Montoro, que la han combatido enérgicamente. La opinion general en el Ateneo es contraria á la solucion proteccionista, siendo de notar que á esta solucion se inclinan los que tienen motivos para conocer las intimidades del teatro y los que sostienen en política doctrinas avanzadas (con excepcion del Sr. Montoro). Parece, segun esto, que corren vientos favorables al individualismo, y que los pasados desengaños no alcanzan á convencer á los españoles de los escasos frutos que da entre nosotros la iniciativa individual. Quizá se deba esto á un temor, algo fundado en este país, á la accion del Gobierno; quizá á la popularidad de que gozan nuevamente ciertas soluciones liberales en extremo; pero sea lo que quiera, no es posible desconocer que la libertad de teatros no ha producido muy buenos resultados, y que nada se perderia con ensayar los de la accion gubernativa, sobre todo no siendo esta exclusiva, ni negando la existencia del teatro libre al lado del teatro oficial.

* * *

Recordarán nuestros lectores que en el primer número de esta REVISTA, ocupándonos de los profesores del Ateneo, hubimos de censurar el empeño del catedrático de prehistoria, Sr. Vilanova, en poner de acuerdo la ciencia con la doctrina del *Génesis* y combatir al darwinismo. Dirigíanse nuestros ataques al hombre de ciencia y no al hombre privado, que siempre respetamos en nuestros escritos; nada habia en ellos de ofensivo para la persona del Sr. Vilanova, y no era mucho que esperáramos de él iguales consideraciones, si por ventura queria contestarnos.

Pero no contábamos con la huéspedada, como dice el vulgo, ó lo que es igual, no teniamos en cuenta que *la personalidad científica* del Sr. Vilanova es sagrada é inviolable, y no está sujeta á responsabilidad: no nos acordábamos de que cometiamos el mayor de los desacatos al poner en duda la infalibilidad

del Sr. Vilanova, máxime siendo nosotros profanos en materias geológicas y prehistóricas; y lo que es más grave, mancebos imberbes, por más que hayamos llegado á aquella edad que apellidaba Espronceda *funesta edad de amargos desengaños*, y hé aquí que de la noche á la mañana cayó sobre nosotros un número de la *Revista Europea*, en el que el profesor de prehistoria nos engalanaba con el epíteto de *niño viperino*, dando insigne muestra de templanza en el debate y de inimitable gracejo.

¿Y todo por qué? Por el grave delito de parecernos anticuadas las doctrinas del Sr. Vilanova, imposibles las conciliaciones con que sueña, y poco fundados los ataques, nada sérios ni profundos, que al darwinismo dirige. Pues ¿qué hubiera sido de nosotros si nos hubiésemos ocupado de cierta *Historia natural*, publicada en Barcelona bajo la direccion del Sr. Vilanova? ¿Qué lluvia de epítetos no hubiera caído sobre nuestra humilde persona si hubiésemos dicho que esa obra monumental carece del ámplio tratado de anatomía, fisiología y taxonomía que debe preceder á todo trabajo de ese género, así como de los cuadros taxonómicos indispensables para entender la clasificacion de las especies; que además reúne, bajo el título de *Articulados*, á los artrópodos, gusanos, moluscos, radiados, equinodermos y zoófitos, y ofrece en sus láminas, como tipos de cafres y hotentotes, los más acabados y clásicos modelos que pudiera soñar un escultor, ataviados con taparrabos y plumas de colores? ¿Qué hubiera dicho de nosotros el Sr. Vilanova si, dando oídos á la vulgar malicia, hubiésemos admitido la malévola especie de que la *sociedad de naturalistas* que, dirigida por el Sr. Vilanova, aparece como autora de ese libro, no es otra cosa que un mito bajo el cual se encubre una série de autores de zoología, entre ellos Brehm, de cuyos libros, traducidos y unidos en retazos se compone, al decir de los murmuradores, la obra en cuestion? ¿Qué diría el Sr. Vilanova si le acusáramos del feo delito de darwinismo por haber admitido en esa obra, escrita bajo su direccion, un tratado de antropología, debido, segun se cuenta, al tan conocido como ilustrado darwinista señor Tubino? Nada de esto hemos dicho, y sin embargo, el Sr. Vilanova ha tenido la crueldad de llamar *niño viperino* al que estas líneas escribe. Pongan en parangon nuestros lectores nuestra conducta y la del Sr. Vilanova, comparen nuestro ataque con su réplica, y dígnanos si es lícito usar de tales calificativos en una polémica científica, y si es propio de hombres tan sérios como el señor Vilanova apelar, para producir efecto, á chistes que parecerian de dudoso gusto en la época arqueolítica, amen de tratar con incalificable ligereza é injustificado menosprecio á doctrinas como la de Darwin, que ningun científico sério estudia sin profundo detenimiento, ni juzga sin señalado respeto y sin copia de sólidas é incontrovertibles razones.

M. DE LA REVILLA.

Madrid, 15 de Mayo de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid: 1876.—Imprenta de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,
San Miguel, 23.